RELIGIOSOS DE HOY

experiencia y testimonio

escriben: María Agudelo · Severino M. Alonso · Julia Aller · Pedro Arrupe · José P. Basterrechea · Teresa de Calcuta · Ersilia Canta · Pedro Casaldáliga · Nicolás Castellanos · José M. Castillo · Víctor Codina · José M. Guerrero · Chiara Lubich · Consuelo Molina · Carlos Palmés · Mateo Perdía · Zoila Prado · Margarita Riber · Basilio Rueda · Antonio Sanchís · Ana M. Schlüter · Ymelda Tijerina · Egidio Viganó · Asunción Vivas ·

presenta: José M. Vigil, cmf.



José María Vigil, cmf.

Religiosos de hoy

experiencia y testimonio

Instituto Teológico de Vida Religiosa
Víctor Pradera, 65, dpdo.
MADRID-8
1980

EDITA: Publicaciones Claretianas

(Con las debidas licencias)

Depósito legal: M. 10.573-1980

ISBN: 84-300-2334-8

Sáez. Hierbabuena, 7. Madrid-29

INDICE

Presentación

¿Por qué este libro? Sí, hay que hacerse esta pregunta. O al menos hay que permitir al culpable del mismo que explique los motivos que le indujeron a ponerlo en marcha. Esta es la explicación:

Gracias a Dios, en los últimos años, los religiosos disponemos de una cierta cantidad de literatura teológica sobre la vida religiosa. Se han estudiado y se estudian todos y cada uno de los elementos esenciales de la vida evangélica, se han elaborado estudios, análisis, fundamentaciones bíblicas, prognosis, aspectos psico-sociológicos e incluso sistematizaciones teológicas globales sobre la vida religiosa. Todo ello no es sino causa y consecuencia a la vez del inmenso y profundo proceso de renovación que desde hace unos años los religiosos estamos atravesando.

Pero toda esa literatura teológica es eso, teología, teoría. Imprescindible, inevitable, necesaria, por supuesto. Y aunque no hay nada más práctico que una buena teoría, también es verdad que la práctica, cuando es vida, no siempre es expresable en conceptos teológicos. Toda la vida religiosa es teológica (toda ella es susceptible de ser estudiada teológicamente), pero la teología no lo es todo. La vida religiosa no es simplemente una realidad teológica, sino teologal.

El consejo evangélico de la virginidad, por ejemplo, puede ser expresado en unas páginas teológicas con todo rigor y claridad, incluso con una teología sabrosa o sapiencial que alimente el espíritu. Pero lo que constituye el núcleo de la vivencia teologal de la virginidad consagrada, la trama, la textura interna de las experiencias íntimas y espirituales del cristiano que ha consagrado total y exclusivamente su corazón a Dios, como Absoluto amado y «esposo del alma», todo eso no se puede reducir adecuadamente a conceptos teológicos, porque ahonda sus raíces más profundas en el misterio de la persona y es en cada uno de nosotros inexpresable, inefable, irrepetible, original, inédito.

Sí, inédita nos pareció —en medio de toda la literatura teológica actual sobre la vida religiosa— la posibilidad de un libro que tratara no tanto de hacer una aportación teológica cuanto de presentar la vivencia interior y profunda de los religiosos, el testimonio de cómo vivimos por dentro lo que por fuera expresa magistralmente la teología.

Y esa posibilidad inédita ha cuajado en este libro ya editado. Por eso, ante todo, hay que dar las gracias, cordial y encarecidamente, y en nombre de todos los posibles lectores, a quienes lo han hecho posible, a quienes han aceptado esa invitación insólita a desnudarse un poco por dentro ante todos nosotros para hacernos partícipes de su vivencia más profunda. ¡Gracias de verdad por la valentía del testimonio!

A todos los encuestados les dirigimos estas dos preguntas, un tanto explicitadas:

1. ¿POR QUE SOY RELIGIOSO?

- *Por qué me hice religioso; origen de mi vocación.*
- *Cómo lo soy; cómo es, cómo ha sido mi vida.*
- *Cómo lo entiendo; qué significa para mí la vida religiosa.*
- *Por qué sigo siéndolo; por qué la fidelidad.*

2. *¿HACIA DONDE DEBE CAMINAR LA VIDA RELIGIOSA?*

- *Misión de la vida religiosa en la Iglesia y en el mundo.*
- *Exigencias del futuro para la vida religiosa.*

Les pedíamos también que no teorizaran, que fueran breves y respondieran en estilo libre, siguiendo o no, facultativamente, las explicitaciones a cada una de las dos preguntas.

Nos planteamos desde el principio la cuestión de la elección de las personas a las que dirigirnos. ¿Se podía pensar en que el abanico de testimonios resultante tuviera garantías de ser un muestreo fiable y veraz del abanico real de pluralismo que hay hoy en la vida religiosa? Eso sólo hubiera sido posible con una encuesta multitudinaria, científicamente estudiada. Pero esta posibilidad hubiera hecho inviable el mismo propósito testimonial y vivencial que nos animaba. Optamos por dejar a un lado criterios científico-sociológicos y confeccionar simplemente, con la mejor buena voluntad, una lista de nombres significativos (incluyendo también personas anónimas y desconocidas), dejando que el muestreo se decantara por sí mismo, por la voluntad de responder o no de aquellas personas a las que nos dirigimos. Y así ha sido. Para confirmarlo basta decir que han sido en total ciento veinte las personas a las que pedimos respuesta. No negamos, pues, que haya habido ingenuamente una selectividad en la elección de los nombres. Lo que aquí presentamos no es toda la realidad, sino una parte muy limitada, aunque ciertamente nos parece muy significativa. Cada uno deberá juzgar por sí mismo.

Las reacciones de los demandados han sido diversas. Unos no contestaron. Otros alegaron exceso de trabajo y falta de tiempo, aunque les prolongáramos los plazos. Con otros hubo que mantener una correspondencia epistolar aclaratoria. Otros —y no pocos— manifestaron no estar en disposición de contestar a unas preguntas de interpelación personal, ya fuera por un sentido de humildad («no he sufrido todavía lo suficiente por la Iglesia como para poder dar mi testimonio públicamente», nos decía uno) o por una declarada falta de valor («no me atrevo a hablar en público de mi mundo personal; para eso hace falta mucho coraje», nos

decía otro). Otros, claro está, respondieron, y son los verdaderos autores de este libro. Alguno de ellos nos decía en carta personal: «He escrito muchas páginas sobre vida religiosa, pero nunca tuve que escribir lo que ahora me pides; considero deber de justicia y de honradez contestar a estas preguntas». Nos consta de muchos —y no significa que no lo hicieran aquellos de quienes no nos consta— que «oraron su respuesta» antes de ponerla por escrito. Para incitarles a responder, con no pocos hubo que luchar declaradamente contra su sentido de humildad, el mismo sentido que se evidenció en unas frases que se repitieron con asombrosa semejanza en la casi totalidad de las cartas que acompañaban las respuestas: «no sé, no creo que mi respuesta pueda servir para algo; sé libre de tirarla a la papelera».

Pero aquí están ya ellos, y vamos a dejarles la palabra sin más dilación. Son palabras profundas, las suyas, que arrancan de lo más hondo de la vida, palabras a las que hay que acercarse con respeto y emoción a un tiempo. Si estas páginas sirven para animarnos a los religiosos a una fidelidad renovada y a una esperanza apasionada, o si sirven para presentar a los jóvenes que desean abrazar la vida evangélica un panorama de la misma visto desde la profundidad soterrada de los que ya la viven, este libro habrá cumplido su objetivo.

José María Vigil

María Agudelo, odm.

María Agudelo es conocida, sobre todo, por los que siguen de cerca los trabajos y publicaciones de la CLAR. Pero ella es mucho más que una firma o una presentación-prólogo a unos folletos. Una trabajada historia que va desde la clausura papal hasta la inserción en barrios pobres por la opción por la justicia. «Todo es simple, sereno, comprometido, evangélico». De la Compañía de María.

¿Por qué soy religiosa?

Encuentro interesante esto de dejar que afloren con naturalidad recuerdos, sentimientos e ideas para «vivir en voz alta» algunas de las cosas hondas que forman parte de la existencia personal en cuanto relación con el Señor y con la gente hermana en El.

Me parece que el plan de Dios sobre mi vida se me transmitió e hizo obligante en una familia que valoró el servicio, la sencillez, el desinterés por lo económico, la fe cordial. Mi padre era ingeniero y hacía que sus obreros formaran cooperativas para construirse casas modestas y lindas en barrios que él llamaba «La Providencia»... Mi madre era seria y recta, iba siempre a la razón de las cosas, se mostraba totalmente indiferente ante las aparien-

cias sociales. En familia disfrutábamos del campo o leíamos reunidos todo lo que valía la pena pensar y vivir. Tuve abuelos maestros y se me habló mucho en casa y en el colegio de las necesidades de los demás. Tuve por todas partes cariño y comprensión.

Te diría que vivo mi vida religiosa de sorpresa en sorpresa y que cuando lo quiero describir me doy mejor cuenta de que este nuestro Dios, mayor que todo e inabarcable, es como una llanura abierta, toda caminos maravillosos.

Hay como tres épocas bien demarcadas.

Al principio fui *monja de Clausura* (!). Es una hermosa historia, ligada a la de mi Congregación, la Orden de la Compañía de María, Nuestra Señora, una Congregación de origen francés y que fue aprobada en 1608. La comprensión que de su carisma tuvo la Fundadora, Juana de Lestonnac, la llevaba a establecer una Comunidad de educadoras de la Fe, con María como modelo, con las Reglas y el estilo de vida de la recién fundada Compañía de Jesús. Pero la actitud de la Iglesia Tridentina no concebía mujeres consagradas que se dedicaran al apostolado, con carácter de «religiosas»... Después de la natural tensión entre la Jerarquía y la Santa triunfó, como siempre, el Espíritu Santo con *sumo respeto* a los bien intencionados representantes de la Ley, y surgió algo completamente nuevo en la Iglesia: una Orden Femenina Apostólica, con clausura Papal y con una reglamentación estricta para conseguir que las Religiosas no salieran al mundo, sino que el mundo las viniera a buscar detrás de las rejas y los altos muros de la clausura... Así pasaron trescientos cincuenta años, con acentuada vida contemplativa y monacal, pero siempre en pie, venciendo dificultades, con seriedad, fervor y dedicación, la educación de la juventud femenina en las escuelas.

Cuando yo ingresé en la Orden, ya algunas comunidades se habían desprendido del tronco para formar una rama sin clausura y empezaban a sentirse aires de redescubrimiento, de «vuelta a las fuentes»... Pero, sin embargo, me tocaron *diez años* de estricta vida monacal; dentro del convento teníamos todo: grandes bibliotecas, laboratorio de odontología, pequeña cirugía, huertos y arboledas, panadería, gallinero, taller de costura para los hábitos solem-

nes e imponentes de un centenar de monjas, Noviciado, Juniorado, ¡hasta el cementerio! A través de rejas depositábamos el voto por los Presidentes o miembros de cuerpos colegiados...; detrás de las rejas hice el doctorado en Filosofía y Letras.

Todas las de mi generación estamos de acuerdo en que, a pesar de la convicción de que aquello tenía que cambiar, fueron unos años estupendos. Para mí, una magnífica preparación para la vida posterior que me tocaría y un lugar espiritual y teológico adecuado para educar al estilo y según las exigencias de los años 50. Fui tan feliz como ahora; silencio, estudio, concentración, austeridad, respeto, eran valores supremos. Había cosas que no aprobaba —como la existencia de Hermanas Coadjutoras, por ejemplo— (yo venía de un hogar en donde los obreros de mi padre tenían lugar privilegiado y me gradué con una tesis sobre el sentido social de la educación), pero no tenía las capacidades críticas y transformadoras de la juventud de hoy. En la actualidad hago, como todo el mundo, análisis severos a la gran comunidad, al verticalismo, al anonimato, al ritualismo, a las estructuras fuertes. Entonces, no.

Por otra parte, tuve la suerte de vivir un ambiente de preocupación eclesial y misionera, dentro de una cierta elegancia e intelectualidad que ahora puedo sopesar en sus limitaciones burguesas, pero que ciertamente evitó las pequeñeces, que después he comprobado se filtraron en algunos conventos del mismo estilo.

Luego me tocó colaborar en la preparación y realización de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín. Un trabajo «ad extra», desde luego: coordinar el grupo de secretarias, mantener las relaciones públicas, organizar asuntos caseros...; pero tenía amigos «ad intra», y en cada café, en cada comida, en cada Eucaristía compartida, Mons. Pironio, Gustavo Gutiérrez, Cecilio de Lora y otros fueron abriendo mi horizonte a la Iglesia nueva, acendrando mi conciencia de responsabilidad frente a la Iglesia del Señor que peregrina en América Latina. Esto permitió que en los diez años entre Medellín y Puebla mi vida se centrara en el trabajo de renovación de la vida religiosa en el Continente, y que viviera con intensidad el creciente pro-

ceso de anhelos de liberación, de acercamiento al pueblo oprimido, de búsquedas de formas de vida consagrada como respuesta al Señor en la Historia, de caminar teológico-pastoral de nuestras Iglesias.

Todo me lo propició mi trabajo en la Confederación Latinoamericana de Religiosos. Y allí vino también la crisis; la mirada purificadora del Señor al ponerme en la situación de cambiar, de dejar estructuras, de correr riesgos, colocó en el «crisol» mi vida anterior para que dejara lo accidental, lo aparente, lo que daba seguridades, y ahondara buscando en el meollo del seguimiento radicalizado del Señor.

Sufrí al cambiar. Para mí y para los otros, mi condición de «mujer» y de «monja» hacía que el vivir pequeñas y grandes cosas en un estilo distinto al que se acostumbra, trajera dudas, pérdida de fama, problemas —ahora anecdóticos, en su momento dolorosos—. Según mi maestra de novicias, ahora anciana, «viví una vida en todo distinta a la que se me enseñó a vivir». Creo que distinta en apariencia, en el fondo la misma: tratar de fraternizar el mundo en seguimiento de Jesús.

En todo caso, si el encierro fue fecundo y hermoso, siento que estos años lo fueron aún más. Eso de tratar de convertir un proyecto institucional como una Confederación de Conferencias, en un proyecto fraternal..., encontrar de México a Argentina, pasando por América Central y las Antillas, grupos de religiosos tratando de «hacer nuevas todas las cosas»; conocer comunidades de inserción y comunidades eclesiales de base y convivir con ellas; mantener la fe, iluminando la realidad con la Palabra del Señor; «oír» cómo crece la Iglesia red-de-comunidades; celebrar con hermanos a lo ancho y largo del Continente; poder entrar en diálogo sencillo, cordial y profundo con los que están elaborando lo más serio de nuestra Teología y esforzarme por colaborar en esa reflexión; vibrar al unísono con las angustias, los problemas, los desgarrones que está exigiendo la renovación; encontrar que en Canadá, Estados Unidos, España, Europa Central, late en la vida religiosa el mismo aliento profético; haber conocido, tratado y hasta intimado con algunos de los hermanos

que ahora consideramos mártires; ir percibiendo el paso del Señor por mi Congregación, por otras Congregaciones, por la CLAR, por los amigos y, finalmente, poder recoger la «Experiencia Latinoamericana de Vida Religiosa» y culminar mi «vida pública» con la VI Asamblea de la CLAR, en la que sentimos toda la realidad, el milagro, la profundidad del cambio en estos veinte años de «Propuestas y Respuestas»... Todo esto, como comprenderás, entra en mi *Magnificat,* en el *Gloria a Dios* de cada Eucaristía, en el gozo profundo y admirado que me penetra cuando pienso en el pasado.

Ahora, hace seis meses, al terminar mi servicio en la CLAR... ¡por fin! la que espero sea la última etapa de mi vida religiosa. He venido a un barrio marginado de una ciudad del sur del país para formar parte de una Provincia de mi Congregación que trata de hacer realidad la opción por la justicia, explicitada por la Compañía de María. Mi nueva comunidad lleva ya nueve años de experiencia de inserción. Todo es simple, sereno, comprometido, evangélico. Otra Pascua, otra muerte para la vida... Lo que se me quiebra en este momento son las estructuras de organización, de eficacia, de utilización de medios ricos, de todo lo que hizo necesario el trabajo en una Institución internacional... Vuelvo a ser novicia, tengo que aprender y vivenciar lo que prediqué y lo que vi hacer realidad a tantos religiosos y religiosas dispersos por América latina.

Dos cambios profundos me parece que voy experimentando: a nivel de oración, ya no puedo intelectualizar. Encuentro al Señor Jesús en rostros concretos que van poblando mi vida: el niño que llora de hambre, el obrero despedido del trabajo, la mujer que pide un rinconcito para dormir en casa, el vecino que saluda sonriente... A nivel de acción, la pobreza suma del no saber, del estar buscando con el grupo. Espero que también para mí, como para tantos otros, los pobres me evangelicen.

¿Qué significa para mí la Vida Religiosa?

Si me lo hubieras preguntado el año pasado, hubiera respondido sin vacilar con algunos párrafos de «La Vida según el Espí-

ritu», de la CLAR. Hoy sé que eso es verdad, pero me avergüenza dar definiciones. Caigo en la cuenta de que éste es un tercer cambio operado en mi vida.

Sigo siendo religiosa porque la fidelidad del Señor Jesús se ha expresado en mantener en mí la convicción de que mi vocación humana de servicio se identifica con mi vocación a la Compañía de María. La convicción de que es por aquí... Conozco pocos religiosos que no hayan vivido épocas en las que a nivel muy profundo todo parece derrumbarse. Yo también. Pero la historia relacional con Jesucristo y con su Iglesia me han aportado elementos, experiencias, luces, ayudas, para volver a la claridad serena. Se da en mi vida —en la de todos— una circularidad entre el Reino a construir, la contemplación del Señor en la realidad y la firmeza en la vocación personal.

¿Hacia dónde debe caminar la Vida Religiosa? Me perdonas que te remita al libro número 33 de la colección CLAR... Ahí está expresado esto de manera muy realista y vivencial en unos párrafos que contribuí a redactar en el contexto de una estupenda reunión del equipo de teólogos, con la que quisimos aportar para Puebla un ensayo de marco eclesiológico... Yo creo lo que allí se dice, lo espero con la esperanza teologal, trato de vivirlo aquí en mi rinconcito del barrio «La Rosa». Esa Vida Religiosa red de comunidades, fermento del Reino, que va transformando la masa en pueblo y el pueblo en Pueblo de Dios. Creo en estos grupos de hermanos consagrados que, convocados por el Padre, compartiendo un mismo carisma, buscan juntos la voluntad de Dios y son testigos del Reino, viviendo desde aquí la solidaridad, el gozo, la fraternidad, la justicia, la libertad, la verdad... Lo viven o tratan de vivirlo en el dolor y el riesgo de la muerte diaria, la que pide la opción por la justicia, y resucitando cada día también con su pueblo.

¿No crees que por aquí van *las exigencias del futuro para la Vida Religiosa?* Ser cada día más concretamente servidora y pobre, comprometida y liberadora, eclesial y fraternizadora...

Julia Aller, sjs.

Desconocida, anónima, de las firmas que nunca aparecerán en los libros o artículos sobre la vida religiosa. Con experiencia y años latinoamericanos. Con la experiencia constante de la cruz de la enfermedad en su vida, que es cruz de dolor, de impotencia, de cercanía de la muerte, de maduración espiritual. Con la presencia animosa de la esperanza y un amor apasionado a Cristo. Sierva de Jesús Sacramentado.

Tenía once años cuando sentí por primera vez deseos de ser religiosa; en esos momentos empecé a descubrir el problema del mal y la grandeza del bien. De ahí partió mi primer deseo de ser religiosa.

No entendía nada del seguimiento de Cristo, pues apenas lo conocía, pero sentía unos deseos muy grandes de ser religiosa. Pienso que de esta forma tan sencilla afloraba a mi conciencia la auténtica llamada que Dios desde la eternidad tenía sobre mí... «Antes que te formaras en el seno materno te conocí..., antes de nacer te consagré...» (Jer 1,4-9).

Conocí a varias religiosas que a veces venían por mi pueblo; con todas me quería ir, pero siempre había dificultades y todo quedaba en nada. Por fin, un día (tenía entonces catorce años)

me encontré con unas hermanas que estaban de paso en un pueblo vecino. Eran las Siervas de Jesús Sacramentado, con las que, ¡al fin y con gran gozo!, me pude ir.

A este primer paso sucedieron los años de postulantado y noviciado, etapa en la cual fui conociendo el carisma propio de dicha comunidad y su actividad apostólica en la Iglesia. En él encontré respuesta a la aspiración fundamental que sentía dentro de mí, y por ello, libre y responsablemente, quise comprometerme, a la edad de dieciocho años, a seguir a Jesucristo allí.

Hoy mi vida religiosa es consecuencia del Amor infinito, insondable y misterioso de Dios; digo así porque en sus designios le ha parecido bien proyectar sobre mi vida la realidad de «su Cruz», la cruz de la enfermedad.

Recuerdo que el día que emití mis votos dije con mucha firmeza: «Yo me gloriaré en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo» (Gál 6, 14), y pienso que éstos son momentos de testimoniarlo.

Hace dos años fui intervenida quirúrgicamente de «hidrocefalia», pues llevaba ya un tiempo con muchos mareos y dolor de cabeza; después de varias pruebas, se vio la conveniencia y necesidad de dicha operación. Posteriormente a la operación continúa una etapa dura... Una hemiplejia en la parte derecha me impedía movilizarme para nada por mí misma; todo mi cuerpo era un dolor. Esta situación ha ido mejorando despacio y hoy, gracias a Dios, los problemas de tipo posoperatorio han quedado resueltos, quedando, más o menos, en una situación similar a la anterior de la operación, pues continúo con mareos y dolor de cabeza frecuentes.

Debido a esto me han realizado nuevos estudios, llegando a la conclusión de que las posibilidades de resolver este problema son muy escasas hoy. Debido a esta situación, puedo realizar muy pocas actividades... Pero puedo realizar la que considero esencial: *seguir a Jesucristo y proyectar en mi vida su Amor a todos; por esto soy feliz.* No obstante, quiero confesar... que he

tenido muchos momentos en los que esta realidad me ha resultado muy dura, y no siempre he sido generosa, por lo que *a todos pido perdón...*

La experiencia, unida a la gracia, me ha enseñado que en la aceptación plena de la *cruz,* sea ésta del tipo que sea, está nuestra realización al configurarnos en Jesucristo, la auténtica felicidad y el auténtico apostolado.

También me alegro de poder compartir «el don» que el Padre me ha dado a través de la enfermedad. Me explicaré: Cuando fui intervenida, pasé unos días de máxima gravedad. Dios me lo ha dado todo: permitió que expermientara mi propia nada, pues nada podía por mí misma. Dependía de lo que los médicos y cuantos me atendían hiciesen conmigo. Yo personalmente lo que hacía era sufrir y quejarme mucho, poniendo a prueba el amor y la paciencia de todos.

Pues bien, en estos momentos de extrema limitación y pobreza sentí a Dios más cerca que nunca. La situación concreta me hacía tomar conciencia de mi pobreza radical; muchas veces había tomado conciencia de ello, pero experimentalmente nunca lo había sentido así.

Por otro lado, llegó a tal extremo mi situación que en torno mío, claro está, pensando en que yo no oía, se hablaba de mi próxima muerte. Yo también lo creí así y por espacio de unos segundos se agolparon en mi mente todos los recuerdos de mi vida. Al verme así sentí que de nada valía todo cuanto había hecho si no había amado...; que en esos momentos *lo único que cuenta y vale es el AMOR.*

Por otra parte, también experimenté la duda...: Jesús, al que yo había seguido, ¿estaría más allá de la muerte? ¡Qué angustia! «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (M 27, 46).

Después de este momento, el más duro de todos, sintiéndome en un vacío y soledad total, me sentí inundada de una paz

y un gozo ¡impresionantes! Esto no lo sé describir... Sencillamente pienso que esto fue una manifestación del *gran* e infinito *amor* del *Padre,* quien, viendo mi gran vacío, quiso llenarlo intensamente. Fue una experiencia de «cielo». Yo no la merecía. «Ni ojo vio ni oído oyó... lo que Dios tiene preparado para los que le aman» (1 Cor 2, 9), pero El, en su infinito Amor, me la quiso regalar, y de ello, con mucha gratitud, me alegro. En esos momentos deseé morir para continuar así con El. Esto es inexpresable (Fil 1, 21; 2 Cor 5, 8).

Todo esto fue muy fugaz; al instante vino a mi mente el recuerdo de mucha gente y entonces también sentí deseos de vivir para seguir proyectando en todos los hombres el *gran amor de Jesucristo* (Fil 1, 24).

Esta experiencia ha dejado una huella muy profunda en mi vida; todavía hoy, después de dos años que la sigo sintiendo por sus efectos:

— Ha dejado una convicción profunda de mi pobreza radical (1 Cor 4, 7).

— Ha dejado como primer compromiso y fundamento de mi vida el *amor-Jesucristo* (Jn 13, 34-36; 1 Cor 3, 11). Por eso hoy mi alegría profunda consiste en estar convencida de que Dios nos ama (1 Jn 4, 16), y en intentar cada día ser generosamente fiel.

— Ha dejado claro que la fe en Jesucristo es el *gran tesoro* que ha regalado el Padre; es lo que da sentido a la vida, a la muerte, a todo (Rom 8, 31-39). Por eso hoy mi gran ilusión es conocer y vivir como El aquí, para seguir viviendo en el Reino del Amor eternamente con todos.

— Ha dejado muy agudizado el sentimiento de gratitud, pues cada día lo siento como regalo que se me ofrece..., como don de Dios.

— Ha dejado en mi vida la convicción profunda de que lo fundamental en la vida es vivir en El y amar a todos; por ello hoy ya no me preocupa tanto el hacer esto o aquello, el estar

aquí o allí, el tener o carecer de ciertas cosas, etc. Lo que de verdad me importa es dejar que El hoy en mí continúe haciendo la voluntad del Padre por la salvación de todos. «Mi alimento es hacer la voluntad del Padre» (Jn 4, 34). Por la salvación de todos (1 Tim 2, 6). Pienso que en todo esto está nuestra configuración con Jesucristo, glorificando al Padre con nuestra auténtica colaboración al crecimiento del Reino.

De mi vida pasada puedo decir que ha sido regularcilla. En ella ha habido luces y sombras. Puede verse el derroche sin medida del Amor de Dios, por una parte, y, por otra, mi falta de amor en muchas ocasiones, que han quedado de manifiesto al pecar. Sí, yo soy una persona que ha pecado mucho y ha amado poco, y quizá por esta causa veo con más claridad el amor infinito de Dios para conmigo, expresado en su Hijo, donde se ha encarnado toda su misericordia (Tim 3, 4-7). A medida que lo voy conociendo, me parece más maravillosa su actitud con los pecadores. Es siempre de infinita misericordia. Basta verlo actuar en algunos pasajes del Evangelio para captar su profundo e infinito amor a todos.

Tengo muchísimo que agradecer a Dios y a los hombres. De los años que llevo de vida religiosa, nueve los he vivido en Argentina. Allí se me brindó la oportunidad de estudiar y trabajar. Este trabajo consistía fundamentalmente en la evangelización y catequesis, realizada ésta de manera especial entre los pobres. Sólo Dios, que peentra en nuestro corazones, sabrá cuánto aprendí con los pobres, cuántas alegrías profundas experimenté al sufrir con ellos, al caminar y buscar con y para ellos una vida más digna y justa; esa dignidad y justicia que nos trae Cristo y que debemos dejar que Cristo a través nuestro la siga ofreciendo a todos los hombres, pues pienso que la auténtica liberación y realización integral del hombre está en Jesucristo (Is 61, 1; Lc 4, 18-21).

La vida religiosa la entiendo como una llamada gratuita de Dios y como una opción libre y radical por Jesucristo y su Reino. Ello significa que los que hemos recibido esta llamada y hemos hecho esta libre opción debemos representar, visibilizar y perpetuar el proyecto de Jesús en sus dimensiones más profundas.

Sigo siendo religiosa:

— Porque la gracia de Dios sigue operando en mi vida y aquel «ven y sígueme» del primer día no ha perdido sentido ni ha envejecido con el tiempo, sino, todo lo contrario, lo siento cada día con más fuerza y lo sigo considerando como «el gran regalo del Padre», al que quiere ser fiel.

— Porque en Jesucristo he descubierto la *perla* de gran *valor* por la que vale la pena vender y sacrificarlo todo (Mt 13, 44-46; Fil 3, 7-12).

— Porque en mi comunidad concreta he descubierto la verdadera fraternidad, que me ayuda a ser fiel al llamado gratuito inmerecido que Dios en sus planes de Amor tiene sobre mí.

— Porque el ir conociendo a Jesucristo y ver en El la encarnación del Amor del Padre a todos, ha hecho que El para mí sea *el gran Amor,* y como el amor a Jesucristo es inseparable del amor a los hombres (1 Jn 4, 20), vale la pena el hacer de mi existencia un servicio permanente de amor a todos, en un *seguimiento radical de Jesucristo. Por todo esto hoy quiero ser religiosa.*

Pienso que la misión esencial de la vida religiosa es «ser» en la Iglesia, presencia y prolongación visible de Cristo virgen, obediente y pobre.

Las exigencias del futuro para la vida religiosa serán muy fuertes. Nos pedirán:

— Que vivamos en más consonancia con lo que profesamos; nos exigirán una vida radicalmente evangélica.

— Que transparentemos con nuestra vida el auténtico Cristo del Evangelio.

— Que seamos hombres y mujeres de fe, esperanza y gran comunión con Dios (oración).

— Que seamos muy fieles a los hombres estando en actitud de servicio permanente con todos. «Los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres..., sobre todo de los más pobres..., deben ser los nuestros (GS 1).

— Que reflejemos en nuestra vida el gozo por la opción que hemos hecho y que nuestro «ser» y «hacer» tenga el estilo propio del único Cristo del Evangelio.

— Que siendo auténticamente fieles al propio carisma, tratemos de estar abiertos y atender a las necesidades de las Iglesias particulares y a las exigencias del momento histórico en que vivimos.

Pienso que todo ser humano siente necesidad de amar y ser amado; por eso creo que si vivimos nuestra vocación con toda su *radicalidad evangélica* responderemos a todas sus exigencias.

Severino M. Alonso, cmf.

Claretiano, formador de jóvenes universitarios y de seminaristas religiosos en España, Líbano e Italia. Con una larga e intensa experiencia de gobierno y de docencia oral y escrita en el ámbito de la teología de la vida religiosa. Ha dictado numerosos cursos sobre su especialidad en Europa y América. Su máxima preocupación es seguir avanzando hacia una síntesis congruente entre la teología y la vida.

Dos sentimientos me invaden —en igual medida— al intentar responder a estas preguntas. Por una parte, el rubor natural —inevitable— de confesarme en público y desvelar mi propia intimidad. Por otra, el gozo indefinible y limpio de proclamar abiertamente mi fe en Cristo Jesús y saber dar razón —como pedía San Pedro— de mi propia esperanza (cf 1 Pe. 3, 15).

Advierto ya desde ahora que la vida religiosa no es algo marginal o accesorio para mí, sino mi forma histórica de ser hombre y de creer en Jesucristo; es decir, que la vida religiosa constituye, por lo tanto, mi misma existencia humana y cristiana a la vez. En consecuencia, decir *por qué soy religioso* equivale, en concreto, a decir *por qué soy cristiano* y *por qué soy hombre* de esta peculiar manera.

¿Por qué soy religioso?

Esta pregunta es demasiado compleja. Por eso no es conveniente darle una respuesta global, ya que involucraría aspectos claramente diferenciados y aun puntos realmente diversos y crearía, por eso mismo, una inevitable confusión.

Se ha dicho acertadamente que el presente es un «texto» y que el pasado es su interpretación. Sólo volviendo la mirada hacia nuestro pasado —que constituye nuestras propias raíces— podemos comprender nuestra realidad actual.

Intentaré remontarme —temblorosamente— a mi pasado para describir y hacer de alguna manera inteligible mi personal experiencia vocacional.

Nací en el seno de una familia cristiana y numerosa. En un pequeño pueblo de la montaña leonesa: Pedrosa del Rey. Exactamente el 21 de febrero de 1933. Desde muy niño tuve un notable sentido de responsabilidad. Contribuyó a ello la muerte prematura de mi padre —contaba yo ocho años— y el tener que asumir algunos quehaceres propios de una familia campesina, aunque quizá superiores a mi edad. Viví un ambiente de religiosidad tradicional, sencilla y vigorosa a la vez. Sin exaltaciones ni fanatismos, pero convencida y seria.

Fuimos ocho hermanos; yo, el menor de todos. Las tres hermanas, una en pos de la otra, al ir cumpliendo los dieciséis o diecisiete años, ingresaron en el Instituto Calasancio de *Hijas de la Divina Pastora*. Su gesto fue un estímulo para mí. En distintas ocasiones manifesté una vaga intención de ser religioso. La verdad es que no sabía muy a ciencia cierta qué era y en qué consistía ser religioso o «fraile». El recuerdo de un Padre claretiano, del mismo pueblo, a quien había visto una sola vez, y la misión predicada por unos Padres jesuitas, a la que asistí admirado y conmovido —a mis diez años—, fueron alentando en mí el deseo de «ser como ellos».

El 20 de septiembre de 1946, a los trece años cumplidos, ingresé en el Seminario Claretiano de Segovia. Allí se encontra-

ba el Padre claretiano —Paulino Alvarez— a quien yo había visto una sola vez y con quien se habían puesto en contacto mis hermanos, a petición mía. El fue siempre para mí como un hermano mayor. En Segovia viví dos años. Años de austeridad y de alegría. De allí pasé a Santo Domingo de la Calzada (Logroño). Otros dos años: 1948-1950. El quinto año de Postulantado o Humanidades lo cursé en Valmaseda (Vizcaya).

Recuerdo sobre todo tres acontecimientos religiosos que me impresionaron vivamente: centenario de la fundación de la Congregación, 16 de julio de 1949; canonización de San Antonio María Claret, 7 de mayo de 1950; proclamación dogmática de la Asunción de la Virgen, 1 de noviembre de 1950. Las notas que dominaron estos cinco años de Seminario Menor fueron: estudio serio, reglamentación minuciosa de la vida, piedad más bien devocional, entusiasmo un poco romántico por las «misiones», amor sincero y filial a la Virgen (es éste, quizá, el factor más positivo que ahora descubro durante estos años en el ámbito religioso), temor un poco doloroso —sin convertirse en angustia— a «perder la vocación», alegre compañerismo y suficiente confianza en y con los formadores.

En julio de 1951 inicié el Noviciado, en Salvatierra de Alava, con sincero deseo y con algún temor. Sufrí bastante durante el Noviciado. No tuve ninguna duda seria sobre la vocación. Y nunca adopté una postura o actitud fría, indiferente u hostil frente a la misma. La aceptaba como un hecho incuestionable y que, además, no me pasaba. Era un *don* que había recibido, una *gracia* que hay que agradecer y conservar, pero que —si se sabe que se tiene— no hay por qué examinar con angustia.

Muy pronto experimenté una dolorosa sensación de *dispersión*. A mí me han gustado siempre las síntesis. Y no acababa de encontrar un núcleo capaz de centrar y de concentrar toda mi vida espiritual. Pensaba en las 59 virtudes que por aquel entonces señalaban los tratadistas de ascética y me decía a mí mismo lo que confesaba aquel humorista inglés: «Cincuenta y nueve virtudes son demasiadas para uno solo.» Creció mi amor a la Virgen y el hábito de oración-meditación.

Durante el segundo año de filosofía tuvo lugar un «encuentro» que considero decisivo. Un encuentro personal, aunque a través de unos escritos. La mística carmelita Isabel de la Trinidad me hizo descubrir, en el misterio de la Inhabitación de la Santísima Trinidad, aquel núcleo unificador que yo andaba buscando. Desde ese momento concentré mis energías interiores en la vivencia explícita de este Misterio. La Inhabitación de las Tres Divinas Personas se convirtió para mí en raíz y fruto, en contenido y en forma de mi vida espiritual y en núcleo de mi existencia cristiana y religiosa.

Al mismo tiempo se fue dando en mí un progresivo descubrimiento —teórico y vivencial— del misterio de María, sobre todo respecto a la *filiación cordimariana,* dimensión tan esencial de la espiritualidad claretiana.

En octubre de 1958 fue destinado a Roma para realizar estudios de especialización en teología y en espiritualidad. Roma fue el lugar de mi preparación inmediata para la ordenación sacerdotal, que se verificó el 5 de abril de 1959. Roma supuso para mí experiencias inolvidables, entre las que destaca la apertura a horizontes realmente universales, en el ámbito de la Congregación y en el ámbito eclesial. Durante tres años realicé estudios de profundización teológica, de espiritualidad y de mariología. La elaboración de una tesis doctoral sobre *Amor y unión con Dios, según Fr. Juan de los Angeles* y un estudio sobre *Las relaciones entre María y el sacerdocio cristiano* me hicieron comprender mejor unos temas de especial contenido y sabor para mí, básicos para mi vida espiritual y religiosa, y me abrieron perspectivas insospechadas sobre diversos puntos del saber teológico. Concretamente sobre la *amistad,* que define el misterio mismo de Dios (Dios es Amistad, es decir, Amor recíproco entre Tres Personas) y que constituye la más alta vocación del hombre. Desde entonces, la *amistad,* objeto de estudio y de experiencia, se ha convertido para mí en un tema nuclear que ha dado sentido y unidad a mi pensamiento y a mi vida. La amistad —que define a Dios— es la más honda dimensión de la vida humana, de la vida cristiana y de la vida religiosa.

La vivencia del misterio trinitario y del misterio de María me llevó a un redescubrimiento progresivo de la Persona de Jesús. La *teología,* para mí, desde entonces es *cristología.* Frente a las dos tendencias de moda: «antropocentrismo» y «teocentrismo», yo sigo siendo decididamente partidario del «cristocentrismo». Cristo, Dios-Hombre, es «centro» de todo. El verdadero «cristocentrismo» es el único que asegura de manera eficaz que Dios y el hombre sean, a la vez e inseparablemente, «centro» y perspectiva de todo el universo. En la Persona de Cristo me encuentro personalmente con el Padre, con el Espíritu, con María Virgen, con la Iglesia, con todos los hombres e incluso con el mundo entero . Y de forma explícita y consciente.

El Cristo de mi fe y de mi vida es el mismo Cristo contemplado y vivido por Claret: el Hijo enviado por el Padre y preocupado por sus intereses, el Hijo de María, ungido por el Espíritu para evangelizar a los pobres, que comparte con los apóstoles su vida y su misión.

Claret ha sido certeramente definido como *«un místico de la acción».* A través de su incansable acción dejó siempre actuar al Espíritu y a María. Por eso su obra fue multiforme y variadísima, regida siempre por los criterios de *oportunidad, urgencia y eficacia.* Nunca pudo anclarse en métodos y en estructuras y su ambición misionera quería abarcar a todos los hombres. Este hombre universal y práctico, verdadero «místico de la acción», «instrumento consciente y dócil de la Maternidad espiritual de María», me ha resultado siempre una figura cercana y entrañable. Y la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María ha sido y es mi verdadera familia.

Tareas de profesor de teología, director de una residencia universitaria, formador de seminaristas claretianos y maronitas —en Roma y en Beirut, respectivamente— ocuparon y preocuparon mi vida hasta el mes de mayo de 1968. Desde esa fecha, de una forma sistemática y con particular intensidad, me he dedicado al estudio, a la reflexión personal y a la exposición oral y escrita de la teología de la vida religiosa o consagrada. Como profesor y como hombre de gobierno, he dedicado mi tiempo al es-

clarecimiento doctrinal del *ser* y del *quehacer* de la vida religiosa en la Iglesia y para el mundo y a su promoción, por medio de escritos, cursos sistemáticos, cursillos intensivos, conferencias, retiros, ejercicios espirituales, dirección espiritual de religiosos y religiosas, etc.

La vida me ha ofrecido una espléndida oportunidad de conocer y de sentir aspiraciones, inquietudes, experiencias, en contacto vivo con multitud de Institutos y con innumerables religiosos y religiosas. Esto, indudablemente, me ha hecho vivir muchas situaciones dolorosas y me ha enriquecido no poco.

Si *la teología es la fe de un hombre que piensa* o la reflexión de un creyente sobre su propia fe, en los doce últimos años creo haber ejercido una labor auténticamente «teológica». He reflexionado incansablemente sobre mi fe de creyente-religioso para «saber» con cierto rigor y hasta de una manera experiencial qué es y en qué consiste *ser religioso.* Con estos presupuestos —aunque todo lo que precede es también «respuesta»— ya puedo responder a la pregunta *¿Por qué soy religioso?* Mi conciencia, como es lógico, se ha ido esclareciendo progresivamente. Pienso que la verdadera experiencia de las realidades sobrenaturales no se consigue sólo desde la mera reflexión, aunque ésta sea necesaria y constituya un elemento integrante de la misma. Resulta imprescindible la *fe viva,* es decir, la *oración.* Fruto de esta reflexión, de esta fe ejercitada y consciente de un deseo de autenticidad y de un honrado intento de vivencia —al menos como *actitud* nunca contradicha— es todo lo que en síntesis voy a decir ahora.

¿Por qué soy religioso?

Soy religioso «por la gracia de Dios». Es decir, por la voluntad libre y amorosa de Dios. La iniciativa no ha sido mía. Cada día soy más consciente de esta verdad fundamental. Y cada día la conciencia de «vocación» va presidiendo más agudamente mi vida entera. Mi opción libre y voluntaria por Cristo ha sido precedida y posibilitada por la opción gratuita y libre de Cristo en

favor mío. Por eso, el sentido de la gracia, de la gratuidad y de la gratitud invade toda mi vida cristiano-religiosa. Mi pretensión de «alcanzar a Cristo» es también y ante todo «gracia» y se basa en que «yo he sido previamente alcanzado por él» (cf Flp 3,12).

Entiendo, pues, la vida religiosa como una *vocación*. Como un «don» original que se me está dando permanentemente y que exige que yo me abra a él, lo acoja, consienta en él y lo vaya incorporando a mi vida. Entiendo la vida religiosa como un don dinámico que, por su misma naturaleza, necesita ir creciendo en la fidelidad. No es una realidad acabada, estática, neutra o impersonal. Es una *amistad*. Es una relación interpersonal de amor y de conocimiento recíprocos. Nada es tan libre como la amistad. Y nada compromete tanto como la verdadera amistad.

El conocimiento teórico y la experiencia viva de lo que es la verdadera *amistad* me ha ayudado mucho para entender y tratar de vivir la consagración religiosa. El seguimiento evangélico de Jesús que, según el Concilio, es la «norma última», la «regla suprema» y el «ante todo» de la vida religiosa (cf PC, 2), es una verdadera amistad. No es un contrato, sino una alianza. Por eso, su lógica interna no puede ser de fidelidad horizontal —siempre lo mismo—, sino de fidelidad ascendente y progresiva: «más que ayer, pero menos que mañana», una fidelidad en el amor.

El contenido de esa llamada gratuita y personal que es la vocación religiosa es la *comunión con Jesús:* compartir la vida con él, compartiendo su misión. Vivir *con* él, viviendo *como* él. En *común unión* y en *común unidad* con Jesús. Al estilo de los apóstoles, convocados por el amor y la iniciativa de Jesús (cf Mc 3.13-14, etc.). Por eso entiendo la vida religiosa como *una vida esencialmente comunitaria:* relación profunda entre personas, en Jesús, con Jesús y desde Jesús. La vida comunitaria así entendida es lo más nuclear de la vida religiosa y la realidad más transparente del Reino consumado. Por eso es, en sí misma, evangelización y testimonio.

Este vivir en *común unión con Cristo,* siendo la Persona de Cristo la relación más profunda que une entre sí a los miembros de la comunidad, implica y supone *vivir como Cristo:*

— en *amor total e inmediato, divino y humano al Padre y a los hombres todos* (= virginidad) renunciando abiertamente a toda mediación, a toda polarización y a toda posible forma de egoísmo...

— en *disponibilidad total de lo que se es y de lo que se tiene para los demás* (= pobreza), viviendo decididamente para los otros, dándolo todo y dándose a sí mismo sin reservas, compartiendo no sólo los bienes materiales, sino también y principalmente la propia fe y la experiencia de Dios...

— en *actitud de total y gozosa docilidad a la voluntad de Dios, manifestada a través de múltiples mediaciones humanas* (= obediencia), sin relativizarla nunca y sin reducirla al ámbito de lo mandado y de lo prohibido.

Cristo es un *Hombre enteramente libre* y un *Hombre enteramente para los demás.* Se vive a sí mismo en total donación de amor al Padre y a todos los hombres. Y así entiendo yo la vida religiosa: como «seguimiento e imitación» de Cristo en su *libertad* y en su *vivir inmediata y totalmente para el Padre y para los hombres.*

La vida religiosa, en su esencia más honda, es *la re-presentación sacramental de Cristo-virgen-obediente-pobre en la Iglesia y para el mundo.* El religioso tiene que re-vivir, perpetuar y representar de manera visible y real (comunitariamente) el modo de vida y de existencia de Jesús en virginidad, obediencia y pobreza. Aquí radica *la identidad* y la *misión sustantiva,* irreemplazable, de la vida religiosa.

La vida religiosa supone y es la afirmación más clara del *valor absoluto y trascendente del Reino* y la *relativización de todo lo demás.* Cristo es el único *Señor* (Ef 4,5; cf Rom 10, 12; Hech 10, 36, etc.). Todo lo demás, frente a él, es relativo y pro-

visional. Por eso hay que estar dispuestos a perderlo todo por él. La vida religiosa es disponibilidad total en acto y en ejercicio, no sólo en «actitud» interior. De este modo *anuncia* el Reino como la única realidad definitiva y *denuncia* toda forma de idolatría existente en el mundo de los hombres.

De todo esto se deduce claramente qué significa para mí la vida religiosa. Y también se deduce con suficiente claridad cómo intento vivirla, sin desánimo, aun en medio de mis fallos personales y en estructuras que necesitan una profunda revisión.

La distinción entre *ser* y *hacer* —tal como la explico, por ejemplo, en mi librito «Las bienaventuranzas y la vida consagrada» (Madrid, 1979[4], pp. 27-29)— ha sido iluminadora para mí. Me ha ayudado a comprender en qué consiste la identidad propia de la vida religiosa, su justificación última y su misión insustituible en la Iglesia: *hacer de nuevo visiblemente presente a Cristo en esas tres dimensiones esenciales de su vida,* realizando un servicio u otro en favor de los hombres o sin llevar a cabo ninguna obra específica.

¿Por qué sigo siendo religioso? Porque creo, con San Pablo, que «los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (Rom 11, 29). Porque el Señor sigue creando en mí, gratuitamente, capacidad activa de respuesta a su llamada. Porque, desde la fe, sigo considerando la vida religiosa claretiana como mi forma histórica de vida humana y de vida cristiana, o sea, como mi manera concreta y peculiar de realizarme en cuanto hombre y en cuanto creyente. Pienso que afirmar el valor trascendente y definitivo del Reino, relativizando todos los demás valores, y perpetuar el modo de vida y de existencia de Jesús es prestar a los hombres el más valioso y necesario servicio.

¿Por qué la fidelidad? Porque entiendo la vida religiosa como una *amistad.* Y en una amistad la fidelidad es la única actitud verdaderamente lógica y coherente. Por otra parte, el hombre puede y debe ser fiel porque Dios es siempre fiel y principio activo de fidelidad para los que crean en él. En lógica de amistad, la suprema manera de ser fieles es creer en la fidelidad inquebrantable del amigo y apoyarse en su fidelidad.

II. ¿Hacia dónde debe caminar la vida religiosa?

La vida religiosa tiene que caminar —decididamente— de cara al Evangelio. No hay otro camino. Tiene que recuperar la transparencia evangélica que en gran medida ha perdido. Y sólo puede conseguirlo mirando a la Persona de Jesús e intentando, con toda seriedad y sinceridad, perpetuar en la Iglesia y para el mundo su mismo estilo de vida. La virginidad, la obediencia y la pobreza deben interpretarse y vivirse siempre con el mismo sentido que tuvieron en la vida y en la misión de Cristo.

Se hace necesaria una simplificación, o sea, una concentración de energías en lo más nuclear y sustantivo de la vida religiosa.

Ahora bien, pienso que *la vida comunitaria* condensa y resume todo el contenido de la vida religiosa y constituye lo más nuclear de la misma. La vida comunitaria no consiste, desde luego, en «estar juntos», sino en «estar unidos» con Cristo y en Cristo, compartiéndolo todo desde los niveles más profundos y subordinando el proyecto personal al proyecto comunitario.

El religioso de hoy y mañana debe ser un hombre «comunitario». Tiene que vivirse a sí mismo para los demás y con los demás. Y debe vivir la virginidad, la obediencia y la pobreza en clave de comunidad.

No hay, en la vida religiosa, ninguna realidad más expresiva y transparente de la presencia real y actual del Reino consumado que la comunión fraterna. La dimensión comunitaria —como traducción de la *koinonía* bíblica— va a ser la nota más característica del religioso auténtico de hoy y de mañana.

La vida religiosa necesita recuperar su *talla humana,* demostrando existencialmente, es decir, a través de los hombres y mujeres religiosos, que esta forma de vida es capaz de forjar «personalidades humanamente realizadas y maduras», como ha pedido Juan Pablo II (10-XI-1978). El hecho doloroso es que en muchos casos la vida religiosa ha contribuido al deterioro de la

personalidad, sobre todo a nivel afectivo y a nivel del ejercicio de la propia libertad. La vida religiosa tiene que redimirse de este «pecado».

También tiene que recuperar la vida religiosa el *vigor carismático* que le corresponde por su misma naturaleza, con las notas características del verdadero «carisma», que son la libertad, la espontaneidad creadora, el pluralismo o diversidad de formas y de modos, la fuerza, la actitud irrenunciable de servicio a los demás, etc., y que —en gran parte— se han ido desvaneciendo en el modo concreto de vivir en los distintos institutos religiosos.

Todo religioso tiene derecho a encontrar en su comunidad el lugar adecuado para expresar su fe y para relacionarse en profundidad con otras personas en los distintos niveles de la vida. No todos los religiosos de una misma comunidad tienen idénticas exigencias o aspiraciones. Por eso, y sin comprometer la fundamental unidad, deben abrirse ritmos distintos de comunión y de comunicación que respondan a las distintas necesidades humanas y espirituales de cada uno, dentro de una misma comunidad. El gobierno religioso tiene el deber de garantizar este legítimo pluralismo, salvando siempre la verdadera unidad. Hacia este pluralismo debe caminar con decisión la vida religiosa si no queremos ahogar los mejores impulsos del Espíritu.

Aunque a más de uno le pueda sorprender, debo confesar que no comparto la ansiosa preocupación de muchos por la escasez de vocaciones relgiosas. Sigo creyendo —y cada día con nueva certidumbre— que la vida religiosa no es para «masas», sino para «minorías». El número casi siempre está en razón inversa de la calidad. Para cumplir *la misión esencial* de la vida religiosa sin perderse en otros múltiples servicios adjetivos —en los que los religiosos somos perfectamente reemplazables en la Iglesia y en la sociedad— no es preciso ser «muchos». La historia de la vida religiosa nos recuerda —y una forma de aprender es «escarmentar»— que en los grandes monasterios, donde el número de religiosos o monjes era mayor, era también mayor la falta de densidad humana y de calidad evangélica.

Amenaza a la vida religiosa del futuro un serio y grave peligro. Ante el temor de «quedarnos solos», abrir las puertas a candidatos sin verdadera vocación, incapaces de vivir comprometidamente el radicalismo evangélico. Se impone, hoy más que nunca, una rigurosa selección. Y los criterios que deben presidir esta selección son, a mi parecer, los siguientes: *inteligencia* o capacidad mental, *equilibrio afectivo, capacidad y decisión irrevocable de vivir para los demás.* Quien no dé esta talla humano-cristiana no tiene vocación religiosa. Admitirle sería hacerle un daño irreparable a él mismo y deteriorar la vida religiosa en sus básicas exigencias.

En otra parte he señalado, con alguna detención y de forma descriptiva, los rasgos más característicos del religioso de hoy y de mañana si quiere ser fiel al mismo tiempo a Dios y a los hombres, al Evangelio y a la vida (cf *Renovación y futuro de la Vida Religiosa,* Madrid, 1979, pp. 23-58).

Mirando hacia la vida religiosa del futuro, quiero recordar la afirmación de San Pedro el Venerable, abad de Cluny, en pleno siglo XII, contemporáneo y amigo de San Bernardo, por considerar que es hoy todavía más acertada que cuando él la escribió: «*In negotio religionis, facilius est nova fundari quam vetera renovari*». Tratándose de la vida religiosa, resulta más fácil fundar algo nuevo que renovar algo antiguo.

Tengo fe en la vida religiosa. Esta fe es parte integrante de mi fe en el Espíritu del Señor, que sigue presente, vivo y vivificante en su Iglesia.

Pedro Arrupe, sj.

Superior General de la Compañía de Jesús desde 1965, puede ser uno de los hombres de Iglesia más conocidos dentro y fuera de la Vida Religiosa. Su significación propia y sus muchos escritos le han otorgado una popularidad que desborda las fronteras. Blanco de los periodistas, aquí responde a preguntas que quizá éstos nunca le hicieron.

¿Por qué soy religioso?

Analizando el origen de mi vocación, tendría que subir hasta mi propia familia; creo que en la familia se encuentra el origen de muchísimas vocaciones religiosas y sacerdotales, si no de todas.

Mi familia era un verdadero hogar cristiano: una madre santa, un padre ejemplar, hermanos muy unidos, formábamos esa atmósfera familiar cálida y serena, en la que germina tan fácilmente cualquier semilla de vocación que el Señor haya podido poner en nuestro corazón. Después de la familia, el colegio; mi asistencia durante ocho años al que los PP. Escolapios tenían en Bilbao, el ejemplo de aquellos religiosos excelentes, su trabajo asiduo y desinteresado, dejaron en mi alma huellas indelebles.

Pero tal vez fue mi permanencia en la Congregación de los Kostkas, que el recordado P. Basterra dirigía en la residencia de los jesuitas, la que tuvo una influencia más directa en mi vocación a la Compañía de Jesús. En la Congregación se nos inculcaban aquellos principios de ascética cristiana que cuando entré después en el noviciado vi no eran sino la aplicación del espíritu de la Compañía a la vida de los niños y de los jóvenes. Nunca olvidaré en este sentido a mi Director espiritual, el P. Nemesio Güeneche, ni tampoco al que más tarde ejerció tal vez mayor influjo en mí, el P. José Antonio de Laburu, una vez terminado mi bachillerato en Bilbao.

La primera vez que pisé las calles de Madrid, adonde fui para estudiar Medicina, experimenté la emoción nueva de quien se ve lanzado de repente al vértigo sin freno de una vida juvenil y de gran urbe. Pero como también en los afectos entra la rutina, muy pronto dejé de sentir aquella vibración interior; frecuentaba asiduamente la Facultad de San Carlos, la Medicina me gustaba muchísimo y yo procuraba estudiar lo más posible.

Un recuerdo sobrenada en mi memoria, más que el afán por los estudios, que tuvo entonces un gran influjo en mi vocación. Junto con varios compañeros —no sé con qué motivo— me hice socio de las Conferencias de San Vicente de Paúl, muy florecientes entonces en Madrid. Con asiduidad, sin faltar un solo día, fuimos visitando, cuando nos tocaba, a aquellas pobres familias que vivían en el expolio de la miseria. Vallecas era en aquel tiempo un barrio bastante apartado de Madrid; aquello, lo confieso ingenuamente, fue un mundo nuevo para mí. Me encontré con el dolor terrible de la miseria y del abandono. Viudas cargadas de hijos que pedían pan sin que nadie pudiera dárselo. Enfermos que mendigaban la caridad de una medicina, sin que ningún samaritano se la otorgase. Y, sobre todo, niños, muchos niños, medio abandonados unos, maltratados otros, insuficientemente vestidos la mayor parte y habitualmente hambrientos todos.

Un día pregunté a un rapacín:

—¿Qué estás merendando?

—Nada —me contestó con aplomo mientras mordía con satisfacción un boniato.

—Entonces, ¿qué estás haciendo? —le pregunté sonriente.

—Desayunar —me respondió.

—¡Pero si son las cuatro de la tarde!

—Ya lo sé, pero es la primera vez que como; para usted sería la merienda, para mí es el desayuno.

Y en su voz vibró algo, que no supe si era ingenuidad forzada o rencor contenido.

—¿Os ha faltado hoy la comida? ¿No trabaja tu padre? —le seguí preguntando.

—Nos ha faltado como siempre, pero no más; porque nunca comemos más que una vez, y mi padre no trabaja, porque no lo tengo.

Con qué frialdad hacía aquel niño el análisis de sus miserias y de sus hambres; como perro famélico, recorría las calles recogiendo pedazos de pan reseco y sucio, y con ellos reforzaba el mísero jornal de su madre viuda y con varios hijos.

Pudiera contar muchísimas otras anécdotas que penetraron profundamente en mí durante los tres años y medio que estuve en Madrid, y así se fue asentando la convicción de ayudar a los demás, tanto a aquella pobre gente necesitada de todo como a tantas otras personas, de gran autoridad por cierto, que encontrábamos en la Facultad de San Carlos con ocasión de nuestros estudios y de nuestros contactos sociales, completamente ateas, verdaderos pobres delante de Dios, pues carecían de lo más importante, la fe.

El último golpe que vino a dar Dios en mi vocación fue mi permanencia en Lourdes por un mes, adonde fui llevado por un presentimiento que yo mismo no podría definir. A pesar de no tener terminada mi carrera de médico, conseguí que me otorgasen un carnet especial para estudiar de cerca a los enfer-

mos que acudían a la Santísima Virgen en busca de curación: en el «Bureau de Constatation» seguí de cerca el reconocimiento de los enfermos y pude también ver algunos fenómenos extraordinarios de curación, inexplicables desde el punto de vista médico, que obligaban a reconocer la presencia del milagro.

Esto me impresionó más profundamente todavía que todas mis anteriores experiencias y me quitó por completo todo deseo y toda afición a aquellos estudios y a aquella vida que hasta entonces me habían llenado plenamente. Era el año de 1926. Decidí entrar en la Compañía de Jesús. El 15 de enero de 1927 fui admitido en el noviciado de Loyola y conocí al que había de ser mi maestro de novicios, el P. Martín Garmendia.

Analizando el origen de mi vocación, me vienen espontáneas algunas reflexiones. La importancia enorme que en las vocaciones tiene la familia: no cabe duda que lo que se aprende y se asimila en el santuario de la familia, en los ejemplos de una madre y de un padre como fueron los míos, proporciona una experiencia y pone una base que no puede sustituirse por nada. Después de haberme puesto en contacto con tantas almas, con tantos religiosos y religiosas, a lo largo de más de cincuenta años de vida religiosa, mi experiencia se corrobora y se enriquece con tantas otras experiencias: cada cual lleva en el fondo de su psicología y de su vivencia cristiana la marca, positiva o negativa, de una familia. Una familia buena, profundamente cristiana, ejerce un influjo saludable y duradero; una familia en conflicto o deshecha influye también, pero de un modo negativo: a la larga aparecen esos efectos desastrosos aun en personas que han comenzado la vida religiosa con gran idealismo y fervor.

El contacto con la realidad de la vida, que en mi caso se hizo a través de las Conferencias de S. Vicente de Paúl, y con las realidades sobrenaturales, que me llegaron tan hondamente en Lourdes, son, sin duda, elementos de gran valor para que los jóvenes caigan en la cuenta de los verdaderos criterios humanos, de los engañosos sofismas del mundo, de la profundidad de la experiencia religiosa y de la unión con Dios. Son fun-

damentos sólidos de tal profundidad y fuerza que a lo largo de la vida, en medio de dificultades, persecuciones o momentos de soledad, sostienen la vocación y le dan mayor consistencia y vigor.

Soy religioso sin duda de una manera mediocre. Necesitaría reflexionar mucho, tomar decisiones más profundas para mejorar mi vida; pero en el fondo me siento lleno de felicidad al saber que estoy cumpliendo aquello para lo que Dios me ha destinado, con la vocación y la gracia que El mismo me ha dado.

Mi vida religiosa actualmente es la de un General de la Compañía de Jesús. Mi vida, por un lado, parece tranquila: en mi cuarto de la Curia no ocurren grandes cosas externas, y aunque tengo fama de que viajo mucho, creo, sin embargo, que comparándome con otros Generales de Ordenes y Congregaciones religiosas, tal vez sea el que menos viaja de todos los Generales de la Unión de Superiores Generales. Sin embargo, en medio de esa tranquilidad externa, de la paz de mi habitación, mi vida es sumamente agitada, ya que la Compañía trabaja actualmente en todos los continentes del mundo —está presente en 107 naciones— y ejerce apostolados que cubren una amplia gama, casi imposible de abarcar: desde la labor científica hasta el trabajo parroquial, desde la dirección de Ejercicios Espirituales hasta la actividad de los Colegios, desde el trabajo con los pobres hasta la acción con personas influyentes; trabajos en el Tercer Mundo, en el primero y en el segundo: trabajos en países en que gozamos de plena libertad y podemos desarrollar toda nuestra posibilidad, trabajos en países en que estamos sometidos a constante control o de los que se nos llega a expulsar.

Todo esto ofrece una riqueza de experiencia y da motivo de profunda reflexión. Si uno se encuentra pequeño e incapaz para afrontar una problemática tan copiosa, no deja de sentirse también enriquecido con el contacto con tantísima gente de gran valer, de seria virtud, de entrega total al servicio de la Iglesia y de las almas.

Es ésta una de las grandes gracias que tiene el ser General de una Orden apostólica: sentir, por un lado, la extensión e intensidad de un trabajo universal; experimentar, por otro, el valor y la profundidad de los contactos personales con tantos miles de almas entregadas del todo al Señor y al servicio de la Iglesia. Limitaciones y faltas las habrá, sin duda, pero lo que predomina es la voluntad firme y el sincero deseo de la entrega total al servicio de Cristo y de los hombres, el amor fuerte a ese Dios al que han prometido hacer «oblaciones de mayor estima y momento».

¿Cómo ha sido mi vida, es decir, cómo he llegado hasta Roma, hasta ser General de la Compañía de Jesús? Mi vida ha sido sumamente movida. Comencé mi vida religiosa en España, como he dicho, y de España nos expulsaron en tiempo de la República. Hube de ir a Bélgica, donde estudié filosofía, y después a Valkenburg, en Holanda, donde los padres alemanes teníán los cursos de teología. Allí, pues, estudié teología, preparándome para ser profesor de moral. Pasé después a los Estados Unidos a fin de completar estudios de medicina psiquiátrica, plan que no se realizó, pues obtuve ser destinado a la misión del Japón. Adquirí en Japón una larga experiencia en mis veintisiete años de misionero y me tocó vivir la explosión atómica de Hiroshima, que marcó en mi vida la experiencia única de ver morir 80.000 personas en un día y de asistir a la lenta agonía, durante seis meses o un año, de otras 120.000 víctimas de aquella explosión.

Al irse desarrollando la misión del Japón fui a reclutar misioneros y adquirir fondos por diversos países: ello me puso en contacto con muchísimos miles de personas, tanto de Europa como de los Estados Unidos y de América Latina, y me dio un conocimiento de la problemática humana, que ha contribuido, sin duda, a un no menor conocimiento del corazón humano.

Mi vida exteriormente ha sido bastante agitada. En el fondo he conservado siempre una grande paz al ver en todo lo ocurrido a lo largo de mi existencia una intervención de la Pro-

videncia, que con amor me ha ido dirigiendo por caminos insospechados, convencido de que lo que Dios quería para mí era el mejor camino que yo podía escoger. Ello me ha dado una profunda satisfacción interior.

Para mí la vida religiosa, en concreto la vida en la Compañía de Jesús, es todo. Ella me ha dado el ideal de una vida muy superior a aquella que yo podía haber encontrado por mí mismo; me ha señalado el camino para llegar a ese ideal; me ha dado, y me sigue dando, una fuerza que si yo supiese usarla en plenitud me permitiría recorrer el camino hasta el ideal de un modo verdaderamente satisfactorio.

Digo que la Compañía es todo para mí porque, sobre todo, me ha dado a Jesucristo, que es el todo. Ella me ha presentado a ese hombre Dios que es el ideal de mi vida y satisface cuanto yo puedo desear como hombre, como cristiano y como religioso. *También me ha enseñado la Compañía el modo de imitarlo* a través de los Ejercicios ignacianos, cristalizados en las Constituciones de la Compañía. Por otro lado, al inspirarme en su imitación, la vida apostólica me ha proporcionado, a través de la formación, de la dirección espiritual y de tantos otros elementos, los mejores medios que yo puedo utilizar para contribuir de modo eficaz en la salvación del mundo y en la ayuda de las almas.

Por eso afirmo que para mí la vida religiosa en la Compañía es todo. No podría pensar en mi existencia fuera de esa realidad. Ello contribuye a que uno pueda sentirse feliz en este mundo, en cuanto es posible y a pesar de las dificultades y limitaciones que experimenta uno en sí o en los demás.

Hay quienes hablan de crisis de identidad, de problemas de vocación. Confieso con sinceridad que en toda mi vida no he tenido ninguna de esas crisis ni he dudado de mi vocación. No quiero con ello atribuirme ningún mérito, pues sé que es una gracia grande de nuestro Señor. Ni me impide tampoco el comprender a aquellos que son probados en esta materia y el tratar de ayudarles en sus dificultades.

Sigo siendo religioso porque estoy convencido de que la vida religiosa en la Compañía es para mí el único camino que podía yo pensar en estos momentos de mi vida: convencimiento que me ha venido acompañando desde que me decidí a entrar en ella.

Creo que esta fidelidad radica en la necesidad de corresponder a la vocación divina, en la voluntad de realizar el ideal de mi vida y cumplir el proyecto que Dios tiene sobre mi existencia en el mundo, Además, veo en esta fidelidad el modo mejor para mí de ayudar a otros, consagrando toda mi vida a servirles y a serles útil en todo lo que está a mi alcance, pues estoy convencido que seguir la voluntad de Dios en el camino que El nos traza es el medio mejor, más útil y rentable para utilizar en favor de los demás los dones y talentos que El nos ha dado.

Por lo tanto, todo lo que sea separarse de la fidelidad a la vida religiosa o ser infiel a ella sería también apartarse del verdadero camino, sería caer no en la infidelidad, sino en la infelicidad de vida y en la insatisfacción, ya que no podría estar tranquilo sabiendo que me voy desviando del camino que Dios me ha trazado.

Mi oración al Señor no es otra cosa sino que me siga ayudando con su gracia para mantenerme dentro de la vía de mi vocación y poder así llegar al ideal ignaciano de la mayor gloria de Dios.

¿Hacia dónde debe caminar la vida religiosa?

La vida religiosa tiene una misión muy concreta en la Iglesia y en el mundo: misión de testimonio y misión de apostolado.

Misión de testimonio

La vida religiosa vivida en profundidad es ya un testimonio y un ejemplo para el pueblo de Dios. Es un estado que tiende de un modo especial a la perfección cristiana, que «imita más de cerca la forma de vida que Cristo escogió al venir al mundo» (LG 44). El religioso, por medio de los votos, aspira a un total desprendimiento; por la vía comunitaria pretende vivir aquella plena participación espiritual y material (koinonía) de los primeros cristianos, que nace de la caridad evangélica y es la verdadera señal del cristiano y fuente de su celo apostólico.

> «Por la integridad de la fe, por la caridad con Dios y con el prójimo, por el amor a la cruz y la esperanza de la gloria futura, difunden la buena nueva de Cristo a todo el mundo, a fin de que todos vean su testimonio y sea glorificado nuestro Padre que está en los cielos» (PC 25).

La vida religiosa debe ofrecer siempre «un testimonio de la vida nueva y eterna conseguida por la redención de Cristo» (PC 44) y prestar a la Iglesia un claro servicio con su pobreza, su obediencia, su castidad, su caridad mutua, su movilidad, su capacidad de adaptación a los diversos tiempos y a las diversas costumbres de los pueblos.

Por otra parte, el religioso que trasluce constantemente en toda su vida un amor gozoso a la propia vocación es un testimonio atrayente de la auténtica alegría y felicidad —inexplicable para el mundo— que Cristo concede a los que se le han entregado sin reserva para ser sus colaboradores en la salvación de los hombres.

Todo ello demuestra la oportunidad de la vida y del testimonio de los religiosos en medio de la Iglesia y del mundo y revela la gran responsabilidad que ellos tienen frente a todo el pueblo de Dios, ya que si su testimonio se empobreciera se desfiguraría en un aspecto la imagen misma de la Iglesia (cf ET 3). Por eso afirma con razón el Concilio Vaticano II que la vida religiosa, «aunque no pertenezca a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece, sin embargo, de una manera indiscutible a su vida y a su santidad» (LG 44).

Misión de apostolado

El fin de la vida religiosa no es introversión, ni aun en el caso de la vida contemplativa. El religioso «se entrega enteramente al servicio de Dios» (LG 44) «y de todos los hombres» (LG 46).

Es claro que la vida religiosa debe ser esencialmente apostólica, pues si todo cristiano por el bautismo es llamado a convertirse en luz del mundo y a irradiar su fe entre sus hermanos, con mayor razón el religioso hace del apostolado la verdadera finalidad de su existencia, se libera voluntariamente de cuanto le pudiera impedir el estar permanentemente al servicio de los hombres, se encuentra, en fin, «por efecto de sus diversos carismas, en todos los campos de la Iglesia» (PC 1).

También la vida contemplativa, dice el Vaticano II,

> «tiene una importancia máxima en la conversión de las almas con sus oraciones, sus obras de penitencia y sus sacrificios... Más aún: se pide a estos Institutos que funden Casas en los países de misiones, como ya lo han hecho no pocos, para que, viviendo allí de una forma acomodada a las tradiciones genuinamente religiosas de los pueblos, den un preclaro testimonio entre los no cristianos de la majestad y de la caridad de Dios y de la unión con Cristo» (AG 40).

Haciendo alusión a la disponibilidad de los religiosos en la Iglesia, Pablo VI decía a un grupo de Superiores Generales:

> «Los religiosos, siempre y en todas partes, están sometidos ante todo a la potestad del Romano Pontífice, por ser él su supremo Superior. Los Institutos religiosos, por tanto, permanecen a disposición del Romano Pontífice para aquellos trabajos que tocan al bien de la Iglesia universal» (AAS 1964, 570-571).

Para este servicio universal no pocos Institutos religiosos, por su presencia en tantos países, cuentan con una visión inmediata de toda la Iglesia, y así pueden realizar una planificación misional más vasta y que supera a veces los límites de las Diócesis y Conferencias Episcopales. Su verdadera eficacia exi-

ge, con todo, la encarnación en las Iglesias locales y el prestar una decidida colaboración en la pastoral de conjunto. El fruto del trabajo de los religiosos estará en proporción de su capacidad de adaptación al plan apostólico de las Iglesias locales, de su flexibilidad pastoral, de su celo en el servicio de la Iglesia y del mundo.

Sin embargo, lo que evangeliza el mundo de modo más eficaz es el Evangelio vivido auténticamente hasta las últimas consecuencias. La vida religiosa, en su esencia, se demuestra de especial actualidad e importancia en el mundo de la evangelización, porque el radicalismo evangélico que exige le da una fuerza espiritual intensa de testimonio muy propio de nuestro tiempo. Esto exige hoy de los religiosos una robustez espiritual y un equilibrio humano mucho mayor del que exigiría un momento más estático. No son las meras palabras, sino la vida, lo que suscita la credibilidad.

Exigencias del futuro para la vida religiosa

El futuro de la vida religiosa en general y de cada uno de los Institutos en particular no se puede predecir: está en las manos de Dios. Pero en cuanto nos es posible conjeturarlo por la historia de la Iglesia y los signos de los tiempos, ese futuro es muy esperanzador. La necesidad de los Institutos religiosos, lejos de disminuir, se acentúa cada vez más. La buena voluntad de los religiosos tampoco se puede poner en duda: es evidente que se está haciendo un esfuerzo grande por acomodar la vida religiosa a las necesidades y situaciones del mundo moderno. Se descubre además una acción activa y eficaz del Espíritu Santo en múltiples aspectos de la vida y del apostolado de los religiosos.

Nuestra labor debe ser la de escuchar el Espíritu, descubrir sus signos, valiéndonos del discernimiento, tener una gran confianza en nuestros religiosos, aunque sean frágiles e imperfectos y puedan equivocarse; estar atentos a las crecientes necesidades del mundo actual y ofrecer siempre nuestro servicio a los hombres y a la Iglesia de hoy.

Sano criterio para prever el futuro es la reflexión serena sobre lo que ha ido ocurriendo a lo largo de los últimos años en la Iglesia y en la vida religiosa, mientras se trabajaba intensamente por la verdadera renovación requerida por el Concilio Vaticano II. Al reflexionar sobre ese pasado cercano y sobre el presente, se descubren muchos fundamentos de esperanza cara al futuro:

— profundización en el carisma de los diversos Institutos y empeño por la verdadera renovación;

— mayor aprovechamiento de las posibilidades de apostolado y mayor unificación también de la vida religiosa y apostólica;

— aspiración a una vida más sencilla, pobreza más auténtica, inserción en el mundo de los pobres;

— deseo de más intensa formación espiritual y profesional, de modo que nuestro apostolado sea una respuesta verdadera a las necesidades reales de los hombres;

— fomento de las relaciones interpersonales, que favorezcan el apostolado y enriquezcan las decisiones de los Superiores;

— deseo de mayor cooperación con la Jerarquía, que ha cristalizado en el documento aprobado por S. S. Pablo VI sobre los criterios pastorales que deben regir las relaciones entre Obispos y religiosos en la Iglesia.

Cuando se pregunta hoy a los diversos Institutos cómo ven su vida en el futuro, la respuesta es casi unánime: como una vida inspirada por el amor a Cristo, basada en una experiencia interna de El y alimentada con profunda oración; como una vida de testimonio, de encarnación en el mundo inspirada por el carisma espiritual de los Fundadores; como una vida de comunidad más abierta e íntima, de relaciones interpersonales profundas basadas en la caridad y capaz de realizar el verdadero discernimiento apostólico en docilidad a la voz del Espíritu.

La renovación de la Iglesia y de sus instituciones, la situación actual del mundo y su evolución en un próximo futuro, el adelanto técnico, la afluencia de población a las ciudades y los problemas ecológicos determinados por esa afluencia, la di-

mensión internacional creciente, el sentido de identidad de los pueblos, etc., van creando también en la vida religiosa situaciones nuevas, presentando dificultades específicas, ofreciendo oportunidades que antes no se daban.

Si la vida religiosa quiere servir a la Iglesia y a la humanidad, tendrá que responder a este desafío del tiempo adaptándose, creando ella misma hombres, trabajos, actividades, estructuras, etc., que respondan a las nuevas situaciones:

— en contra de los mandamientos de un mundo egoísta, la vida religiosa deberá poner en práctica de manera visible el espíritu y las exigencias de las Bienaventuranzas;

— al interés y deseo de lucro, característicos del mundo de la producción, deberá responder con un desinterés total y con una vida pobre;

— la sociedad de la abundancia, del consumo y del superfluo, debe, por contraste, suscitar en los religiosos una gran austeridad y sencillez de vida;

— el abuso de los demás, que tiende a convertirlos en «cosas» e instrumentos de satisfacción o de lucro, debe contrastar vivamente en los religiosos con un ideal desinteresado de servicio total, aun a costa de grandes sacrificios y de la propia vida;

— a la ligereza y superficialidad ambiente debe oponer el religioso el sentido profundo de la reflexión y de la responsabilidad;

— la obediencia libre y consciente será el mejor antídoto para el deseo insano de una libertad sin límites, a la que se concede un valor absoluto a trueque de la ofensa y del perjuicio de los demás;

— la oración sencilla, profunda y constante servirá de inspiración y ejemplo al abandono de las relaciones con Dios y al vacío interior;

— en fin, un amor universal que abrace a todos sin distinción alguna, que sienta preferencia por los débiles y abandonados, será el mejor remedio para el espíritu de discordia, de división o de rechazo, bien sea racial, nacional o de clase social.

En una palabra, las exigencias del futuro nos encontrarán tanto más preparados cuanto mejores religiosos seamos, cuanto más permanezcamos unidos con Cristo, cuanto con mayor docilidad escuchemos la voz de su Espíritu, cuanto más fieles seamos a la Iglesia jerárquica y cuanto más exclusiva sea nuestra preocupación por servir a sólo Dios y a nuestros hermanos los hombres por amor a El.

La esperanza de los religiosos debe estribar no sólo en una fe como la de Abrahán, «que creyó y esperó contra toda esperanza» (Rom 15,18), sino en el espíritu y en el carisma de los Fundadores viviente aún en los diversos Institutos, en la buena voluntad y sincero esfuerzo de los religiosos, y sobre todo en la acción del Espíritu que tan claramente sentimos: «Espera en Jahvé: ten valor y afírmese tu corazón» (Salm 27,14).

Termino estas breves ideas con unas palabras de Pablo VI en la *Evangelica testificatio:*

> «Con sencillez —como ya lo hizo nuestro predecesor Juan XXIII, de feliz memoria, durante la celebración del Concilio Vaticano II —quisiera deciros cuánta esperanza despierta en Nos, lo mismo que en todos los Pastores y fieles de la Iglesia, la magnanimidad espiritual de cuantos, hombres o mujeres, han consagrado su vida al Señor, siguiendo el espíritu y la práctica de los consejos evangélicos» (ET 1).

José Pablo Basterrechea, fsc.

Nacido en Castro Urdiales (Santander) en 1917, se educó en Bilbao. Fue formador en Bujedo, profesor y director del colegio «Santiago Apóstol», de Bilbao; Superior provincial, Vicario general, y desde 1977 Superior general de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (La Salle). Participó en el Sínodo de 1977 como miembro designado por Pablo VI.

¿Por qué soy religioso?

Misterio de Dios éste. Lo es, sin duda, por más que intentemos explicar el fenómeno histórico, humano, dado que no es solamente humano... Mi vocación nació pura y simplemente como fruto de una catequesis escolar. Los Hermanos que me enseñaban y me educaban, y que, entre otras disciplinas, me exponían también el misterio de Cristo y de su Iglesia, me hablaron alguna vez (¡y no demasiado!) de la vocación religiosa, en forma sencilla y directa. Con una «teología de bolsillo» que me servía —lo recuerdo muy bien— para rebatir a mi modo infantil las dificultades y «pegas» que me ponían quienes querían por diversos motivos disuadirme de aquellas mis ideas. Yo «vi y creí» que aquello me convenía y convencía.

Fue así como precisamente, luego de una de esas catequesis, de un «catecismo», como decíamos, me decidí a exponer por primera vez, y tímidamente, mi deseo de ser Hermano. No sé si aquel modo de ver y sentir, un tanto acrítico, luego de aquella sencilla iluminación, convencería a ciertos exigentes teóricos de la vocación. Pero, en fin de cuentas, creo que resultó válido para mí.

Decir *cómo lo soy* resulta más difícil, porque nos falta perspectiva para apreciar bien un proceso que abarca nuestra vida toda. Y porque nadie es buen juez en propia causa. Lo soy, diré, tratando en cada nueva etapa de mi vida de responder lo mejor posible a las sucesivas llamadas que se suceden por parte de Dios y completan aquella primera vocación inicial, auroral, a que me he referido. Mi vida se ha ido desarrollando así como una serie de compromisos crecientes, que me hubieran asustado excesivamente si hubiera llegado a preverlos globalmente desde un principio. Pero que se van sucediendo como una serie de «provocaciones» del Señor y de los hombres, de los acontecimientos también: provocaciones a nuevas generosidades y nuevas entregas, dentro de la misma vocación permanente.

Escribiendo lo que precede, creo que he ido ya diciendo espontáneamente y sin rodeos *lo que entiendo por vida religiosa.* Un entrar de modo peculiar y con exigencias muy concretas a participar en el plan de Dios, maravilloso e inabarcable siempre. Responder a los requerimientos sucesivos de una misión, que es tanto como un servicio a Dios y al hombre. Misión y servicio que a los que vivimos en comunidad en la escuela de un hombre carismático —el Fundador— nos une y nos da un sentido al vivir y obrar juntos.

El *porqué* de mi continuidad en este compromiso, el *porqué de mi fidelidad,* creo que es la permanencia de los «porqués» fundamentales que un día me movieron a ser Hermano. Las mismas razones esenciales, las mismas necesidades del mundo y de la juventud justifican e imponen el ser fiel a lo entonces elegido. Las mismas razones, percibidas con mucha más hondura... Las mismas necesidades humanas y, sobre todo, entre los

jóvenes, sentidas mucho más hondamente, con nuevas urgencias y mayores exigencias. Y sobre todo, el amor que entonces me invitaba, sin que yo lo percibiera sino muy difusamente, me sigue urgiendo y me sigue descubriendo mucho mejor la importancia y la nobleza de cuanto entonces me proponía. Es El, ciertamente, el único verdaderamente fiel y es su fidelidad la que alumbra y sostiene la mía. Sin esta convicción la duda y el susto me harían vacilar, sin duda, como le ocurrió a Pedro cuando se dio cuenta de que eran movedizas e inconsistentes las aguas sobre las que, sin mucho examen ni cuidadosos análisis, había comenzado a caminar hacia Cristo que le llamaba.

La larga historia de esa fidelidad se ha visto y continuará viéndose contrastada por una sucesión de éxitos y de fracasos, de gozos y sinsabores, de alientos y defecciones por parte de otros seguidores del mismo camino. Todo resultaría absurdo e insostenible en ella si Dios no estuviera ahí delante, presente y fiel para los que quieren verle y seguir con él. La fidelidad, cuando es verdadera, es un efecto del amor: como éste, resulta más fácil de vivirse que de explicarse. Sin duda, sabe mejor Dios por qué somos fieles y cómo llegamos a serlo, con ser de barro frágil y estar en peligro cada día. Pero, sin poder explicarnos mucho, sentimos muy en lo hondo que con El se impone ser fieles. Y, por El, podemos serlo.

¿Hacia dónde debe caminar la vida religiosa?

Su misión en la Iglesia ha sido recordada recientemente por Juan Pablo II (Alocución a los Superiores Generales, 24-XI-78): Tener en ella una atención particular —nunca exclusiva— a la (así llamada) dimensión vertical. Ser testimonio de la trascendencia y de un espíritu en el que sería más difícil de creer si Cristo no lo hubiera enseñado como su lección fundamental: el espíritu de las bienaventuranzas. Como comentaba el mismo Papa en el mismo discurso: «*Con el Evangelio auténticamente leído y releído; es decir, a base de la enseñanza de la Iglesia y dentro de la fidelidad a su magisterio*». Todo muy importante para la vida de la misma Iglesia: sin esa vida «consagrada» por

medio de los votos de castidad, pobreza y obediencia, «*la Iglesia no sería plenamente ella misma*».

Su misión en el mundo: En no poco se confunde con la anterior, pues la misma Iglesia testifica esos mismos valores fundamentales. Sobre todo la Vida Religiosa, o mejor, por ser más concreto, los religiosos, sienten ante el mundo la radical corresponsabilidad de ser «*auténtica presencia de Cristo, que es manso y humilde corazón, en el mundo de hoy: Cristo crucificado y resucitado, Cristo entre los hermanos*».

Dar sobre todo testimonio ante el mundo del verdadero amor que Cristo vino a traer a la tierra: activo, desinteresado, espiritual, profundo. Hacer ver que estamos llamados a realizarlo aquí, a pesar de muchos fracasos y contratestimonios, aunque parece imposible, porque Dios ayuda.

En su futuro, lo mismo que siempre, pero tal vez con más autenticidad por la superación de no pocos convencionalismos y por la exigencia crítica cada vez más apremiante en el mundo, ir cada vez más a lo que supone animación espiritual de las acciones en servicio del hombre, no para hacerlas irreales, sino para darles raíz más profunda y sentido más cristiano. Ir cada vez más a lo que los Fundadores fueron siempre, a buscar lo más pobre y lo más necesitado, dentro de cada una de las esferas de acción a que lleva el carisma y la historia viva del Instituto. Entendiendo bien y traduciendo en verdad de hecho lo que el Señor dijo de sí: que no se trata de ser servido, sino de servir, y de servir a los que más lo precisan.

Me parece que en este sentido van las *exigencias fundamentales* de la Vida Religiosa en su futuro. Crisis internas y críticas de fuera la pueden ayudar a afinar y aquilatar más sus exigencias íntimas, a hacer más creíble e inteligible su testimonio, a dar más coherencia a su vida y acción.

Una más acendrada formación basada en una doctrina, una teología más cabal y completa y en una atención más realista, más respetuosa y más creativa y fecunda a las necesidades ver-

daderas y prioritarias del hombre. Porque la mayor parte de los Institutos nacieron para poner en servicio del hombre tantos hombres y mujeres que le ayudaran a ser capaz de responder mejor al designio de Dios sobre él, a liberarlo de tantos condicionamientos como se lo impedían, a vencer tantos obstáculos que hacían su vida menos humana y menos feliz. Y nunca ha sido tan necesario fijarse en lo que realmente es ese hombre y su circunstancia en cada situación y cultura como hoy, en que las diferencias culturales se hacen más patentes y las necesidades del hombre más apremiantes y más universalmente conocidas.

Una evaluación constante de objetivos y de realizaciones habrá de servir a disipar ilusiones y a centrar vida y servicios de modo que su significación y su adecuación vayan siempre aseguradas y respondan a lo que Dios y el mundo piden. Sin lo cual será cada vez más difícil que los nuevos candidatos que han de asegurar, por su número y su calidad, ese futuro acudan a los noviciados. De todos modos, los religiosos habrán de fijar cada vez más en lo que es específico de su definición y estado. En sintonía con los demás estamentos de la Iglesia y sin querer hacerlo todo por sí. Pensando suficientemente en aquella primorosa y desconcertante página del Libro de los Jueces (capítulo 7), cuando el Señor suscitó a Gedeón para salvar a su pueblo y le animó a reclutar voluntarios: que Dios tiene una muy peculiar manera de escogerse colaboradores que pueden encajar en su designio, reduciendo el número cuanto sea preciso para que se respeten sus premisas y se manifieste en todo el poder de su brazo. Que, en definitiva, precisa de muy pocos para llevar a buen término las proezas que han de salvar al hombre.

Teresa de Calcuta

No necesita presentación una religiosa que desde la humildad de su trabajo, entregada a «los más pobres de entre los pobres», ha alcanzado el Premio Nobel de la Paz. La veracidad de su carisma de fundadora se puede garantizar a la vista de la enorme expansión de su Instituto en tan pocos años. Un fenómeno inusitado en estos tiempos que algo significa. Las palabras de Teresa de Calcuta pueden desvelarnos algo de su misterio.

El elemento más importante para todos los religiosos es que hoy necesitamos la convicción de que pertenecemos a Cristo, que El nos ha elegido para El, y para poder vivir con arreglo a esa convicción necesitamos una vida de pobreza, de oración y de sacrificio.

Digo pobreza primero porque la pobreza es libertad y a través de esta libertad podemos ser por completo uno con Cristo en oración y compartir su Pasión y así redimir el mundo con El.

Es también esa convicción la que nos dará la respuesta para poder amar a Cristo con íntegro amor en castidad. Necesitamos esa libertad completa de pobreza y total renuncia a través de la obediencia y servicio entusiasta de Cristo, al pobre o al rico,

cualquiera que sea, y con cualquier medio que Dios quiera darnos para poner nuestro amor por El en acción.

La gente debiera poder ver a Cristo en nosotras. Como decía una chica comunista hindú: «Yo no he visto nunca a Cristo, pero al ver a uno que sigue a Cristo fielmente, ya sé cómo era El.» O aquel caballero hindú que vino a la casa de los moribundos un día y vio a las hermanas con ese delicado afecto y con esa total alegría en el servicio del moribundo. El había venido sin Dios. Había venido vacío. Pero al salir dijo: «Hay Dios; he encontrado a Dios a través de la sonrisa de aquella hermana, el amable afecto con que ella le tocaba; aquella hermana me recordó a Cristo andando de un sitio para otro haciendo el bien.» Creo que éste es el modo de dar a Cristo al mundo, ya que Cristo hoy no puede ir de un sitio para otro haciendo el bien a menos que le permitamos usarnos.

Una comunidad viviente no es más que una unidad completa de la Santísima Trinidad, esa unidad en la Trinidad. También creo que somos una comunidad viviente solamente si podemos realmente vivir una vida de familia. Cristo lo ha dicho muy claramente: «amaos los unos a los otros como yo os he amado». Ello llega hasta el detalle de uno a uno, la relación de uno con la otra persona. Creo que si no traemos ese amor viviente a nuestra vida nuestras comunidades serán infructuosas. Podemos hacer grandes cosas, pero si hay muy poco amor, el Todopoderoso no está allí. No importa cuánto hagamos, sino cuánto amor ponemos en hacerlo.

Gracias al amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, estamos unidos —somos uno— con los corazones desplegados alrededor de la Eucaristía. Proclamamos a Cristo como Cabeza de nuestra familia y alegrándonos de su presencia entre nosotros.

Cuando se nos pidió que fuésemos al Yemen del Sur, yo insistí en que no podríamos ir allá a menos que un sacerdote viniera con nosotras, porque sin Jesús no íbamos. La presencia de Jesús entre nosotras —porque lo tenemos en nuestro sagra-

rio, entre la multitud— tuvo tal efecto entre la gente de allí que el gobernador escribió a alguien de Roma y le dijo: «La presencia de las hermanas ha encendido una luz en nuestro país, y esa luz es amor, es paz y es alegría.» Yo creo que ellos no habían visto a Cristo antes. Ellos han conocido a Cristo en la presencia de las hermanas, en la forma en que ellas hacen su trabajo, en la forma en que aman a la gente. Creo que han comprobado que Cristo les ama, ama a cada uno de nosotros. Creo que el testimonio es muy importante, porque la gente tiene toda clase de ideas sobre Cristo, pero tenemos que darles al Cristo entero, el completo y verdadero, el mensaje de que Dios amó al mundo tanto que dio a su Hijo.

Nuestra sociedad es pobre: necesitamos la pobreza a fin de comprender a los pobres. Es tan difícil comprender a los pobres si no sabes lo que es la pobreza... Pero nuestra pobreza para nosotras es una libertad para amar a Cristo con un amor íntegro. Nuestra pobreza es de elección. Estamos libres de todas las cosas que pudieran ser nuestras, que pudieran darnos confort. Elegimos sentir la pobreza. No solamente conocer la pobreza, sino sentir la pobreza para saber lo que sienten los pobres cuando no tienen. Y también porque Cristo eligió la pobreza por sí mismo para poder ser uno de nosotros. Es muy difícil hablar de Cristo a los pobres si no podemos decirles que Cristo eligió ser pobre como ellos para poder llevarles la Buena Nueva. Y así, siento que esta pobreza nuestra ha sido el modo más sencillo y fácil de llegar a ellos, acercarse más a los pobres y ganar su confianza y su amor.

La mayor necesidad que la Iglesia tiene en la India hoy es que profundicemos nuestra vida espiritual, nuestra unidad con Cristo. Para poder dar a Jesús debemos tener a Jesús. Nuestra Señora pudo dar a Jesús a Juan y a su familia solamente después de lo que hubo recibido. Una vez que Jesús entró en su vida ella se apresuró a darlo a los otros. Pero primero debemos tener a Jesús entre nosotros. La gente está hambrienta no sólo de pan, sino de este entendimiento de amor. Tienen hambre de Dios. Desean a Jesús en sus vidas. Tenemos tantas muchachas jóvenes hindús que están anhelando dar sus vidas a Dios para

hacer los votos, rezar, hacer penitencia... Es verdad que no pueden hacerse cristianas ahora, pero hay un profundo anhelo en ellas, y esto es Cristo que está trabajando en sus almas. Hay que saciar este hambre. Todos tenemos la responsabilidad de darles a Jesús de forma que la gente pueda mirarnos y ver a Jesús en nosotros.

En nuestro último capítulo hemos introducido una hora de adoración ante el Santísimo Sacramento. No sólo ha sido útil, sino que ha hecho crecer esta unión de amor con Cristo. Y ha traído ese profundo entendimiento de unos con otros y un mayor amor no sólo en sentimientos, sino en el desarrollo de la unidad y de la fraternidad. Ha profundizado también nuestra fe en Cristo bajo la apariencia de pan, y desde ahí ha sido más fácil seguir a Cristo en su palabra, para verle, para alimentarle en el hambriento, para vestirle en el desnudo, para darle una casa en los sin hogar, para verle en los cuerpos rotos de los moribundos, de los leprosos desfigurados, porque es el mismo Cristo. Creo que la Eucaristía y esta adoración han sido el mayor regalo que Cristo podría darnos.

El otro día recogí a una persona moribunda de la calle. Era muy tarde, por la noche, y la llevé a la casa de los moribundos. Después de haberla puesto en la cama, de repente sacó su mano de debajo de las mantas y agarró mi mano. Tenía la más maravillosa sonrisa en su cara. Una sonrisa como yo no había visto otra. Y dijo solamente: «Gracias.» Y murió. Esto es algo que desconocemos. Yo pensé para mí misma: si yo fuera ella, lo que hubiera dicho habría sido: «Me estoy muriendo; tengo hambre, tengo frío.» Pero ella estaba más interesada en darme que en recibir de mí.

Otro día fue un niño de cuatro años. Había oído que yo estaba teniendo dificultades con el azúcar para los niños y me trajo un pequeño envase con azúcar y dijo: «Tres días no comeré azúcar; dales esto a los niños.» Esta es la generosidad de los pobres, generosidad que no conocemos, y por eso es por lo que nos les amamos. Si realmente los amáramos, les serviríamos. Nuestros pobres no necesitan nuestra piedad. Cuando les damos

nuestra piedad los olvidamos. Ellos necesitan nuestro amor. Las monjas que vinieron a ayudar a los refugiados de Bangladesh, de congregaciones de hermanas, trabajaron con nosotras, y después de seis meses, cuando se marcharon, dijeron: «Hemos recibido mucho más de lo que hemos dado.» Comprendieron la grandeza y la generosidad de los pobres.

Yo creo que realmente somos contemplativas. No somos asistentas sociales. Somos contemplativas en el mundo. Estamos veinticuatro horas en contacto con El. Y es muy bello, porque seguimos a Cristo según su palabra: «Tú me lo hiciste, tuve hambre, estuve enfermo y...» Esa es la dulzura de Cristo, que se hace él mismo hambriento para darnos una oportunidad de alimentarle. Pero esto es lo que la gente interpreta mal, yo creo. Aun ahora, estos temas son muy bellos, muy grandes, pero al mismo tiempo están vacíos, no son una realidad viviente. ¿Cuántos de nosotros conocen al pobre? ¿Sabemos realmente qué es la soledad? ¿En su sentido pleno? Como nuestros pobres de América. ¿Sabemos realmente qué es estar hambriento de amor? ¿Ser necesitado? Hay demasiada charla, y no demasiado... Yo lo creo así. Me gustaría levantarme y decir: venid, hay muchos pobres a los que amar.

Precisamente la otra tarde estaba hablando y vino una hermana y me dijo: «Hay tanta gente tan hambrienta... No tienen absolutamente nada para comer y tienen cientos de niños; si no hacemos algo a tiempo se pondrán tuberculosos.» Y yo le contesté a la hermana: «Usted empiece inmediatamente a cocinar y alimentarles.» «Tenemos muy poco», me dijo. Pero yo le insistí: «Estoy segura de que Jesús procurará que usted lo consiga.» Y a la mañana siguiente, cuando volví, alguien se me acercó y sin haber hablado nada sobre esto me dijo: «Quiero darle algo para alimentar a los pobres...» Está claro.

El Espíritu Santo es tan delicado... Su amor se puede palpar, si realmente se puede palpar. Basta abrir la boca y ya El ha tocado a alguien a lo largo de la línea.

> «Como nuestra vocación consiste en revelar al Dios del amor —dicen nuestras constituciones—, el misterio del hombre nuevo

en Cristo, no buscamos el mero progreso material y prosperidad para nuestros pobres, sino que dedicamos toda nuestra energía y amor para promocionar su dignidad humana y unión fraternal.»

De esta forma nosotras abrimos gradualmente a una aproximación a Dios más amplia y de unos a otros. Nuestros muchos centros de planificación familiar instruyen a nuestros pobres acerca de la dignidad del amor conyugal en paternidad responsable. En Calcuta solamente tenemos más de cinco mil trescientas familias que han estado practicando la planificación familiar con nuestra ayuda. Siempre de acuerdo con la doctrina de la Iglesia. Y lo enseñamos en el noviciado.

Para acabar, diré que la Iglesia espera de las religiosas hoy que seamos en verdad las esposas del Señor: amar a Cristo con íntegro amor a la castidad, a través de la libertad de pobreza, en total renuncia por la obediencia en un incondicional servicio en cualquier campo que la Iglesia nos confíe: contemplativas, apostólicas, educadoras, sanitarias... Y tener prisa de darlo a los otros, como María después que lo hubo recibido. La convicción más fuerte que necesitamos las religiosas es saber que pertenecemos a Jesús totalmente y que El puede usar de nosotras sin consultarnos.

¿Por qué no hay más vocaciones a la vida religiosa? Las palabras de Jesús son claras: si quieres ser mi discípulo, toma tu cruz y sígueme. Creo que lo que está pasando en algunos institutos es que se está rebajando lo sagrado de una llamada y la elección de Cristo al ordinario modo común de los negocios, al nivel normal de escoger y elegir en el terreno natural. Rebajan la necesidad de oración y silencio y el reto del sacrificio. Introducen en la vida religiosa confort y medios que proporcionarán lo que la joven está dispuesta a renunciar. Y así no ofrece más que la seguridad y el confort del mundo.

La vocación es un regalo de Dios: mientras la Iglesia esté viva habrá siempre vocaciones.

Ersilia Canta, fma.

Nacida en S. Damiano d'Asti (Italia) en 1908. Profesó en el Instituto en 1928. Once años profesora. Diecinueve de superiora local, siete de superiora provincial, dos de consejera general, dos de vicaria general, y superiora general desde 1969. Las religiosas salesianas saben bien de sus cartas circulares, frecuentes y enjundiosas.

¿Por qué soy religiosa?

Mi vocación surgió y maduró como algo muy natural en un ambiente familiar saturado de fe y en el del Colegio, compenetrado de un espíritu de familia sencillo, lleno de calor, rico en testimonio, caracterizado por una nota de alegría típicamente salesiana.

No sabría referirme al momento preciso en el cual advertí el llamado del Señor. Creo, sin embargo, haber sentido primero el encanto de la virginidad, luego el de la vida religiosa.

Cursaba el primer año de escuela secundaria superior, en calidad de alumna interna, en el Instituto Nuestra Señora de las Gracias, en Nizza Monferrato (Piamonte, Italia), dirigido por las

Hijas de María Auxiliadora. Un día, durante las vacaciones navideñas —que entonces transcurrían completamente en el Colegio—, estaba leyendo *Fabiola,* el famoso romance del cardenal N. P. S. Wieseman, que se desarrolla en la Roma de los mártires de los primeros siglos.

Esa visión de virginidad y de martirio en la que sobresalían las maravillosas figuras de Inés y Cecilia y de tantos otros jóvenes cristianos en quienes resplandecía la ilusión de virginidad consagrada en el martirio, me impresionó profundamente. Un Dios por quien se ofrece todo, aun la vida, debía ser Alguien que merecía ser elegido como «Absoluto» por encima de todo.

Mi hermana, algunos años mayor que yo, lo había comprendido y ya había hecho su gran opción. En mí, poco a poco fue madurando algo. Y seguí a mi hermana en el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, a los dieciocho años, cuando acababa de diplomarme maestra.

Cómo he buscado vivir y cómo vivo mi vida religiosa

Creo haber vivido y vivir mi vida consagrada muy sencillamente. Sin problemas particulares de vocación, sin experiencias místicas, sin vías extraordinarias. Una búsqueda continua para «centrar» todo en Dios solo, esto sí.

Algo tímida por temperamento, austera e intransigente conmigo misma, e inicialmente tal vez también con los demás, me parece haber logrado suavizar los rasgos más duros de mi fisonomía espiritual dejándome conducir, poco a poco, por el Espíritu Santo por una vía de creciente libertad interior.

Una libertad basada en la verdad y en la caridad, que me ha hecho siempre más abierta con los demás, más comprensiva e intuitiva, me ha llevado a comunicar con éxito también a nivel de una cierta profundidad con alguna hermana en quien he descubierto afinidad con mi exigencia interior de vivir la consagración en su totalidad.

Por designio especial de Dios, me encontré muy pronto en situación de arraigar en la fe mi ideal de total donación. Tenía treinta y un años cuando me hallé, casi improvisadamente, al frente de una comunidad de más de cuarenta hermanas y centenares de alumnas. Si se hubiera tratado de una comunidad menos numerosa, hubiera tal vez podido pensar hacer algo. En la situación en que me hallaba no me quedaba sino abandonarme totalmente a Dios y a su voluntad. Era El quien tenía que «hacer». A mí se me pedía sólo una fe sin condiciones.

Luego las responsabilidades de gobierno se han sucedido una a otra siempre más serias: no me han dejado otra posibilidad para vivir mi consagración que la de enraizarla con mayor profundidad en la fe siempre.

Fe y voluntad de Dios son mi único «programa» de vida personal, comunitaria y de gobierno. Un programa que me ayuda a simplificar todo, que me obliga a un abandonar totalmente «mis» planes, mientras me estimula a no dejar nada por hacer cuando está de por medio el Reino de Dios.

El ejercicio continuo de la fe, unido a un natural buen sentido de las cosas recibido de Dios, me ha puesto en claro muy pronto mis carencias y mis limitaciones y me ha llevado a pedir la colaboración de mis hermanas y a servirme de ella con naturalidad. Esto en particular con los «Consejos» locales, provinciales, general que la Providencia me ha colocado cerca. Creo no haber tomado nunca por mi cuenta iniciativas de cierta importancia, afrontado problemas o establecido arbitrariamente cuanto podía comprometer la vida de mis hermanas o del Instituto. Me ha parecido siempre muy sencillo buscar juntas, consultar con seriedad, rezar, asumiendo luego mi parte de responsabilidad en la decisión.

Ha habido errores también en mi vida de gobierno. Pero el Señor me ha concedido siempre la gracia de no crearme particulares estados de ansiedad o complejo de culpa. El único verdadero sufrimiento, en estos casos, se abre camino cuando me doy cuenta que en el error quedan implicadas las «personas»,

por lo que es causa de malestar, de un esfuerzo muy grande de superación y, tal vez, desorientación en la vida religiosa.

Otro tipo de sufrimiento, tal vez el más fuerte, ligado a mis deberes de gobierno, es el que experimento al contacto con hermanas inteligentes, cultas, preparadas en todo nivel, pero incapaces de colocarse en un plano de fe.

Considero como escuela continuada y enriquecedora las conversaciones particulares que, por deber de oficio, he tenido con mis hermanas. A menudo hermanas humildes y sencillas tan abiertas al Espíritu Santo como para dejar pasar en mí su Verdad en momentos en que más lo necesitaba; hermanas clavadas a la cruz y siempre serenas y contentas de todo; hermanas maravillosamente dotadas en plano natural y de la gracia, siempre dispuestas a permanecer en la sombra; temperamentos fuertes, orgullosos, pero de una prontitud sorprendente para reconocer sus errores; delicadeza exquisita tras apariencia de desagradable dureza. Soy deudora de mucha gratitud a Dios por esta escuela.

Es sin duda también una gracia la de lograr ligar bien, con facilidad, con los «caracteres difíciles». Pienso: «Sufren ya por sus carencias o por sus complejos, experimentan rechazo de tantas partes, a veces hasta marginación», y me brota instintiva una acogida más afectuosa, una escucha más atenta, una caridad más cuidada.

Con Dom Bosco y madre Mazzarello, busco siempre poner la Eucaristía más y más en el centro de mi vida, viviendo momento por momento, así como sé, el misterio de muerte y resurrección. Es una luz que se hace siempre más clara en mi camino a través de la liturgia, y que ilumina poco a poco también las playas del más allá, que con el pasar del tiempo se acercan.

Siempre, pero sobre todo en este último trecho de mi camino, siento que mis fuerzas están sostenidas por la «presencia» de María. Dom Bosco me ha enseñado que «es Ella quien hace todo en el Instituto». Esta convicción, que la experiencia me ha confirmado a veces en modo impresionante, me da un sentido de sereno optimismo en lo que se refiere a mi vida personal,

al Instituto, a la Iglesia. Creo, de verdad, que María es «el Auxilio».

HACIA DÓNDE DEBE CAMINAR LA VIDA RELIGIOSA

Pienso que el Vaticano II, los últimos Papas, comprendido el actual, han trazado con claridad la dirección justa por la cual debe orientarse la vida religiosa.

Una «renovación», sí, de formas y estructuras, pero sobre todo de vida. Un «situarse» y trabajar más en la Iglesia y con la Iglesia, conservando la fisonomía y rasgos característicos de cada Institución, en fidelidad al carisma específico de los fundadores. Un «responder» más oportuna y adecuadamente a las instancias de los lugares y de los tiempos, aun arriesgando seguridad y éxito de los resultados, pero con medida, con equilibrio, relativizando lo que no es «Reino de Dios».

Presentemente estoy convencida que la vida religiosa tiene siempre más en la Iglesia una misión de *testimonio.* O sea, como enseña Pablo VI en la *Evangelica testificatio,* n. 31, cada vez más, nosotras religiosas, debemos mostrarnos al pueblo de Dios capaces de aceptar la incógnita de la pobreza, capaces de dejarnos atraer por la sencillez y la humildad, amantes de la paz, libres de compromisos, decididas a la abnegación total, libres y a la vez obedientes, espontáneas y tenaces, dulces y fuertes en la certeza de la fe.

Y todo esto exigirá de hecho más oración, mucha oración, una acción apostólica nacida de la oración. Vivir más cerca al hombre concreto, sí, participar, compartir con él, pero intensificando la comunión con Dios.

El Santo Padre Juan Pablo II nos da orientaciones tan seguras y precisas que nos ayudan a caminar con seguridad por el camino de Dios.

Pedro Casaldáliga, cmf.

Misionero Claretiano, obispo de São Felix do Araguaia (Brasil), una Iglesia obligada a estar en el candelero de la actualidad por su lucha contra la injusticia y su pastoral liberadora. Bien conocido en los ambientes europeos y latinoamericanos, añade en estas páginas un aspecto propio a lo mucho que ya dicen sus escritos proféticos y testimoniales. Por eso se acusa y acusa: «A mí, a la Congregación y a la Iglesia en general, y al marco histórico que nos tocó vivir.» Pero siempre con amor, con la mirada puesta en la comunidad utópica del Evangelio.

¿Por qué soy religioso?

Soy religioso por la gracia de Dios y también por la gracia de mil circunstancias de tiempo y de lugar que, en mi infancia, me llevaron a ser religioso, y religioso claretiano precisamente.

Durante la revolución del 36 conviví con el Padre Pedro Bertrans—custodio del cuerpo de San Antonio María Claret— y le ayudé a Misa, clandestinamente celebrada, en aquellas Masies de mi comarca natal. El Padre Claret era un vecino de casa, como quien dice, hijo de Sallent, de las mismas orillas de mi Llobregat. Cuando ingresé en el seminario de Vic —en el Santuario de la Gleva, más exactamente— después de la triste guerra nacional, me encontré con el cuerpo de San Antonio María Claret, en su sepulcro provisorio, y con algunos compañeros de

Seminario Menor empezamos a soñar con las Misiones, claretianamente asequibles.

Ser *misionero* y ser *claretiano*, para mí, en aquellas pequeñas alturas de tiempo y de lugar, fueron una sola cosa. Y me hice religioso claretiano. Tenía doce años asombrados.

Naturalmente, después, los largos días de Seminario y de Noviciado, aun con todas sus generosas aberraciones, fueron dando contorno y profundidad a mi vocación. Y la vida, ya sacerdote y misionero y esta última etapa, de misionero y obispo, me han acabado de tornear —acabado, acabado, es un modo de decir— esa misma vocación, con sus deficiencias e interrogaciones, con todas sus posibilidades y exigencias evangélicas.

Siempre, desde mi profesión en Vic, me he sentido religioso y me siento religioso claretiano. El distintivo claretiano de mi *vocación religiosa* quizá se reduzca a esas providenciales circunstancias de lugar, de compañeros de camino, dentro de la comunidad apostólica que San Antonio María Claret posibilitó, con su propio carisma misionero. En todo caso, digo, nunca me pareció necesario renunciar a esa mi vocación «específica», ni siquiera ahora, después de obispo. Claro que es más «fácil» ser religioso siendo obispo, disciplinarmente autónomo...

Cómo he vivido esa vocación, «el porqué de mi fidelidad», ya son otra harina y otro costal. Ni me atrevería a hablar de fidelidad, con la boca grande. Perseverancia, digamos apenas, con una expresión más modesta y habitual.

He pasado por etapas diferentes en el modo de vivir la Vida Religiosa. Desde la más escrupulosa observancia, no sólo en el Noviciado, sino en otros períodos también, hasta una cierta libertad tranquila que, a mi parecer, salvaba y salva lo esencial, prescindiendo de otras muchas cosas, algunas relativas y otras incluso absurdas.

En materia de *castidad,* los conflictos no fueron nunca mayores. Cuando mucho, la psicosis más o menos masoquista de una pureza asombrada por mil fantasmas, la fobia irracional y

sin matices del sexo, de la mujer, de la amistad, de la vida, de la fiesta, del mundo. Lo cual no dejó de ser sufrimiento. Pero los conflictos, digo, no fueron mayores porque, en todo caso, la castidad era guardada y guardada por casi todos y, con eso, uno se sentía «libre» y «generoso» y, quizás, «diferente».

Ya la *pobreza* se hacía más conflictiva, por la farisaica distinción indisfrazable entre la pobreza personal y la riqueza institucional. El fraile era pobre y austero, pero la Congregación, la Orden, podían parecerse a una multinacional o a un status de burguesía. Con esto, la vida diaria del religioso pobre se daba de coces con la pobreza, por causa de las regalías de edificio, servidores, comida, horarios, viajes, amistades, asistencia médica y otros privilegios sociales.

La *obediencia* sí que era un conflicto habitual, una batalla doméstica. Durante los años de la carrera, la cosa no pasaba de una rebeldía verbal de estudiantes y un creciente desprestigio del carácter omnímodo del superior y las estructuras. Una vez llegados al Ministerio, no había modo de conciliar el apostolado con la obediencia. El sentido común resolvía, sin suprimir las amarguras de la tensión. Gradativamente uno fue entendiendo que la Iglesia era mayor que la Congregación y la Congregación o era Iglesia y testimonio y misión eclesiales o no era nada. Muchas veces sufrí bastante por no saber, por no poder conjugar materialmente las órdenes de los superiores y los horarios del convento con aquello que yo juzgaba exigencias del apostolado.

Sin embargo, la Vida Religiosa continuaba teniendo para mí unas posibilidades de entrega a la Oración y a la Misión que, personalmente, juzgaba no poder encontrar en otro tipo de vida. Siempre pensé también que, desde dentro, habría modo de transformar, más o menos «revolucionariamente», la estructura inaceptable de la Vida Religiosa conocida y sufrida... Esto y el «miedo —quizás— de perder la vocación» y la Gracia de Dios, en y por encima de todo eso, me mantuvieron en esa perseverancia más o menos fiel, más o menos lúcida, más o menos tensa, en general bastante «generosa».

Desde luego, en mi caso particular, la *Misión,* las Misiones más exactamente, fueron siempre el gran acicate en mi Vida Religiosa, la utopía que habría de realizarse un día por no sé qué milagros a los que uno se creía con derecho, porque así se lo pedía con machacona insistencia al Señor, a la Virgen y a todos los Santos predilectos, además de recordárselo, por activa y por pasiva, a los superiores responsables.

Sin el apostolado, a veces «marginal», sin la esperanza «utópica» de las Misiones, tal vez yo no habría resistido en la Vida Religiosa durante aquellos oscuros calcinados años de adolescencia sacerdotal, amarrada a los benditos Colegios y a los reglamentos y criterios asfixiantes...

Curiosamente, toda esa voluntad de Misión y todos mis activismos apostólicos se entrecruzaban con unos secretos deseos de contemplación. Y pienso que no me habría costado mucho intentar —intentar digo— la experiencia de la Vida Religiosa Contemplativa si no hubiese podido, finalmente, realizar, ya casi en la cuarentena, mi sueño misional.

He de reconocer que la *Vida de Comunidad* falló casi siempre. No conocimos la Comunidad. Por lo menos como yo la entiendo ahora. Convivíamos, incluso con cierta generosa caridad; a veces con fría adusta coexistencia o ya con resquemores y rencillas, pero no vivíamos en comunidad.

No creo que me puedan desmentir, honradamente, ni mis compañeros ni mis superiores de entonces. Y conste que no se lo reprocho a ellos, sino a mí, a ellos, a la Congregación y a la Iglesia, en general, y al marco histórico que nos tocó vivir. Culpa de todos.

Posiblemente no había modo de vivir en comunidad en un convento de veinte hombres o de seis, dispersos en sus ministerios, heterogéneos en sus mentalidades y sin que nunca hubiesen sido entrenados para vivir comunitariamente. No se debe confundir la vida de comunidad —convivencia al detalle, oración en común, confidencia y amistad, programación y revisión conjun-

tas, trabajo coasumido y compartido, sufrimiento y luchas conllevados, aun dentro de específicas responsabilidades personales— con la permanencia en un mismo local, dentro de unos mismos horarios de sueño, de comida, de recreo, quizá con la televisión absorbiendo las varias mentes apenas contiguas, y asistiendo todos a unas mismas celebraciones y rezos y sometiéndose de vez en cuando a unos capítulos de faltas o a unas pláticas amonestadoras o a unas revisiones tardías y desgajadas del vivir diario.

Falló también el empeño comunitario del Instituto como tal en las elecciones de superiores y otros cargos, en la formulación de programas y objetivos, en la revisión a fondo y verdaderamente compartida por todos, en la libertad de un sano pluralismo de experiencias de vida y de pastoral, no apenas tolerado, sino amado.

Falló también mi Congregación en su «sensus Ecclesiae» y fallaron igualmente los otros Institutos y las Ordenes e Instituciones de Vida Religiosa de los diversos tipos que yo conozco. Con perdón de alguna posible excepción rarísima, como las Fraternidades de Foucauld. Espero que nadie se ofenda porque diga todo eso. Reconozco que todas esas Instituciones sabían muy ortodoxamente bien que eran Iglesia, pero no lo demostraban así en la Pastoral de conjunto comprometida con la hora y con el lugar del Reino.

Y diciendo todo eso no niego la múltiple santidad, heroica a veces, que ha florecido en la Vida Religiosa, y dentro de mi propia Congregación y que yo mismo con estos pecadores ojos críticos he podido comprobar edificadamente. La santidad florece también entre el absurdo. Florecieron conjuntamente la santidad y la frustración, el heroísmo y la vulgaridad, el testimonio y el escándalo, la fidelidad y la irritación neurotizada.

Nadie, en todo caso, negará la necesidad de facilitarles el camino, a Dios y a los Hombres, en la Vida Religiosa del futuro.

¿Hacia dónde debe caminar la Vida Religiosa?

Para ser sincero debo empezar diciendo que siento tensamente incierto el futuro de las Ordenes y Congregaciones, dentro del estilo y tamaño con que las hemos conocido...

¿Sobrevivirán, como tales, o habrán de transformarse radicalmente, en lo que se refiere a su estructuración? ¿Serán sustituidas por nuevas formas de Vida Religiosa más flexibles, más pobres, menos paralelamente estructurales al lado de las Iglesias particulares o locales?

¿Serán esas nuevas formas más autóctonas o indígenas, menos pretendidamente universales o «multinacionales», digamos? ¿No serán, paradójicamente, más «católicas»?

¿Podrán continuar subsistiendo los Gobiernos Generales y sus curias romanas y los Gobiernos Provinciales y sus curias provincianas, o serán sustituidos por grupos de Responsables, elegidos periódicamente y por áreas de geografía y vida, menos en la cúpula y más en la base...?

¿Serán más «ecuménicas» las viejas y nuevas Instituciones de Vida Religiosa? (Más ecuménicas, en todos los sentidos de la palabra: por un ecumenismo intereclesial, por un ecumenismo intercongregacional, por un ecumenismo intervocacional.)

¿No habrán de ser más radicales en la Contemplación, en la Pobreza, en la Castidad disponible para el Reino, en la Obediencia a Dios y a sus hijos, los Hombres, dentro del cada día concreto de la Historia?

¿No habrán de ser necesariamente mucho más cristianas, más explícitamente centradas en el seguimiento y en el anuncio de Jesucristo, el Fundador, el Maestro, el Señor?

¿No habrán de ser los nuevos religiosos mucho más arriesgados en su encarnación, por causa del Verbo Encarnado, compartiendo de verdad la suerte «evangélica» de todos los marginados de este mundo?

¿No habrán de ser, incómodamente, la contestación, intolerable y escatológica, al Reino del Dinero y del Poder y del Placer?

Preguntas que yo me hago, que todos nos hacemos, quizás. Preguntas «normales», cuando nos preguntamos desde el ángulo incisivo de la Fe cristiana y que, sin duda, desde esa Fe cristiana, deberíamos responder afirmativamente.

El *cómo* y el *cuándo de esas transformaciones* ya son asunto de mayor coraje y de más realismo evangélicos. Desgraciadamente, las Instituciones, la propia Santa Madre Iglesia, sólo cambian a remolque y sólo reaccionan en profundidad a golpes de sufrimiento y de persecución. Las estructuras, todas, aun cuando relativamente necesarias, son reacias a la Vida, siempre nueva.

Sin decir nada original y sin mayores pretensiones, me atrevo a sugerir y a sugerirme, sobre *la Vida Religiosa del futuro,* lo que ya muchos escriben, subrayando apenas yo o sintetizando, a mi manera.

Concuerdo, por ejemplo, con Fray Mateus Rocha, dominico brasileño, cuyo libro *Projeto de vida radical* yo prologué (Editora Vozes, Petrópolis, RJ, 1977).

Y pienso, con él, que *el Pueblo* —el Pueblo entendido como «clase social», para evitar escapatorias, el Pueblo de los Pobres de la Tierra— será la nueva señal, el símbolo actualmente inteligible, el contexto históricamente evangélico de Encarnación, el marco de credibilidad testimoniante, para una Vida Religiosa digna de tal nombre. O, como dice Fray Mateus, «la manifestación exterior socialmente constatable de la opción radical».

Pienso también que «ese proyecto de vida radical», que debe ser la Vida Religiosa, comparta: una *conciencia revolucionaria,* según las Bienaventuranzas; una *actitud profética,* en la línea multisecular del Antiguo y del Nuevo Testamentos; una *vivencia radical de la Fe cristiana* y sus exigencias de «necedad y locura».

Pienso que *la Pobreza* será «la vida común» del Pueblo de los Pobres: sus privaciones de vivienda y salud y comida, de viajes y hábitos de vida en general; su diario trabajo —aun conjugándose éste armónicamente y a veces escandalosamente con el ministerio pastoral—; su «lucha» de clase oprimida, en orden a la Liberación plena...

Pienso, con Juan Pablo II, que los religiosos harán de «*la contemplación* su mayor protesta» social, siempre que se trate de contemplar al Dios vivo y verdadero que es el debelador de todos los falsos dioses, incluido el espiritualismo desencarnado y evasionista.

Pienso que *la Castidad* será como el carisma diferente de la Vida Religiosa. Una Castidad asumida con libre gozo, hecha una mayor disponibilidad para Dios y para los Hombres. Una Castidad toda ella de acogida. Humilde, quizá humillada aun dentro de la propia Iglesia, pero libremente fiel y servidora.

Pienso que *la Pobreza, la Castidad y la Obediencia al Reino* serán una *diaconía eclesial y apostólica* de mayor disponibilidad para lugares y horas y servicios de emergencia evangélica. Lo que traduciría, en concreto, aquella «mayor libertad para seguir a Cristo e imitarlo más de cerca», que pedía el «Perfectae Caritatis».

Con Arturo Paoli, buen maestro y testigo de Vida Religiosa evangélicamente «otra», pienso que, de hecho, la Vida Religiosa del futuro debería *ayudar a construir esa alternativa de vida* diferente que la Iglesia y la Sociedad humana están pidiendo a gritos.

La nueva Vida Religiosa sería: *renuncia,* en la libertad del Espíritu; *anuncio,* por el testimonio de vida y por el martirio quizá; *denuncia,* por el escándalo de la Cruz de Jesucristo.

Todo muy bonito, si lo viviéramos así.

La Madre de Jesús, la pobrecica mujer de Pueblo, cantadora del Magnificat de la Liberación, puede ayudarnos.

Y sin duda no nos faltará, si lo queremos acoger con compungida voluntad de conversión radical, aquel Espíritu del Señor Crucificado y Resucitado que renueva todas las cosas.

¡Cómo está pidiendo nuestra querida y torturada América Latina una Vida Religiosa así de evangelizadora!

Nicolás Castellanos, osa.

Uno de los escasísimos obispos-religiosos españoles. Escritor, con experiencia pastoral directa, superior provincial y buen conocedor de la vida religiosa antes de ser obispo. «Te he escrito lo que sinceramente siento, vivo y he vivido, desde las limitaciones y convencimientos profundos que uno ha abrigado en la vida.»

¿Por qué soy religioso?

Tengo que reconocer y agradecerte, amigo José María, que al dejarme interrogar por tus preguntas he descubierto una intuición que ha estado siempre presente en mi compromiso religioso y que ha dado a mi «proyecto de vida» un talante que me atrevería a calificar de *fiesta.*

En una sociedad saciada, pero sin espontaneidad ni lugar para la amistad, para la intuición, me descolgué de una vida religiosa, demasiado adusta, distante de la vida..., e intuí, percibí y viví la experiencia de una vida religiosa como lugar humano, evangélico y teológico, privilegiado para la comunión, la intercomunicación, el diálogo, el servicio, el compromiso solidario con el hombre, la realización posible y arriesgada del *ser-para-*

Dios y del *ser-para-el-hombre,* a través de todos los valores humanos y evangélicos del amor y de la caridad, de la paz y de la lucha, de la contemplación y de la acción, de la amistad y de la soledad, del anonadamiento y de la fiesta... y sobre todo, desde la Celebración festiva, personal y comunitaria, del *Resucitado.*

Desde esta intuición he intentado explorar de nuevo mi experiencia de proyecto de vida y en esta clave te respondo. Te aseguro que no he acertado, pero te prometo que lo he intentado sinceramente.

¿Por qué soy religioso? Cosas de Dios. En mi familia, en el antiguo páramo leonés, cundía la idea de estudiar los tres hermanos hasta donde se pudiese... Mi padre, por no tener la cultura requerida en la administración de una mina, vio cerrado su porvenir. Este hecho determinó el futuro de sus hijos. Mis hermanos, Demetrio y Hermógenes, médicos, empezaron el Bachillerato, y otro tanto hice yo, en 1946, en los agustinos de León.

En casa sólo se hablaba de ser médico, ingeniero o catedrático. Sentía aversión a los curas o los frailes. De repente cambié, no sé por qué; sólo recuerdo que me entusiasmé con ser cura y además agustino. Desde entonces, a los doce años, aunque tenía abiertas todas las puertas, las fui cerrando y he dejado abierta sólo ésta. Es bonito poder abrir las otras puertas y seguir con ésta sólo abierta...

Progresivamente me fui identificando en el seminario de Palencia y de La Vid, de los agustinos, con mi proyecto religioso y sacerdotal. Estudié en Roma Ciencias de la Educación y me entregué gozosamente a la tarea pastoral y vocacional durante once años; seguidamente acepté el servicio provincial e intenté la animación comunitaria religiosa y pastoral. Y cuando estaba en esta tarea me llamó la Iglesia y seguí el consejo de Agustín de Hipona: Si la comunidad eclesial te requiere, deja el Ocio santo y sirve al Pueblo de Dios...

Sigo pensando ahora, como obispo, que son cosas de Dios.

En contacto con la realidad, sobre todo con los jóvenes, intuí que muchos esquemas de vida religiosa transmitidos no eran válidos, se desmoronaban solos. Ahí empezó mi intuición existencial: lo mismo que en el siglo XIII o XVIII inventaron sus fórmulas, estilos de vida o hicieron sus síntesis y formulaciones, desde los datos de que disponían, nosotros ahora, en el siglo XX, podemos hacer las nuestras, desde la luz de las ciencias humanas y de la teología del Vaticano II y del postconcilio y de la inspiración en el Evangelio, leído en el contexto psicosocial de hoy.

Mi experiencia, mi proyecto de vida evangélica no cabía en los moldes reducidos, legales, impositivos, recibidos, y se fue haciendo experiencia gozosa de *fe,* de *comunión,* de *amistad,* desde el encuentro con Dios y desde el encuentro con el hombre, como es, como lo percibimos, como se manifiesta, sin tantas superestructuras que le hemos ido colocando encima.

No entiendo que la realización del *ser-para-Dios* y del *ser-para-el-hombre* provoque un sofocamiento o reducción de la persona humana. Esa tensión en línea evangélica supone un crecimiento personal y comunitario, el gozo de la fraternidad en las grandes dimensiones humanas, celebrativas, festivas, donde el hombre crece en la amistad, se mueve con libertad y responsabilidad hacia dentro y hacia afuera, se realiza con amor, se compromete con el hombre solidariamente en su liberación integral.

Entiendo también que esto sólo se consigue siendo contemplativo, teniendo la experiencia de fe de vivir la utilidad de lo inútil.

Al mismo tiempo, la lectura asidua del Vaticano II fue despertando en mí actitudes vitales humanas y religiosas, desde una fe misionera, que cristalizó en una mayor presencia y encarnación en la vida, en una vuelta al Evangelio, sin reduccionismos y sin adherencias superfluas y sofisticadas cogidas a lo largo de la historia y, sobre todo, una recuperación lúcida del sentido comunitario. En consecuencia, viví la vida religiosa como una experiencia gozosa de *comunión* (Koinonia) y de *servicio* (Diako-

nia). Y todo esto desde la realidad limitada, conflictiva, dolorosa, gris, anodina, sufriente..., pero asumida desde Jesús, el Señor Resucitado, en la mañana de domingo de Pascual, pasando por la tarde de Viernes Santo.

Andando por la vida aprendí y viví que había que sentarse a la misma mesa, bajo la misma higuera, compartir el pan y el vino; y, sobre todo, *reír* juntos, si queremos descubrir la plena humanidad y la auténtica presencia de Dios entre nosotros, que es *amor.* La *risa* nos hace más hombres, profundiza las raíces de ser persona y de ser creyente en comunidad y para los demás, y nos somete a un proceso seguro de liberación.

Ahora que tengo cuarenta y cuatro años, miro para atrás o hacia adelante y compruebo, verifico y siento con gozo que la vida es *amor* y *acción de gracias.* Como Dios, que es Amor, y como Cristo, que es Acción de Gracias, ir por la vida *amando* y *agradeciendo,* amando gratuitamente y agradeciendo sin esperar recompensa...

Desde ahí el proyecto de vida evangélico, que ha hecho de Dios su *Absoluto* y del hombre su *compromiso* y *servicio,* en la *fraternidad,* se convierte en testigo de la Esperanza, en profeta de la Alegría, renueva la Confianza en los otros y en el Espíritu, que habla en la oración, en la soledad, en los acontecimientos, en los otros, en la vida, que recupera el sentido profundo, existencial, trascendente de la vida, que garantiza la felicidad, que nos hace *hombres de comunión,* hombres liberados y pascuales, que saben vivir, dejan vivir, contagian a Dios e infunden ganas de vivir.

Ya sé que no se llega a todo, que la vida es dura, terriblemente dura, amarga, aburrida, ingrata, sangrante, conflictiva..., todo lo que quieras y mucho más, pero la experiencia gozosa, vivida, del Resucitado, y la experiencia sabrosa de un amigo en profundidad, con quien caminas por la vida, te hacen estrenar vida todas las mañanas, empezar de cero, vivir el encanto del hoy y la seguridad del mañana en Dios, que es *amor,* un abrazo y no un muro de separación.

Le veo sentido a la fidelidad, a pesar de las muchas infidelidades de todos los días... aunque muchas no lo sean.

Clarifica y enciende la fidelidad, como una llamarada, la presencia acogedora e infinita del *Padre* en todas las direcciones y sentidos de la vida humana. Allí está Dios. Se enciende la luz. Sigue la *Pascua,* su paso entre nosotros, continúa la historia, sigue abierta la parábola de la esperanza... y seguimos de camino, pero juntos, abiertos a la luz..., a la amistad, a la autenticidad, a lo que creemos nosotros mismos que es lo auténtico.

¿Hacia dónde debe caminar la Vida Religiosa?

Sin ser «profeta», intuyo, «pienso», percibo y deseo al religioso, desde hoy y de cara al mañana, dentro de este contexto y cuadro de referencia, que puede parecer un poco ideal. Pero dime lo que esperas y te diré lo que eres. El mundo de mañana es del que ofrece utopías y el hombre de mañana es capaz de dar razón de su esperanza...

Intento responder a esta pregunta: ¿Cuál es mi utopía, mi proyecto de vida religiosa en una sociedad nueva, con unos hombres nuevos para una Iglesia, Nuevo Pueblo de Dios?

Utopía del religioso nuevo para el Nuevo Pueblo de Dios

1. El punto de partida no puede ser otro que *la conversión.* No habrá vida religiosa *nueva,* sin religiosos *nuevos,* esto es, *convertidos.* Tan urgente como la *conversión personal* es la *conversión social a la fraternidad y a la justicia y solidaridad con todos los hombres.* A medida que se vaya operando esta conversión iremos logrando progresivamente todo lo demás. Esto es lo más urgente, desde mi percepción: llegar a *clarificar existencialmente el compromiso vital evangélico.*

2. *Urge identificar eclesialmente al Pueblo de Dios,* entendido como comunidad de creyentes, integrado por los sacerdo-

tes, religiosos/as y laicos, con el obispo a la cabeza, como fue al principio, cuando todas las estructuras de la Iglesia no eran de poder ni de dominio, sino de servicio, como concebía Pablo de Tarso a la Comunidad Cristiana (1 Cor 12,27-28).

El acontecimiento comunitario, que acontece en el Pueblo de Dios, implica que los religiosos, lo mismo que los laicos y los sacerdotes, tienen que integrarse, justificar y participar activamente en la Iglesia local, donde viven su propia vocación.

3. *Experiencia comunitaria:* Necesitamos espacios comunitarios, como verdaderos lugares de *experiencia de Dios,* compartida y celebrada, de *relaciones interpersonales,* de *seguimiento de Cristo en su dimensión festiva y pascual,* de *apertura al otro,* de *experiencia gozosa de amistad,* donde se clarifique y viva adecuadamente la *soledad,* la *relación hombre-mujer,* el *celibato por el Reino* y las opciones lúcidas de nuestra *Misión en el mundo,* desde la comunidad de bautizados.

El marcado acento de la vida comunitaria como *Fraternidad* trae como consecuencia:

— La formación de comunidades de vida y de fe, donde se cultive la amistad auténtica, se celebre la Eucaristía, como centro y expresión de la vida comunitaria y la oración comunitaria sea expresión de una exigencia de fe que se quiere compartir...

— La conversión de estructuras dentro de la vida religiosa.

— El redescubrimiento de los votos como medio para vivir la fraternidad.

4. *El redescubrimiento de una nueva dimensión de la Misión.* A partir del momento histórico que vivimos y de la necesidad de crear unas estructuras tan ágiles y flexibles que favorezcan la Misión en vez de entorpecerla.

La misión asume los compromisos temporales y la promoción de la justicia en el mundo. Nuestras comunidades se comprometen con los riesgos de la comunidad humana y eclesial en

transformación. Participamos de hecho en las situaciones conflictivas de los hombres con los que vivimos. No seguimos aferrados a modelos del pasado y estamos abiertos a los compromisos y riesgos del presente y del futuro. En este camino nos faltan muchos pasos por dar.

5. La problemática básica que envuelve hoy la vida religiosa radica en el *choque Pluralismo-Uniformidad.* Ha faltado perspectiva para aceptar el Pluralismo, que es expresión de la vida, que está bullendo en los Institutos y es manifestación de la múltiple variedad del Espíritu. Se trata de una enorme riqueza que no se puede perder y que nos tiene que llevar a una aceptación del pluralismo, que parece animar la vida según el Espíritu.

Creo en la nueva vida religiosa

Está naciendo un religioso nuevo para una vida religiosa nueva, dentro del nuevo Pueblo de Dios, capaz de crear al mismo tiempo nuevos cauces y estructuras al proyecto de vida evangélica, a la vez que vamos encontrando la alegría de marchar juntos, por el mismo camino, en fraternidad con todo el Pueblo de Dios, en comunión con el hombre, empezando por el más necesitado, por los últimos, por los más pequeños...

Concluyo con el *Credo* que da sentido a mi existencia religiosa y Proyecto de vida:

Porque creo

— en la *Paternidad de Dios,* que es *Amor,*

— en la Amistad de *Jesús,* el Señor,

— en la presencia del *Espíritu,* que nos habla,

— en *María,* como mujer, y

— y en la *mujer,* como María, que es camino,

— en la Iglesia, Pueblo de Dios en camino, lugar de comunión, de paz, de gracia, de justicia para toda la humanidad,

— en la capacidad creadora del *hombre,*

— en la amistad, en el amor, en la caridad, en la felicidad, en la luz, en el bien, en la Naturaleza...

— en la *historia* que hacemos todos,

— porque aspiro, espero, lucho por un mundo habitable para todos, donde haya lugar para el hombre y para Dios...

Soy optimista, vivo la vida con ilusión, en esperanza, como cuando tenía veinte años.

Y estoy convencido que merece la pena jugarse definitivamente el *todo por el todo* en esta *dirección emprendida.*

José María Castillo, sj.

Nacido en Puebla de Don Fadrique (Granada) en 1929. Sacerdote en 1954. Ingresa en la Compañía de Jesús definitivamente en 1956. Profesor de Teología. Ha publicado no pocos libros y colabora en numerosas revistas de Teología. Sus últimos derroteros hablan de suburbio y de compromiso con los pobres. Su última Teología se apellida «popular».

¿Por qué soy religioso?

Yo he entrado dos veces en la Vida Religiosa. La primera vez, cuando tenía dieciesiete años. Pero no pude terminar el noviciado, porque me puse seriamente enfermo y tuve que salir. Eso, sin embargo, no me hizo perder la ilusión de volver a ser religioso. Mientras se recomponía mi salud hice los estudios sacerdotales, y una vez ordenado de presbítero volví a entrar en el noviciado de los jesuitas. Tenía entonces veintisiete años. Lo mismo en el primer noviciado que en el segundo, y lo mismo en los primeros años que ahora, siempre me he sentido profundamente feliz en la Vida Religiosa. Y hoy, a mis cuarenta y nueve años, puedo asegurar que no me cambio por nadie.

Esto quiere decir, creo yo, varias cosas. La primera de todas, que he demostrado suficientemente el convencimiento y el pro-

pósito de ser religioso. La segunda, que a pesar de todos los cambios que se han producido en la sociedad, en la Iglesia, en la Vida Religiosa y en mí, la verdad es que no tengo la impresión de haber roto con el pasado, es decir, recuerdo los años de mis dos noviciados con profunda alegría y agradecimiento. La tercera, que aun sabiendo muy bien todas las limitaciones que ha tenido y sigue teniendo la Vida Religiosa, encuentro en esta forma de vivir el espacio humano y cristiano en el que puedo realizarme como persona y como creyente. Y por último, también puedo asegurar que no obstante la buena cantidad de profetas de desgracias que andan sueltos por ahí, mi impresión es que la Vida Religiosa tiene futuro, y seguramente un futuro mucho más optimista de lo que yo mismo me imagino. Por todo eso he dicho y repito que no me cambio por nadie.

Lo que acabo de decir necesita una explicación más detallada. Por eso voy a ir aclarando cada una de las cosas que he dicho.

La primera me parece que no necesita muchas explicaciones. Se trata simplemente de que desde los quince años tuve el convencimiento firme de que mi camino era la Vida Religiosa. Y tuve ese convencimiento porque desde el primer momento tuve la impresión clarísima de que Dios quería y sigue queriendo para mí esta forma de vida. Yo sé muy bien que en nuestros días cualquier persona que sea medianamente culta, y que además pretenda ser medianamente honesta, no puede ignorar todo lo que ha aportado el psicoanálisis cuando se trata de responder a preguntas tan personales y tan problemáticas como la que aquí se plantea: ¿por qué soy yo lo que soy? Yo estoy persuadido de que por debajo de las motivaciones conscientes que antes he indicado se han debido ocultar otras motivaciones, que a mí se me escapan en este momento, pero que sin duda alguna determinaron decisivamente mi ingreso en una Orden religiosa. Sin embargo, la verdad es que eso no me preocupa ni me inquieta. Porque a mí me parece que no se puede pretender eliminar todos los conflictos que uno lleva en su intimidad más secreta, sino intentar, en la medida de lo posible, integrar esos conflictos en la propia experiencia, de manera que uno sea suficientemente

feliz. Y como me parece que eso es lo que voy consiguiendo, por esa razón no me preocupo ni me inquieto. No le pido a la vida ni más ni menos.

La segunda cosa que he dicho es que a pesar de todos los cambios que se han producido en la sociedad, en la Iglesia, en la Vida Religiosa y en mí, no tengo la impresión de haber roto con el pasado. Es posible que alguno de mis compañeros de noviciado, al leer esto, tenga la impresión de que estoy mintiendo descaradamente. Porque no cabe duda que el cambio que se ha producido en mí desde que era novicio hasta hoy ha sido bastante grande. Por eso aquí me voy a detener un poco más.

Efectivamente, las ideas que yo tenía cuando entré en el noviciado de los jesuitas —ideas que he mantenido celosamente durante bastantes años— eran muy distintas de las que tengo ahora. Y me refiero concretamente a las ideas sobre la Vida Religiosa. Por ejemplo, yo me hice religioso porque quería «ser santo» y porque además quería también «ir de misiones». Además me hice religioso porque confusamente yo tenía la idea de que a Dios le gusta más que la gente no haga el amor, por eso me metí en un sitio en el que me comprometía, de una vez por todas, a no hacer el amor ni nada de lo que eso lleva consigo. Por otra parte, yo también pensaba entonces que a Dios le gusta más que una persona no piense por sí misma ni decida por sí misma, sino que Dios se recrea en aquellos que piensan lo que ya les dan pensado y deciden lo que ya les dan decidido, porque otros están puestos por Dios para pensar y decidir por mí. Eso es lo que yo creía entonces. Y por eso me fui a meter en una de las Ordenes religiosas en las que eso de la obediencia se llevaba a rajatabla. Obediencia de ejecución, de voluntad y de juicio, que era la perfección de la obediencia. También me creía yo en aquel tiempo que a Dios le gusta que la gente pase privaciones, austeridades y hasta sufrimientos, como por ejemplo tener frío, dormir poco, no comer lo que a uno le gusta, estar callado casi todo el día, renunciar a lo que agrada y otra serie de cosas por ese estilo. Ah, y junto a eso, a Dios le gustaba también que uno se desentendiera de todo lo que pasaba en el «mundo», o sea, a Dios le gustaba más la gente que no lee el

periódico, ni oye la radio, ni va al cine (televisión no había entonces). En otras palabras, a Dios le agradaba más la gente que se desentendía de los asuntos públicos que afectan a la marcha de la sociedad, tales como la política, la economía o los conflictos sociales. De esas cosas yo pensaba que no servían sino para distraer al alma de lo único verdaderamente importante y necesario: la santificación personal y el bien de las almas. Y para completar el cuadro de lo que eran mis pensamientos de entonces, confieso que recelaba y sospechaba de todo cambio y de toda innovación, porque estaba convencido de que todo aquello era tan bueno que debía ser inmutable: Dios lo quería así y no lo podía querer de otra manera.

Evidentemente, yo no pienso ya como pensaba entonces. Entre otras cosas, porque me he dado cuenta de que el Dios que resultaba de todo aquello era un Dios espantoso, sencillamente intolerable. Un Dios que, en definitiva, era un rival del hombre, porque para amarle más a El era necesario amar menos a tal o cual persona determinada; y para pensar como El era necesario no pensar como piensa uno; y para querer lo que quiere El era necesario renunciar a casi todo lo que le gusta a uno; y para interesarse por El era necesario no interesarse por lo que interesa a millones de personas. Y así sucesivamente. Por supuesto, estas cosas no se decían así como yo las estoy diciendo ahora. Ni a mí tampoco se me pasaban por la cabeza con la claridad con que las veo ahora. Pero el hecho es que ese mundo de ideas, más o menos confusamente asimiladas, me alimentaba a mí. Y creo que también a muchos de mis compañeros religiosos de aquel tiempo.

Naturalmente, esta manera de pensar entrañaba serios peligros. Por lo menos eso me parece a mí, tal como ahora veo yo las cosas. Primero, porque cuando una persona adopta esa forma de pensar está siempre expuesta al peligro de ver en Dios una especie de enemigo o de fuerza represiva y alienante de la que debe liberarse. Es verdad que muchos nunca llegan a ese extremo, quizá porque les asusta afrontar una cuestión tan grave y de tan graves consecuencias. Pero no es menos verdad que son también muchos los que han llegado a plantearse las cosas

de tal manera que eso les ha llevado a abandonar la Vida Religiosa y algunos incluso la Fe y la Iglesia. Por la sencilla razón de que veían eso como el único camino para llegar a ser ellos mismos.

Por otra parte, cuando un religioso o un sacerdote tiene bien asimilada la mentalidad que antes he descrito muy a la ligera, lo más seguro es que ese religioso o ese sacerdote proyecta y transfiere a los demás esa mentalidad sobre lo que es Dios y lo que le gusta a Dios. Y entonces las consecuencias son ya más graves. Porque de ahí lo que resulta es una predicación, una dirección espiritual, una educación religiosa y una pastoral que se hace, a la larga, sencillamente intolerable para la mayor parte de los ciudadanos. Yo tardé años en llegar a darme cuenta que ese Dios es insoportable. Mucha gente, sobre todo entre los jóvenes, se da cuenta de eso en seguida. Y yo me pregunto si el fracaso de nuestra pastoral y de nuestra educación religiosa no estará determinado, al menos en buena parte, por lo que he descrito antes acerca de la idea subyacente de Dios que muchos sacerdotes y religiosos llevan en su intimidad como un problema no resuelto.

El día que yo me di cuenta de estos peligros dejé de creer en ese Dios. Y dejé de vivir la Vida Religiosa que impone ese Dios. Pero dejé todo eso —y esto es lo más importante— sin conciencia de ruptura, sin conflicto y sin traumas. ¿Por qué? Porque desde el primer momento hubo en mí algo más fuerte que la idea misma de Dios. Eso «más fuerte» fue la experiencia de Jesús, la pasión por el seguimiento de Jesús, para ser algo parecido a lo que fue Jesús y para hacer algo parecido a lo que hizo Jesús. Confieso que esta experiencia y esta pasión no me han abandonado nunca, a pesar de las muchas incoherencias que arrastra mi vida.

Pero hay algo más importante. Cuando hablo de aquel Dios artificial, que fundaba también el orden artificial de la Vida Religiosa (tal como yo la asimilé), me refiero a mis ideas sobre Dios y sobre la Vida Religiosa. Cuando ahora hablo de Jesús, me refiero a lo que he experimentado sobre una persona vivien-

te y actual, a la que me une la relación más entrañable y singular. Quiero decir con esto que la razón de que se haya producido un cambio tan profundo en mí, sin que eso haya comportado una ruptura, está en que he roto con una *ideología* (para mí, desde luego, sumamente alienante), pero no he roto con la *experiencia* más mía, que encaja justamente con mi propia medida y con la sangre misma de mis aspiraciones más hondas. Además he llegado a comprender que podía romper con aquella ideología sin que eso tuviera que llevarme a romper necesariamente con mi experiencia más fundamental. Y lo que es más decisivo, he llegado a persuadirme de que tenía que romper con aquella ideología precisamente para poder vivir con más coherencia la experiencia auténtica de Jesús.

Por lo que acabo de decir se comprende que yo recuerde con alegría y gratitud los años de mis dos noviciados. Porque, no obstante la ideología alienadora que allí asimilé, la pura verdad es que allí se me posibilitó algo mucho más decisivo en mi vida: la experiencia más total y más invasora, la experiencia apasionada y apasionante del seguimiento de Jesús. Por eso me siento profundamente agradecido a los hombres y a las circunstancias que hicieron posible aquella experiencia, que es la misma experiencia que hoy me mantiene y que me hace mirar con optimismo hacia el futuro.

A partir de esta experiencia, la Vida Religiosa tiene ahora para mí otro sentido. No se trata ya ni del deseo de «ser santo» ni de las renuncias que el «dios artificial» nos impone para que podamos agradarle. Se trata de *la experiencia de la libertad liberadora.* Porque tener experiencia de Jesús no es solamente tener experiencia de una gran amistad, sino además de eso es también tener experiencia de la libertad total. Una libertad que además nos capacita y nos empuja para liberar a otros, a todos los esclavos del miedo a la libertad y a los esclavos también de las instituciones represivas que genera el «dios artificial» que yo asimilé en mi primera ideología, y que es, en definitiva, el ídolo insaciable que da su última y definitiva consistencia a todas las dictaduras, al sistema establecido sobre el aprecio de lo fuerte y lo sabio para oprimir a todo lo que es débil y pobre.

Y para terminar mi respuesta a la pregunta planteada quiero hacer dos observaciones. La primera se refiere a una pregunta que se le habrá ocurrido a muchas personas al leer lo que hasta aquí he escrito: ¿es eso suficiente para que un hombre se haga religioso?, ¿no es eso una tarea común para todos los cristianos? Entonces, ¿qué es lo que especifica a la Vida Religiosa? Por supuesto, yo sé muy bien que la Vida Religiosa se especifica y se justifica a partir de los tres votos: la pobreza, la castidad y la obediencia. Pero una cosa es vivir esos compromisos desde la ideología que antes indiqué o desde la experiencia que ahora he intentado formular. Vivir los votos desde aquella ideología me parece sencillamente alienante. Vivirlos desde esta experiencia es una fuente de plenitud, de alegría y de esperanza como jamás en mis años jóvenes pude sospechar. Y que nadie me diga que es necesario conciliar y dosificar ambas cosas, aquella ideología y esta experiencia. Ya he dicho antes, y lo repito ahora, que eso no es posible, hasta el punto de que —al menos por lo que yo he vivido— he llegado a persuadirme de que precisamente para vivir esta experiencia en plenitud es enteramente necesario liberarse de aquella ideología.

La segunda observación es que, si se miran las cosas con cierta profundidad, debo confesar que esta nueva forma de comprender el sentido de la Vida Religiosa es algo que resulta mucho más exigente que todo lo de antes. La gran renuncia de nuestra vida es la renuncia al miedo de ser libres. La libertad, que es la gran pasión de nuestra vida, es también la amenaza más pesada y el proyecto más exigente que confusamente percibimos en el horizonte de todos nuestros miedos y de todas nuestras aspiraciones. Ser libre ante la propia instalación, ante el propio prestigio, ante la propia seguridad, ante las personas más queridas, ante las instituciones y las ideologías, ante los poderes económicos, sociales y religiosos, ser libre ante todo y ante todos es la cosa más crucificante y la experiencia más exigente que jamás pudimos sospechar. Pero es lo único que nos puede sacar de nuestro infantilismo y de nuestras angustias. Y lo único que nos puede capacitar para respetar a todos y para intentar en serio hacer felices a algunos.

¿Hacia dónde debe caminar la Vida Religiosa?

La Vida Religiosa no existió hasta bien entrado el siglo III. Hasta ese tiempo la Iglesia estaba organizada en comunidades más bien reducidas, grupos de personas que se unían por la fe en Jesús y que se diferenciaban netamente del resto de la población. En aquellas comunidades había personas dotadas de diversos «carismas»; por ejemplo, había vírgenes o quienes asistían a los pobres y enfermos. Pero no había ni religiosos ni religiosas en el sentido propio de esa palabra.

La Vida Religiosa aparece en la Iglesia cuando ésta se empieza a masificar, es decir, cuando la gente entra en masa en las comunidades cristianas y éstas, por consiguiente, empiezan a perder su carácter de grupos bien delimitados por unas exigencias evangélicas. Esta situación se agravó en el siglo IV, primero por causa de la paz de Constantino y más tarde por el edicto de Teodosio, en virtud del cual todos los súbditos del Imperio tenían la obligación de hacerse cristianos. A partir de entonces la Iglesia se hace coextensiva con la sociedad de Occidente, lo que en la práctica quiere decir que la Iglesia dejó de estar configurada por el Evangelio y se convirtió en la «religión oficial» de una determinada cultura.

En tales circunstancias ya era imposible vivir el Evangelio, con sus renuncias y su experiencia comunitaria, si uno se quedaba a vivir entre la masa anónima de los bautizados. Por eso se comprende que desde entonces se inicia la lista ininterrumpida de hombres y mujeres que han querido volver a vivir el Evangelio en toda su plenitud. Así surgió la Vida Religiosa: al comienzo de la *Vita Antonii,* en el proemio de la Regla de San Basilio, en el prólogo de la Regla benedictina, se repite siempre lo mismo: el deseo de un retorno al Evangelio vivido en toda su integridad. Cuando eso ya no era posible en la Iglesia, nació la Vida Religiosa.

Actualmente se está produciendo una crisis muy profunda en la llamada «sociedad cristiana» de Occidente, por la sencilla ra-

zón de que esta sociedad nos parece cada día menos «cristiana». Por eso, el modelo *societario* de la Iglesia nos parece poco coherente y buscamos otro modelo, el modelo *comunitario,* que sin duda responde cabalmente a lo que nos dice el NT sobre lo que fue la Iglesia en sus orígenes. Ahora bien, en estas circunstancias, ¿qué papel debería desempeñar la Vida Religiosa en la actualidad y en el futuro? A mí me parece que la mejor contribución que los religiosos podríamos hacer al bien y al futuro de la Iglesia sería ayudar a que vaya desapareciendo el viejo modelo societario de la Iglesia y que al mismo tiempo vaya cobrando fuerza el nuevo modelo comunitario, que ya se apunta como una esperanza para el futuro.

Desde este punto de vista, creo que las «comunidades religiosas» tienen ahora más futuro que nunca. Pero con una condición: que se conviertan en fermento y en modelo inspirador para las «comunidades cristianas», lo que quiere decir que deben ser cada día menos «religiosas» y más «cristianas». Quiero decir lo siguiente: lo «religioso» es lo que define por lo sagrado, lo separado; de ahí que los religiosos han sido tradicionalmente personas separadas del resto de los mortales, en casas aparte, con vestimentas especiales, con normas de vida propias, con estilos de vida muy singulares. Todo eso era muy «religioso», de acuerdo con las exigencias del «dios» aquel al que antes he hecho alusión. Pero lo que hay que preguntarse es si todo eso era tan profundamente «cristiano» como algunos se imaginan. Yo estoy persuadido de que nada de eso es lo que definió el estilo de vida y la actividad de Jesús de Nazaret. Por eso he dicho antes que la Vida Religiosa debe ser cada día menos «religiosa» y más «cristiana».

Esta idea de fondo debería llevarnos a todos los religiosos a replantear en serio el sentido y la orientación de nuestras obras, de nuestra organización, de nuestra relación con las actividades y los movimientos que surgen en cada diócesis y en cada país. Pienso que por ahí la Vida Religiosa no sólo tiene futuro, sino que puede ser el instrumento providencial para los años que se avecinan.

Víctor Codina, sj.

Teólogo y escritor. «¿Cómo pude vivir durante cinco años en aquel monasterio cisterciense, rodeado de una muralla almenada? Hoy vivimos en una planta baja de tres habitaciones, en un barrio obrero de una ciudad industrial. El pueblo ha de llegar a ser el auténtico protagonista real de la Iglesia y de la teología. Es también un test para mi vida religiosa.» Un itinerario largo y abierto al compromiso y a la esperanza. Sus últimos libros: «Teología de la vida religiosa» (1968), «Nueva formulación de la vida religiosa» (1972) y «Teología y experiencia espiritual» (1917).

En otras ocasiones he escrito sobre la teología de la vida religiosa. Ahora me limito a contar mi experiencia.

Me es muy difícil, a más de treinta años de distancia, explicitar las motivaciones que me condujeron a la vida religiosa y en concreto a la Compañía de Jesús. ¿Qué me impulsó a dejar a mi familia y el camino de una profesión y coger el tren que iba a Veruela, el noviciado de los jesuitas? Ciertamente, es demasiado fácil reírnos hoy de aquellas expresiones de los años de nacional-catolicismo: «dejar el mundo», «ser perfectos», «salvar almas», «ser apóstol», «tener vocación». La misma imagen que entonces tenía de los jesuitas dista mucho de la que ahora tengo: «caballería ligera», «ínclita Compañía», «hijos del gran estratega de la Iglesia militante», misioneros en medio de leones y serpientes... Sin embargo, después de treinta años de vida re-

ligiosa, he de reconocer que debajo de aquellas formulaciones juveniles, fruto de una teología que hoy considero superada, se escondía algo válido, que ha sostenido mi vida hasta el presente y la continúa alimentando aún hoy. Se trata de unas experiencias espirituales hondas que habían brotado durante mi juventud: en el seno de una familia cristiana, en el ambiente vacío y burgués de compañeros de estudio, en contacto con compañeros de catequesis en barrios marginales, en el trato con algunos jesuítas, en la connatural reflexión sobre la misma vida. A través de estas circunstancias fue madurando una experiencia espiritual, que, aun con riesgo de esquematizar demasiado, me atrevería a decir que poseía estos tres componentes:

1) *Experiencia de la caducidad de la vida y necesidad de entregarla* al servicio de algo que realmente valiera la pena y que no pudiera morir. Hoy, tal vez, la llamaría experiencia existencial de la contingencia humana y de la trascendencia de Dios.

2) *Experiencia evangélica de Jesucristo,* como realidad última y definitiva, en cuyo seguimiento valía la pena venderlo todo. Hoy la definiría como la dimensión cristocéntrica y escatológica de la vocación religiosa.

3) *Experiencia de lo que es un grupo de personas* que comunitariamente quieren vivir los valores del Reino, en plena disponibilidad y servicialidad. Hoy la calificaría como la componente social y comunitaria de la vocación.

Lo que hoy me atrae de la Compañía de Jesús no es su espíritu de organización universal, sino lo que Ignacio de Loyola llamaba «la mínima Compañía», la mística ignaciana de ir siempre buscando las nuevas exigencias del Reino, la dimensión fraterna y comunitaria de «amigos en el Señor» y cierta capacidad misionera de la Compañía de presencia en las nuevas fronteras. Pero todo esto lo he ido descubriendo con el tiempo.

Cuando hace un par de años visité de nuevo el monasterio de Veruela, que había sido el lugar de mi noviciado y de mis primeros años de estudios clásicos, sentí un fuerte sobrecogimiento. ¿Cómo pude vivir durante cinco años en aquel monas-

terio cisterciense, rodeado de una alta muralla almenada, con un frío claustro gótico y una bellísima iglesia medieval, entre chopos y soledades, al pie del Moncayo aragonés? ¿Cómo pudo pensarse en aquel antiguo cenobio monástico como marco adecuado para la formación espiritual y humana de unos religiosos de vida apostólica y misionera? Pero esta pregunta es ociosa y debería hacérsela a toda la Iglesia española y aun a toda la Iglesia universal anterior al Vaticano II, y seguramente quedaría sin respuesta.

Desde entonces ha llovido mucho y las circunstancias nos han hecho evolucionar. Personalmente recuerdo algunas experiencias fuertes que han jalonado mi vida y marcado mi actitud actual: el contacto con la Universidad civil de Barcelona, mis estudios en Innsbruck y, en concreto, el haber sido discípulo de los hermanos Hugo y Karl Rahner, mi trabajo con emigrantes españoles en Alemania, los estudios en Roma coincidiendo con el Vaticano II, mis nueve años de responsable de estudiantes jesuitas, el trabajo de profesor de teología, mi expereincia de vivir en barrios obreros, las estancias en Bolivia, los ministerios apostólicos en diversos ambientes y sectores eclesiales... Gracias a todo ello, mi estilo de vida religiosa es muy diferente del estilo clásico de mis orígenes.

No vivo en una gran casa rodeada de jardines o de murallas ni mi comunidad es numerosa. Vivimos en una planta baja de tres habitaciones, en un barrio obrero de una ciudad industrial. Mis otros tres compañeros jesuitas son sacerdotes obreros que trabajan en fábricas. Día y noche oigo el zumbido de los telares de las industrias cercanas. Todos nuestros vecinos son inmigrantes venidos de otras tierras de la geografía española en busca de trabajo. Cada mañana dejo el barrio para ir a dar clases a la Facultad de Teología. Pero el barrio para mí es mucho más que un lugar de vivienda o un lugar dormitorio: es un auténtico «lugar teológico» desde donde intento repensar mi fe, mi vida religiosa, la teología. El «pueblo» ha de llegar a ser el auténtico protagonista real de la Iglesia y, consiguientemente, también de la teología. El barrio es un «memorial» de la historia de dolor del pueblo. El ir a vivir a un barrio es una forma

simbólica de expresar que deseo estar con el pueblo sencillo y pobre, no sólo de forma teórica. Es también un «test» para mi vida religiosa y mi teología. Y un apoyo a mis compañeros sacerdotes obreros, no siempre bien vistos por todos los sectores eclesiales.

Tengo la impresión que el contacto con esta gente sencilla, obrera, sin cultura y sin medios para hacerse valer, me va transformando lentamente, me va evangelizando y me va haciendo pasar de una espiritualidad individualista a una visión solidaria de la fe. Desde aquí me parece ir comprendiendo mejor cuál fue la vida de Jesús, cuál es el núcleo del mensaje evangélico y cuál es el sentido de la vida religiosa. Desde aquí me parecen abstractas y a la larga sospechosas muchas afirmaciones altisonantes sobre la vida religiosa, que teóricamente son exactas pero prácticamente vacías de contenido. Ser «signo de escatología» concretamente quiere decir colaborar a que se realice el plan de Dios: nueva humanidad, fraternidad entre los hombres, reino de justicia y de libertad. Desde el barrio, como desde el Tercer Mundo, se experimenta cada día que estamos muy lejos de este plan de Dios sobre el mundo. La vida religiosa debería ser un fermento de comunión y de solidaridad en medio de una sociedad (y de una Iglesia) que parece más preocupada por el poder y el prestigio que por el compartir. Cooperar a este plan de Dios, criticar las dimensiones de antirreino que nos invaden, anticipar utópicamente este Reino, solidarizarse con todos los que luchan por él, iluminarlo todo proféticamente desde el Evangelio y anunciarlo a los pobres, he aquí tareas propias de la vida religiosa, en colaboración con otros carismas eclesiales.

Si permanezco en la vida religiosa no es sólo por una fidelidad al pasado, sino porque le veo sentido. Esta fidelidad, a veces conflictiva, encuentra en las nuevas formulaciones de mi Orden una fuente de nueva inspiración. Me siento plenamente de acuerdo con la aspiración de promover la fe y la justicia. Los problemas nacen de las dificultades concretas de su realización. No es fácil para las Ordenes y Congregaciones, estructuradas conforme a modelos anteriores al Vaticano II, y concretamente decimonónicos (Iglesia, «sociedad perfecta», ambiente de «res-

tauración», concepción fuertemente institucionalizada y centralizada), adaptarse a las nuevas exigencias de los tiempos. Más aún, al ver las tensiones que en todos los Institutos provoca el deseo de una vida más sencilla y evangélica en solidaridad con los oprimidos, trabajando en instituciones no propias y «desde abajo»..., me pregunto si muchos de los institutos religiosos existentes podrán ir evolucionando hacia este nuevo estilo o si más bien estas formas nuevas de vida religiosa irán apareciendo al margen de las instituciones religiosas. Los Institutos tienen su dinámica y se sienten amenazados ante estas nuevas formas de vivir la vida religiosa (¿quién enseñará en los colegios propios si los jóvenes no quieren trabajar en ellos? ¿Cuál será la suerte de los hospitales propios si las jóvenes religiosas no desean trabajar en ellos?...). Uno no puede dudar de la buena voluntad de los altos dirigentes religiosos, pero al contemplar de cerca las tragedias de tantas vidas de religiosos y de religiosas deshechos ante las dificultades encontradas al querer iniciar caminos nuevos de vida religiosa, uno se pregunta si el problema no será ya de incapacidad estructural. Algo semejante a lo que ocurrió con los monasterios al nacer los mendicantes, o con éstos al aparecer otras formas más modernas de vida religiosa. Sólo que ahora la nueva situación golpea sincrónicamente a todas las formas de vida religiosa existentes. Desde esta perspectiva, la escasez de vocaciones a la vida religiosa y las crisis de las obras institucionales de los religiosos tal vez no se deban interpretar como una tragedia, sino como la condición de posibilidad real para la aparición de un nuevo estilo de vida religioso más profético y menos comprometido con plataformas de poder. ¿Es esto un engaño? ¿Será un sueño? ¿O es realmente un sino de los tiempos? Seguramente habrá que esperar un cierto tiempo para poder responder a estas cuestiones. La historia siempre ha sido la que ha ido discerniendo las formas auténticas de vida religiosa de las extravagantes.

Personalmente, al caminar hacia este nuevo estilo no sólo hallo una profunda coherencia evangélica y una alegría interna como nunca había experimentado en mi vida religiosa anterior, sino que creo que contribuimos a abrir caminos nuevos para la vida religiosa y la Iglesia de mañana. Y por lo que conozco de

la historia y de la teología de la vida religiosa, estos caminos sintonizan con la tradición de la vida religiosa.

Esta es una gran aventura, un desafío arriesgado, que tiene su precio y ha tenido sus fracasos, pero que vale la pena correr, confiando en la fuerza del Espíritu del Señor. ¿No fue siempre la vida religiosa una gran aventura evangélica?

José María Guerrero, sj.

Nace en 1933. Entra en la Compañía en 1954. Al año siguiente es enviado a Perú. Hace sus estudios teológicos en México. El doctorado, en Roma. Enseña teología en el Cuzco y en Arequipa. Colabora en diversas revistas . Recientemente ha sido llamado a la curia generalicia de Roma para trabajar en asuntos latinoamericanos. Ha escrito media docena de libros sobre la vida religiosa.

Hace veinticinco años que, con el corazón cargado de inquietudes y de esperanza, entré en el Noviciado de Aranjuez de la Compañía de Jesús. Y *ahora* (¡qué providencia!) se me pide que dé razón de mi fe y de mi esperanza en la vida religiosa: *por qué soy religioso, cómo lo soy, por qué sigo siéndolo...* y otro puñado de preguntas más que no me suenan a nuevas porque desde hace veinticinco años me las vengo haciendo cada mañana.

No pretendo desgranar año a año la historia de este ya largo camino a la espalda, lleno de esta fidelidad de Dios, siempre terca y esperanzada, y esto a pesar de mis escapadas, de vez en cuando, por tierras de olvido y de rutina. Pretendo algo más sencillo: fijarme en aquellos hitos más significativos que a lo largo de estos años han marcado el rumbo de mi vida, le han dado sentido y consistencia.

¿POR QUÉ ME HICE RELIGIOSO?

No hubo en mi vida ningún camino de Damasco que torciera bruscamente su rumbo. Todo fue inmensamente mucho más sencillo, como una voz apacible y amiga que acaricia al caer de la tarde por las orillas de un lago.

Ahondando en el recuerdo hacia la raíz de mi vocación, me encuentro con dos hechos igualmente decisivos: por un lado, una *admiración por Cristo* que me iba «tiranizando» poco a poco a medida que crecía en mí el conocimiento suyo; por otro, una *palabra* llena de cercanía y amistad, tercamente persistente, que *me llamaba por mi nombre y apellido* a vivir con El a fondo su locura.

Seguía siendo libre, pero sin escapatoria lógica. Me pasó como al hombre que encuentra un tesoro escondido en el campo, que va y vende todo lo que tiene para comprarlo (cf Mt 33,44). ¿Hay otra alternativa, otra opción lógica para tal hombre? Lo que yo no sabía entonces era los cauces insospechados por los que correría aquella opción mía primera y que la han ahondado, engrandecido, sensibilizado.

Y quiero empezar por un acontecimiento pequeño quizá, pero que a mí me supo a providencial y hasta me sonó a aldabonazo de Dios en la monotonía de mi jornada de novicio. Era el 16 de abril de 1955. Había estado dándole vueltas con el corazón a este texto del Génesis: El Señor dijo a Abraham: «Sal de tu tierra nativa y de la casa de tu padre a la tierra que te mostraré» (Gn 12,1).

A mí me ha golpeado mucho esta insigne figura de Abraham, *el disponible,* que se juega su vida y la de su hijo a la Palabra de Dios y que sin exigirle explicaciones, sin rechistar siquiera, tiene el coraje de ponerse en camino sin tener delante el mapa del porvenir.

Apenas había terminado mi meditación cuando se me acercó un connovicio y me susurró al oído: «Te llama el P. Maestro.»

Me esperaba, efectivamente, en su cuarto con un aire más preocupado que de costumbre.

> «He pensado —me dijo sin rodeos— que podría usted integrar la "expedición" (así la llamaba entonces) que estamos preparando para el Perú. Ha terminado usted ya su Filosofía y allí necesitamos hermanos que puedan ordenarse pronto. ¿Qué dice usted?»

Sin pensármelo dos veces, dije que bueno. ¿Qué otra cosa podría decir un novicio, y más todavía con el corazón caliente de disponibilidad por el gesto grandioso del «padre de los creyentes»?

Así, con apenas siete meses de Noviciado a las espaldas, se me pedía también a mí, *un aprendiz de creyente,* ponerme en camino hacia una tierra desconocida, el Perú lejano y misterioso.

Tengo que reconocer con verdad y gratitud que el Perú ha sido para mí una «tierra de promisión». Interpelándome sin cesar desde tantos rostros de Cristo marcados por la injusticia y opresión (realidad, por cierto, de todo el Tercer Mundo), ha sacudido hasta las raíces mi pequeño mundo de egoísmos, me ha enseñado a tener hambre y sed de justicia y de amor, a cuestionar radicalmente las idolatrías de los hombres (el poder, el dinero, el placer), que son capaces de crear tales barreras de discriminación e indiferencia entre hermanos, a defender de modo evangélico la causa del hombre sobre todo, de los marginados de siempre, los que no cuentan, los que no tienen ni pan ni voz, glorificando así a nuestro Padre que está en los cielos (cf Mt 5,16).

En el Tercer Mundo, en efecto:

— He oído el sordo clamor de muchos hombres humillados en su dignidad humana y privados de tantas cosas indispensables.

— He visto escenas que me han herido los ojos y el corazón. Quisiera recordar una experiencia de tantas:

Un día sonó el timbre de nuestra casita en el *Pueblo Joven* de Hunter (así llaman en el Perú a los barrios pobres de la periferia). Me apresuré a abrir. Ante mí una mujer joven todavía, pero con algunas arrugas prematuras en un rostro, casi inexpresivo, de tanto sufrir. A su lado, rodeándola, sucios e inquietos, cuatro chiquillos entre los nueve y dos años (esperaba el quinto). Tenían unos ojazos grandes y hambrientos. ¿Su historia? Sin oficio y sin beneficio, sin saber leer siquiera, desarraigada de su tierra, viuda desde hacía tres meses, había tomado la decisión de abandonar la sierra dura y difícil y buscar mejor suerte, bajando a una gran ciudad, Arequipa. Mendigaba para sus hijos, que no para ella (¡y buena falta le hacía!), pan y techo.

Desgraciadamente, en la mesa de América latina no caben todos sus hijos, y mientras unos pocos asisten al banquete, otros tienen que contentarse con mirar las luces de la fiesta. ¡Y son tantos...!

De los 320 millones de habitantes de América latina, más de 100 millones viven en extrema pobreza, es decir, con un *rédito anual* inferior a 75 dólares (unas 4.650 pesetas).

Todo esto me ha hecho sufrir mucho, reflexionar mucho, orar mucho.

He comprendido que sin cargar con las aspiraciones y angustias de los hombres, sin solidarizarme con sus sufrimientos, sus búsquedas y esperanzas no podría anunciarles eficazmente la *buena noticia* de que en Cristo Jesús hay liberación también para ellos de todas sus esclavitudes; sólo en Cristo. Cualquier otro camino nunca llega a la meta.

Entendí que como religioso nunca podría servir de verdad a los hombres, mis hermanos, si no *vivía abierto a su tiempo y sus problemas.* Apertura para mí no quiere decir *pacto* con los falsos valores del mundo (poder, riqueza, prestigio...) ni *conformidad* con sus criterios (esto embotaría el mordiente evangélico de la vida religiosa). Apertura quiere decir *estar en* el mundo *sin* ser del mundo; significa ser presencia «profética» en el mundo, es decir, que denuncie la alienación, la servidumbre, el desprecio del hombre, y anuncie el Reino de Dios.

— de Justicia para los pobres,

— de Libertad para los oprimidos,

— de Amor para los marginados y desvalidos,

— de Esperanza para los disolucionados,

— de Fraternidad para los divididos.

Entiendo esta solidaridad como un «imperativo evangélico» y no como «una opción clasista», ya que para mí es consecuencia del amor a Cristo pobre y no resultado de otras ideologías.

He ido descubriendo a lo largo de mi experiencia que estaba lejos de los pobres de esta tierra, hacia los que pienso se ha ido desplazando poco a poco mi corazón. Mi identificación con ellos (¡siempre tan pobre!) tiene más de proyecto que de historia. Alguna vez desesperé de conseguirla. Ahora estoy persuadido de que no la *alcanzaré jamás; pero esto no destruye la* verdad de mi vida, más bien le pone un marco de realismo para que resalte su pobreza y la fuerza del Espíritu. Me parece que a los pobres y sencillos no les preocupa tanto una identificación con visos de teatralidad (y estoy hondamente persuadido que no se lucha por los pobres llevando una vida que sea un insulto a su miseria) cuanto que alguien los ame de verdad y se lo demuestre eficazmente. Se lo oí un día a un viejecita de mi barrio, con pocos dientes ya y muchas arrugas:

«Tú me quieres, Padrecito,
porque vienes a verme y te sientas a mi lado.»

Mi ocupación prioritaria en estos años de sacerdote ha sido la docencia: cinco años en nuestro Teologado del Cuzco, casi seis en la Universidad Católica de Arequipa y más de dos y medio en la Curia Cardenalicia de Roma al servicio de las provincias del Cono Sur de Latinoamérica.

No siempre he podido vivir inmerso entre la gente sencilla, de corazón pobre y honradez a toda prueba, pero he procurado estar abierto a sus interpelaciones.

Tengo que reconocer con lealtad y... agradecimiento que sin haber caminado por temporadas, paciente y humildemente en la caravana de los pobres y oprimidos de esta tierra, escuchándolos y sirviéndolos, mi amor a Cristo hubiera sido más pobre y mi servicio menos eficaz. No es lo mismo para la Evangelización mirar las cosas desde la perspectiva de los pobres de Yahvé. Pero optar preferencialmente por los pobres tiene su precio. Mi «pequeña experiencia» personal y la otra mucho más grande, la ajena, me han enseñado que defender la justicia en el mundo es izar una bandera de contradicción.

El director de un periódico en el que escribí durante largo tiempo me decía con aire preocupado:

> «Usted hable de religión en su columna y deje de *meterse* en política porque nos crea problemas.» (Meterse en política era atacar el burocratismo de una administración pública parcial y corrompida, denunciar los salarios de hambre, defender el derecho y la estabilidad en el trabajo, etc.)

Me ha sucedido, a pequeña escala, lo que a otros muchos, que me he visto convertido en signo de contradicción:

- para los «bien pensantes» y los poderosos del mundo, era un hombre «subversivo» por protestar contra los atropellos de que eran víctimas las empleadas, obligadas a trabajar catorce horas enteras por un sueldo irrisorio y sin seguros de enfermedad, o porque defendía el derecho cristiano de que el niño de la cocinera pudiera codearse en el mismo banco con el hijo de la señora (con lo natural que les parece a ellos...), etc...;

- para los de otra orilla yo era un ingenuo redomado porque me empecinaba en predicar la justicia, la libertad y la paz en nombre de Cristo Resucitado, y en condenar la violencia, la opresiva y la represiva, la del que quiere el conflicto «a cualquier precio» y la del que quiere la paz también a «cualquier precio», por decir públicamente que había que eliminar de raíz, no al enemigo, sino la causa de la enemistad: la injusticia. De nada sirve desarmar las manos si no desarmamos los corazones.

Desde esta perspectiva latinoamericana, *¿cuál cree usted que es misión de la vida religiosa en la Iglesia y en el mundo?*

La vida religiosa, como modalidad profética de vivir el cristianismo, a partir de ciertos valores (gratuidad, fraternidad, libertad...) radicalmente asumidos a causa de Cristo, es y tiene que ser una llamada insobornable a *la pureza del Evangelio,* al radicalismo del Espíritu de las Bienaventuranzas, sin el «que el mundo no puede ser transfigurado ni ofrecido a Dios» (LG 31), y una crítica evangélica:

— a la Iglesia, en la medida que ésta es decadente o ambigua, o ha perdido su dinamismo radical; y

— al mundo, en la medida que se deshumaniza o descristianiza y, por lo mismo, se hace fuente de opresión e injusticia.

Lo que el mundo espera de nosotros es, por encima de todo, que seamos *testigos de fe y de amor.* Como decía un grupo de religiosos jóvenes, que en la frontera de la Iglesia luchan con valentía evangélica en la promoción integral de sus hermanos marginados y desvalidos:

> «Ruega por nosotros. Que vivamos *llenos de Dios* y que, en medio de nuestras vacas, cerdos, patos, talleres, máquinas..., *contagiemos a nuestros muchachos el cariño del Buen Dios y la fuerza de su Espíritu.* Ellos y nosotros lo necesitamos.»

En medio de un mundo *soberbio* que quiere edificarse, dándole las espaldas a Dios, y *egoísta,* que quiere vivir, dándole las espaldas a la gran masa de los pobres y oprimidos, tenemos que anunciar el *amor de un Dios Padre que hace posible que podamos vivir como hermanos.* Estamos en el mundo para eso, para ser testigos de la amistad, de la fraternidad, de la solidaridad entre los hombres, basada en un hecho simple y decisivo: *somos hijos de un mismo Padre, por lo tanto somos hermanos.*

Proclamar el Absoluto de Dios en lo transitorio del mundo, ser «testigos de la Ciudad de Dios» en la tierra de los hombres, esforzándose por santificar el Nombre del Señor, eliminando de

su existencia los ídolos que nos esclavizan y alejan de El: el apego desordenado a los bienes de este mundo, el placer, la autosuficiencia y el orgullo..., es función esencial de los religiosos.

Los religiosos deben ser hombres-para-los-demás de balde, en disponibilidad total y servicio gozoso, en amistad y comunión con todos los hombres que se cruzan por nuestros caminos, y en especial con los que han caído en poder de la injusticia, de la opresión y del olvido.

Queda todavía una pregunta abierta:

¿Y LA VIDA RELIGIOSA DEL FUTURO?

Me parece que el religioso es el hombre que vive de *una experiencia* y no de caminos hechos, que se abre al libre soplo del Espíritu y no se deja fácilmente encorsetar en estructuras esclerotizadas que pueden sofocarle.

Lo que importa es tener *esa experiencia de Dios,* vivirla en autenticidad de cara a las necesidades de nuestro tiempo, que ella ya se irá construyendo sus caminos a través de las legítimas iniciativas de los miembros de los Institutos y sus Capítulos Generales que las recogerán agradecidos.

Son los religiosos los que tienen que decir lo que está conforme con el espíritu de la vida religiosa y lo que no lo está. Sólo hay una cosa cierta, y en el fondo debe bastarnos: *el porvenir de la vida religiosa no se encontrará en la instalación y el aburguesamiento, sino en el vigor y el radicalismo evangélico.*

La vida religiosa vivirá centrada en el Evangelio, entregada al Amor, consagrada en la fe y abierta de par en par a su tiempo. Los religiosos —«metidos», que «no perdidos», en el mundo— irán desbrozando con imaginación creativa nuevos derroteros de futuro para una Humanidad que peregrina hacia su plena realización, vivirán con gozo la simplicidad evangélica, se comprometerán, como fermento dinamizador del proyecto ideal

de una sociedad nueva, a colaborar con Dios para que su Reino de Paz, de Justicia, de Amor y de Libertad venga a nosotros cada día y se haga su voluntad de Fraternidad universal así en la tierra como en el cielo.

Serán los religiosos hombres siempre dispuestos a la inseguridad de los riesgos de su misión, conscientes de que su última seguridad es la de Cristo Pobre y Crucificado.

¿Por qué sigo siendo religioso?

— porque Cristo no se cansa de llamarme cada día a pesar de mis respuestas, muchas veces, a medias;

— porque —hoy más que ayer— sigue entusiasmándome su Persona y su invitación a trabajar con El en su viña: a gritar a los hombres la *prioridad* de Dios frente a los ídolos de este mundo (riqueza, sexo, poder), a luchar infatigablemente por la Paz y la Justicia que deben conquistar el corazón del hombre, a traducir a los hombres su ternura de Padre y la fuerza de su Espíritu.

Chiara Lubich

Fundadora del Movimiento de los Focolares, cuyo programa se centra en hacer vida el supremo anhelo de Jesús: «Que todos sean uno». En 1977 recibe el premio Templeton, una especie de Nobel para el progreso de los valores espirituales. Ha fundado también dos institutos religiosos femeninos. La experiencia espiritual de Chiara se identifica con la vida del Movimiento, en el que Juan Pablo II ha visto «claramente la acción del Espíritu Santo para la Iglesia de hoy».

De hecho, mi experiencia coincide con la vida del Movimiento de los Focolares. Ahora el Movimiento es muy vasto y está difundido por todo el mundo, pero, como nosotros sabemos, porque nos lo dice la autoridad de la Iglesia, ésta es una obra de Dios y, por tanto, la ha hecho El, y, como todas las obras de Dios, también ésta ha nacido de una pequeña semilla, de la nada, de alguien que no sabía que era un instrumento en las manos de Dios.

Todo comenzó un día, en casa, mientras estaba con mi madre. Ella necesitaba que yo le hiciera un determinado trabajo. Y para contentarla, fui a hacerlo. Mientras iba por el camino, sentí dentro de mí la llamada. Me parecía que Dios me decía:

«Entrégate totalmente a Mí.» Me detuve de lo impresionada que me quedé por ese pensamiento que me pasaba por la mente. En seguida escribí a mi confesor, quien me contestó, después de unos días, dándome el permiso para consagrarme a Dios para toda la vida. Recuerdo que para mí aquel fue un día extraordinario, excepcional; para mí significada: me he desposado con Dios. Y, por tanto, esperaba todo de El, pero no sabía lo que sucedería. Fue un día lleno de una alegría que se había encendido dentro de mí, tan secreta, que no hubiera querido decir a nadie lo que había sucedido. Pero esta alegría, esta llama que se había encendido dentro de mí era contagiosa, por lo que cuando me acercaba a mis compañeras, por motivos de trabajo o de estudio, ellas querían seguirme en esta atracción que Dios tenía para mí y luego para nosotras.

Pasaron algunos meses en Trento, y el 13 de mayo de 1944 hubo un terrible bombardeo. Por la noche, durante las alarmas, mi familia pensó irse a los alrededores de la ciudad, a un bosque, en lo alto, para dormir al aire libre. Durante la noche vimos los aviones volar sobre Trento y bombardear también el barrio donde estaba mi casa. Para mí fue una noche decisiva, porque me parecía que el Señor me decía que dejase todo, también a mis padres: «Quien no deja padre, madre, mujer, hijos y campos no puede ser mi discípulo.»

De hecho, yo advertía dentro de mí que no podía marcharme de Trento, aunque mi casa fuese destruida, ya que debía permanecer allí, porque había nacido entre mis compañeras y yo una unión fuerte y me parecía que Dios quería que yo me quedase. Pero decidir esto era un drama para mi alma; era un drama porque yo quería muchísimo a mis padres y a mis hermanos y no sabía cómo dejarlos. También porque yo era la única ayuda económica para ellos. Me pasó entonces por el pensamiento una frase que yo había aprendido en la escuela: «Omnia vincit amor» *(todo lo vence el amor)*. Y me pregunté: ¿Pero el amor también vence esto? ¿El amor de Dios tiene que vencer también esto? ¿Abandonar a los míos, que saldrán hacia la montaña sin saber a dónde irán y yo quedarme aquí? ¿El amor también tiene

que vencer esto? Y en mi corazón dije que sí a Jesús, naturalmente con su ayuda.

Por la mañana, al alba, regresamos a casa para comprobar si aún existía. De hecho, las paredes exteriores permanecían en pie, pero el interior se había derrumbado. Entonces trepamos por las paredes para recoger algunas cosas y ponerlas en las mochilas. Allí tenía que hablar con mis padres y exponerles mi decisión. Encontré a papá en la cocina y fui hacia él, me arrodillé y le dije: «Papá, soy de Dios y otros me siguen; no puedo marcharme.» Y allí mi padre tuvo una gracia sin duda particular, porque me dio su bendición con toda tranquilidad y me dijo que me quedara. Fue dramático el momento cuando bajando por las escaleras, mientras los míos se encaminaban, se ponían en marcha hacia la montaña y yo hacia la ciudad destruida, tuve que poner la mochila, que hubiera tenido que llevar yo, sobre las espaldas encorvadas de mi madre. De todos modos los saludé y me fui hacia la carretera, hacia la ciudad.

La destrucción allí era total: árboles arrancados de raíz, ruinas, escombros. Y yo lloraba, dejaba correr las lágrimas. Cuando de pronto de una calle sale una señora que me coge por la espalda, grita (parece enloquecida) y me dice: «¡Se me han muerto cuatro!» Entonces yo la consuelo y comprendo que tengo que silenciar mi dolor para asumir el de los demás. Voy por medio de los escombros.

Era temprano, hacia las seis. No había nadie. Busco a mis compañeras y gracias a Dios las encuentro. Estaban todas vivas. Eramos un grupo de seis o siete chicas, de los quince a los veintitrés años. Pocos días después nos ofrecieron un pequeño apartamento. Ese apartamento sería el primer focolar.

Eramos jóvenes y, como todas las jóvenes, cada una tenía en su corazón un ideal. Recuerdo que una compañera mía esperaba con ansia el final de la guerra para poderse casar, pero el novio ya no volvió, por lo que veía derrumibarse su ideal. Otra compañera mía había preparado una casa con mucho cuidado,

pero la guerra la destruyó. A pesar de tener tanto amor a Dios, mi ideal era el estudio. Me gustaba mucho la filosofía, mas por el obstáculo que suponía la guerra no pude continuar. Parecía verdaderamente que Dios nos diese una lección con las circunstancias y nos dijese que todo es vanidad de vanidades, que todo pasa. Al mismo tiempo experimentaba en mi interior el deseo de dar la vida, la única que tenía, por un ideal que nunca pasase, que ninguna bomba lograse destruir. Hablé con mis compañeras, comprendieron y yo les dije cuál era este ideal: Dios.

Y juntas decidimos hacer de Dios el ideal de nuestra vida. Naturalmente, era necesario ver cómo hacerlo. ¿Qué se hace para tener a Dios como ideal? Ibamos incluso once veces al día a los refugios; el nuestro no estaba muy protegido, no era muy seguro. Y allí yo abría el Evangelio y lo leía. Y fue el Evangelio el que me dio la respuesta. Está escrito: «No quien dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino quien hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos.» Hacer la voluntad del Padre, la voluntad de Dios, no la nuestra, esto es amar a Dios. Lo comprendimos inmediatamente: no un sentimentalismo, no una falsa piedad, sino hacer la voluntad de Dios. Y en seguida nos pusimos a hacerla no con esa resignación acostumbrada con la que se dice «hacer la voluntad de Dios», sino con empuje, sabiendo que Dios tenía un designio sobre cada una de nosotras y que si hacíamos su voluntad El lo realizaría. Y nos lanzamos justamente a esta divina aventura.

Pero el tiempo apremiaba. A pesar de ser muy jóvenes teníamos la muerte siempre delante, justamente porque estábamos al descubierto, podríamos decir. Y surgió en nosotras una idea: queríamos saber una voluntad de Dios que le gustara particularmente a Jesús, de modo que si tuviéramos que morir, al presentarnos a El pudiéramos encontrarle satisfecho por los últimos días pasados así.

Y también ahí fue el Evangelio el que nos dio una respuesta. Leyéndolo en los refugios, encontramos: «Os doy un mandamiento nuevo.» Y Jesús dice que es suyo; por tanto, le gus-

taba. «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros como Yo os he amado», «Nadie tiene un amor mayor que quien da la vida por los amigos». Y nosotras dijimos: «Esta, ésta es la voluntad de Dios, lo que de modo particular le agrada. Entonces, vivámoslo. Yo estoy dispuesta a morir por ti; tú, por mí; la otra, por la otra; todas, por cada una. Estamos dispuestas a morir para amarnos mutuamente y vivir este mandamiento nuevo.» Es claro que Dios, a partir del momento en el que comenzamos a vivir así, no siempre nos pedía la vida, pero nos pedía quizá compartir un pequeño dolor con uno, con otro, o bien la muerte de un hermano. O participar, no sé, de alguna preocupación, o también de las alegrías de los demás. Este vivir siempre proyectados en los otros hizo que nuestra vida espiritual experimentara un salto cualitativo, porque verdaderamente es cierto que «donde está la caridad y el amor, allí está Dios». Es verdad. Y justamente experimentamos también hasta qué punto son verdaderas esas otras palabras que Jesús dice: «Donde dos o tres —y, por tanto, también cuatro, también cinco— están unidos en mi nombre, estoy Yo en medio de ellos.»

Sentíamos a Jesús en medio de nosotros. Porque cuando El estaba, esto es, cuando nos amábamos, cuando estábamos siempre dispuestas a morir la una por la otra, El manifestaba en nuestro corazón una alegría particular, una paz extraordinaria; nos daba luz, daba sentido a nuestra vida, a nuestra nueva fraternidad, porque éramos hermanas en Cristo. Y fue El, me parece, quien nos hizo comprender el Evangelio de un modo totalmente nuevo; era como si bajo las palabras del Evangelio se encendieran tantas luces y las comprendiéramos de un modo nuevo.

Esas palabras que habíamos escuchado muchas, muchas veces durante la vida, eran nuevas. «Ama al prójimo como a ti mismo.» Pero ¿quién lo había hecho hasta ahora? «Como a ti mismo». ¿Quién lo había hecho? Recuerdo cuando leímos: «Cualquier cosa que hagáis al más pequeño, a Mí me lo hacéis.» Fue como un grito de batalla, porque comprendimos que en el pobre hay una cierta presencia de Cristo y, por tanto, nos pusimos a caminar por toda la ciudad, en los momentos posibles, cuando no había alarmas, para buscar a los pobres, anotar sus direccio-

nes para poderlos ayudar, así como ir por los barrios más pobres de la ciudad para aliviar a este Jesús que vivía en ellos. Y recuerdo que llegaban muchas cosas, vestidos, mantas, harina, leche en polvo, leña. Y siempre íbamos con muchas maletas, todos los días, para ayudar a todos los pobres, porque en ellos habíamos descubierto a Cristo a través de esta palabra.

Así, recuerdo otra palabra, una de las primeras que nos impresionaron, y fue: «Dad y se os dará.» Fue un espectáculo aquel día en nuestra pequeña casa el ver cómo por cuatro veces llegaron manzanas y las regalamos a los pobres, volvieron a llegar manzanas y las regalamos a los pobres; por tercera vez llegaron más manzanas, las dimos a los pobres; por la noche llegó una maleta de manzanas. Experiencias, confirmaciones de que el Evangelio está vivo, de que el Evangelio es verdadero, de que se verifica todo lo que hay en él. Cristo daba alas a nuestra vida.

También el ver siempre verificarse esa frase: «Que sean uno para que el mundo crea.» Bastaba que nosotras fuésemos «uno», esto es, que nos amásemos mutuamente como El quiere —ser uno— para que los demás creyeran en Dios. Cuántos no creyentes han creído viendo solamente el modo de vivir de estas chicas. Cuántas vocaciones nuevas han surgido, cuántas situaciones se han arreglado.

Tanto es así que a los dos meses escasos de haber iniciado esta vida ya éramos quinientas personas las que vivíamos el mismo ideal: Dios, el amor recíproco, el Evangelio. Y eran de todos los estratos sociales, de todas las edades: madres, niños, de todas las vocaciones. Naturalmente que esto en la pequeña ciudad de Trento en seguida llegó a conocimiento de muchos. Y fuimos a ver al obispo precisamente porque en el Evangelio encontramos: «Quien a vosotros escucha, a Mí me escucha.» Dijimos: en el obispo está Cristo, y, por tanto, si el obispo dice que actuamos bien, vamos adelante; si dice que no lo hacemos bien, nosotras lo dejamos inmediatamente. Fuimos a ver a nuestro obispo, le explicamos todo, y el obispo, que luego protegió al Movimiento durante veinte años, hasta que murió, siempre

nos decía: «Aquí está el dedo de Dios.» Así comenzó nuestro Movimiento.

¿Qué pide este Movimiento? La elección de Dios, poner a Dios en el primer lugar de la vida y hacer descender de él todos los valores. Por ejemplo, yo había llegado ingenuamente a estudiar la filosofía para descubrir la verdad y no comprendía que Jesucristo es la verdad encarnada. Pero cuando lo comprendí puse mis libros en la buhardilla y le seguí a través de sus palabras, viviendo el Evangelio. No es que todos tengan que poner los libros en la buhardilla, pero a mí me pidió también esto, porque me pidió padre, madre, campos... Mis campos eran los libros.

En el Movimiento hay personas que están llamadas a esta vida totalitaria: los focolarinos consagrados —que son unos tres mil trescientos— y los focolarinos casados, ávidos de perfección, que también ellos quieren vivir y consumar la unidad para establecer la presencia de Cristo. Otras personas han querido hacer lo mismo, pero no materialmente, sino espiritualmente; han querido poner a Dios en primer lugar, pero permaneciendo en la familia, manteniendo el propio trabajo, etc. [1].

Con respecto a los religiosos repetiría lo que he dicho en alguna otra parte. Nuestra experiencia había sido tan viva que después de habernos nutrido mucho tiempo de la palabra de Dios nos pareció que cada palabra salida de la boca de Cristo no fuese más que amor, como si cada una equivaliese a la otra y cualquiera de ellas a todo su Testamento.

Esta experiencia nos hizo comprender de un modo nuevo, ade-

---

[1] El Movimiento de los Focolares es, como dijo Pablo VI, «un tronco con muchas ramas». Su estructura de base está constituida por focolarinos consagrados que viven en comunidad, focolarinos casados, voluntarios, gen, sacerdotes, religiosos y religiosas, y por movimientos de masa, como Familias Nuevas, Movimiento Parroquial, Humanidad Nueva. Se extiende a otras denominaciones cristianas y ha entablado con religiones no cristianas un diálogo fecundo que desea ampliar al mundo ateo. Más de un millón de personas, como miembros o adheridos, participan en el espíritu de esta gran familia, que ha llegado ya a 128 países (N. del E.)

más, a la Iglesia... Se han visto florecer a través de los siglos muchísimas órdenes religiosas. Cada familia u orden se podía ver como la «encarnación» de una expresión de Jesús, de una actitud suya, de un hecho de su vida, de un dolor suyo, de una palabra suya...

En el espléndido jardín de la Iglesia habían florecido y florecían todas las virtudes. Los fundadores de las órdenes aparecían un poco como esa virtud hecha vida. Habían subido al cielo transfigurados por tanto amor y tanto dolor, hechos «palabra de Dios». La Iglesia resultaba, pues, un majestuoso Cristo extendido en el curso de los siglos y desplegado en el espacio, porque los hijos de todos los santos, por la sangre católica que circulaba en sus venas, se habían diseminado por todas partes donde vive la Iglesia de Dios.

Ya desde los primeros tiempos, religiosos de todas las órdenes, masculinas y femeninas, se habían adherido al Movimiento, considerando bueno su espíritu también para ellos. Viendo subrayar la caridad evangélica, la cruz, la unidad, la palabra de Dios, María Santísima, la Iglesia, el Cuerpo místico, sentían palpitar nuevamente conceptos que sus fundadores tuvieron más o menos presentes.

El encuentro con el Movimiento y la práctica de su espiritualidad significó a menudo para ellos —además de un aumento de celo por la gloria de Dios— un redescubrimiento de sus respectivas Reglas y un amor y un aprecio más concientes hacia sus fundadores. Luego, habiendo conocido mejor al Padre, naturalmente se estrechaba más fuerte el vínculo entre hermanos.

La Mariápolis de 1959 reunió a religiosos y religiosas de sesenta órdenes, sólo entre las masculinas, todos hermanados por un mismo espíritu: vivir el Cuerpo místico. Cuando Jesús dijo: «Donde dos o más están unidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos», ciertamente no excluyó que pudiera entenderse también: «Donde un franciscano y un benedictino, o un carmelita y un pasionista, o un jesuita y un dominico... están unidos en mi nombre, allí estoy Yo...»

Los últimos años han visto una profunda penetración de nuestro espíritu en muchas familias religiosas masculinas y femeninas. En la actualidad son unos cuarenta mil los religiosos adheridos al Movimiento. Frutos: renovación de la comunidad, redescubrimiento del carisma del fundador, revalorización de las Reglas, miembros nuevos.

(«¿Hacia dónde debe caminar la Vida Religiosa?» Chiara Lubich no va a concluir dándonos un programa. Nos entrega una experiencia que remite limpiamente a la utopía del Evangelio: «Amaos unos a otros como Yo os he amado», «Donde dos o más se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos», «Que todos sean una sola cosa». Se trata de algo tan sencillo, tan profundo y tan vivo como cultivar la palabra de Jesús ya sembrada en el corazón de aquellos cuya única vocación es seguirle.)

Consuelo Molina, hcsa.

Hospitales, sanatorios, orfanatos... han sido los trabajos diarios de una vida sencilla y oculta, como la de tantas religiosas. Vidas llenas de tanta sencillez como profundidad. Hoy vive en una pequeña comunidad, entregada a la promoción y evangelización del mundo gitano en un suburbio. Hermana de la Caridad de Santa Ana.

Soy religiosa sencillamente

Sencillamente porque sentí la llamada de Dios y respondí. Lo puedo decir con verdad: en mi llamada no cabía dilación. «Ven, sígueme. Y dejando las redes le siguieron.» Fue muy parecido.

Había tanta fuerza en sus palabras... Y tú ¿qué vas a hacer por Cristo? Así nos decía el Padre Ignacio Corrons en los Ejercicios de mi conversión, en el año 40, recién terminada la guerra, en la capilla de MM. Reparadoras de Valencia.

Recuerdo muy vivamente las circunstancias, la fecha 20 de abril. Estrenaba yo los veinte abriles con una ilusión grande por la vida y por disfrutarla. Es verdad que la guerra nos había za-

randeado, pero también nos había dado ocasión de conocer a personas estupendas, de hacer amistades muy fuertes. El sufrimiento, el hambre, la persecución habían creado lazos de amor tan profundos que al parecer eran amarras imposibles de romper.

Pero la experiencia de Dios fue tan grande en aquella meditación y en todo lo que siguió después que nada se resistió.

Desde el principio mi vocación fue clara de servicio a los pobres y necesitados. El Señor daría un giro de 180 grados en mi búsqueda de entrega y me mostraría por una estampa el Instituto al que debía pertenecer: las Hermanas de la Caridad de Santa Ana. ¡Señor, tus caminos no son los nuestros! Pero cuando Tú te acercas tanto, pones una certeza dentro que no queda ya lugar a dudas y lo tuyo es nuestro y lo nuestro es tuyo. Me he distraído un tanto de lo que quería decir.

Conté lo que me pasaba a mi madre y a mis hermanos y les dije que muy pronto me iría religiosa. Esto fue motivo de risa para todos, pues según ellos yo de monja no tenía ni un pelo. Pronto me penó haberlo dicho antes de haber madurado las cosas. Cuando llegó mi padre y se enteró, dijo muy serio que esas decisiones había que pensarlas muy bien, que no era un juego, y que antes tendría que demostrarle que era de verdad.

Nosotros éramos oriundos de un pueblo de Murcia, pero habíamos pasado la guerra en Valencia. Se imponía regresar donde teníamos los medios de vida, y comentándolo en familia dijeron nuestros padres que teníamos que olvidar y perdonar a todos. (Este fue el motivo de hacer los Ejercicios, ponerme en clima de amar a amigos y enemigos.) El mayor de los diez hermanos había caído en el frente; el padre estuvo casi los tres años en las cárceles y la familia pasamos de todo. Había que empezar de nuevo.

En el pueblo todos los sacerdotes habían sido martirizados y confié mi situación al que había llegado nuevo a nuestra parroquia. El me propuso un plan de vida espiritual y oración intensa para forzar al Señor a que me mostrase concretamente el

camino. (Esta audacia la he tenido en varias ocasiones importantes de mi vida, sintiendo un fuerte impulso a exigirle.) Nunca me ha defraudado. En esta ocasión no se hizo esperar.

En pocos meses quedó todo arreglado para nuestro ingreso en el Noviciado.

Fiesta de San Agustín, 28 de agosto de 1941; nos acompañaron nuestros padres. Quisieron ser consecuentes con sus creencias y después de probar nuestra decisión y de asegurarse que éste era nuestro camino, no dudaron en ofrecer el sacrificio. Después nos contaba mi madre que cuando se cerró la puerta del Noviciado se quedaron sin saber qué les pasaba. Intentaron llamar de nuevo, pero ya habían pronunciado su «fiat» y siguieron caminando seguros de que el Señor nos daría fuerzas a todos.

Quisiera decirlo sin rodeos: nuestra entrega la hicimos sin condiciones y desde el primer momento quisimos vivir con espíritu de fe todo lo que esta entrega nos fuera exigiendo.

Me parecía tener clara vocación de cuidar enfermos, de estar con los más pobres, y estuve 26 años en la maternal de un colegio. ¿Feliz? ¡Mucho! Los niños es lo más bello que Dios ha hecho, pero en mi interior seguía sintiendo la necesidad de soñar, de esperar, de forzar al Señor. No dejaba escapar ninguna ocasión de ser consecuente con mi exigencia, segura de que el Señor no dejaría sin cumplir su palabra. Los seis años de contacto con el mundo gitano, por medio del Catecismo, en el barrio de Colón, hicieron nacer en mí un nuevo compromiso de ofrecerme para el apostolado entre ellos.

Los tres años de mi estancia en el Hospital Provincial de Nuestra Señora de Gracia, en Zaragoza (casa muy querida por ser la cuna de la Congregación), me hicieron recuperar el tiempo de la espera.

Una nueva y fuerte experiencia de Dios me capacitó para aceptar y aun gozarme de cosas y situaciones difíciles con las que el Señor quiso probar mi fidelidad. Al final de este callejón

me esperaba El en la persona de los más pobres y marginados, los gitanos. Dios no pone deseos que deje sin cumplir. Hace el vacío en nosotros para colmarnos después.

Así fue y así es mi vida. Un fiarme de quien lo es todo para mí. La vida religiosa es una gracia que no merecemos, se nos otorga. Es un don que hace inmensamente feliz a quien lo recibe, lo valora y lo vive. Quisiera que mi acción de gracias resonara tan fuerte que se pudiera oír en todas partes. Así cumpliríamos la *misión* que la Iglesia *nos ha asignado* de ser signos de trascendencia, de esperanza, de alegría.

Estando presentes en la vida de los hombres, con ellos y por ellos. Haciendo labor de suplencia donde no llegue la debida atención en todos los aspectos. Siendo un hermano más con los hermanos, haciendo vida el mensaje evangélico, de forma que lo entiendan todos. Siendo sencillas y amables en la acogida y el servicio, desprendidas para compartir cuanto somos y tenemos.

Que nuestro hacer interrogue y lleve al descubrimiento de Cristo en la raíz de *todo*.

Carlos Palmés, sj.

Nacido en Bellvís (Lérida) en 1927, hoy está nacionalizado como boliviano. Estudios teológicos en Buenos Aires, San Cugat (Barcelona) y Roma. Director espiritual de jóvenes en el colegio San Calixto de La Paz, secretario provincial, director del colegio de Sucre, superior provincial, profesor de espiritualidad en ISET (Cochabamba) y presidente de la CLAR (1973-1979) son los hitos del itinerario personal de este jesuita conocido en toda Latinoamérica por su labor animadora de la vida religiosa a través de la CLAR.

POR QUÉ SOY RELIGIOSO

Siempre que me preguntan por mi vocación me pongo nervioso. No porque tenga algo que esconder, sino porque nada me resulta más complicado que querer explicar lo sencillo, lo obvio y normal. Es como si me pidieran describir qué es el agua para mí. Podría dar datos físicos o químicos del agua, pero siempre me quedaría el convencimiento de que he dejado de decir lo principal: el sentido de su fecundidad, de su transparencia, de su sencillez..., de una especie de proximidad fraterna, que me hace sentirla muy dentro de mi vida. Y en el orden de las vivencias personales, pedir que hable de mi vocación es algo así como pedir que diga qué es para mí el amor, la bondad, la vivencia de la fe. Todo esto pertenece a la vida, a lo existencial, y no puede ser encerrado en categorías conceptuales.

Y es que mi vocación religiosa no tiene nada de espectacular ni de dramático, como tal vez tendrá la de ciertas personas importantes. Se desliza así como una corriente de agua que atraviesa el mundo sin estrépito de cataratas, sencillamente, silenciosamente.

Y también misteriosamente. Cuando intento adentrarme en mí mismo para preguntarme por la última motivación de mi vida consagrada, me encuentro en presencia del misterio, una mezcla de fe y de amor humano que me hace sentir un atractivo a la vez suave y profundo de un amor conocido a través de la fe que me lleva a una entrega incondicional. Es algo semejante a lo que sintió el profeta Jeremías: «Me sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir por Ti» (Jer 20,7-9). Una especie de fuerza magnética que arrastra el corazón para entregarse al Reino de Dios en el servicio de los hermanos a tiempo completo y a corazón completo... ¡y con alegría!

A lo largo de mi vida religiosa me he sentido siempre muy centrado y feliz. La abnegación que exige una vida célibe y de disponibilidad al servicio de los demás viene compensada por la paz y alegría interior y por la satisfacción de saber que el Señor me ha llamado y que vale la pena dar la vida por la Causa del Evangelio.

Mi vocación brotó como una flor espontánea en el ambiente profundamente cristiano de mi familia. Mi padre era farmacéutico de pueblo y no hizo nada sorprendente en su vida fuera de inventar la «Manzanilla de Urgel-Palmés» y de dar a todos un testimonio de honradez intachable y de bondad infinita. Mi madre era santa y humilde, descendiente de una familia noble venida a menos. Mis dos hermanas mayores siguieron estudios universitarios y mi hermano pequeño y yo pudimos seguir cada uno nuestra vocación. Un personaje lejano que influyó mucho en mi camino fue el hermano de mi padre, Fernando M.ª Palmés, jesuita famoso en el campo de la psicología experimental. Por él entré en el colegio de los jesuitas y de allí di el salto al noviciado de la Compañía de Jesús.

Reflexionando sobre lo que hoy caracteriza mi entrega al Señor y a los hermanos en la Vida Religiosa, encuentro como va-

rias «líneas fuerza» que han ido vigorizándose a lo largo de mis años de vida religiosa. Las iré exponiendo con toda sencillez como en una conversación entre amigos.

En manos de la Providencia.—Una de las notas características de mi vida es el encuentro con un Dios sorprendente —como el de Abraham— que irrumpe en mi vida sin previo aviso y me lanza cada vez a una aventura imprevisible. Cuando descubrí que ésta era la estrategia de Dios en mi vida, opté por ponerme disponible en manos de su Providencia y por aceptar el futuro desconocido.

Los primeros años de mi vida religiosa los pasé en Veruela (Zaragoza), un antiguo monasterio cisterciense del siglo XII, repleto de jóvenes jesuitas. De allí partían numerosas expediciones de misioneros hacia la India, Japón, diversos países de América Latina. Al ver partir a mis compañeros me preguntaba: ¿por qué ellos sí y yo no? Me ofrecí para ir al Japón. El superior me prometió que sería el primero de la lista en la próxima expedición. Cuando llegó el momento, el superior me destinó al Paraguay porque era más urgente la presencia de jesuitas en el lugar de las antiguas «Reducciones». A los seis meses zarpaba con otros siete compañeros. Durante año y medio nos dedicamos a estudiar el guaraní en un ambiente de estrechez. No pasamos hambre, pero sí «apetito», y mucho.

Cuando ya sabía el guaraní —como solían hacer los jesuitas— me destinaron a Bolivia. Comencé el estudio de la teología en Argentina, pero en el segundo año, Perón —poco antes de su caída— persiguió a la Iglesia, y especialmente a los jesuitas. Tuvimos que dispersarnos, y yo, con un grupo de compañeros, tuve que volver a España.

El último año de mi formación, antes de volver a América Latina, me destinaron de nuevo al Paraguay, y dos meses después, de nuevo a Bolivia. Cuando faltaban pocos días para salir hacia Bolivia me comunicaron que no mandase las maletas al barco porque me iba a quedar en España. Pero a última hora me llegó la orden de partir.

Una vez en Bolivia, pasé por varias experiencias y cargos: director espiritual de jóvenes, secretario del Provincial, rector de un colegio. Estando en este último cargo, nuestro Superior provincial fue llamado a Roma para un cargo en el gobierno central. El mismo volvió a Bolivia para hacer un sondeo. Terminado éste, sin previo aviso, me comunicaron que yo debía ser el nuevo Provincial. A los veinte minutos, cuando aún no se me había pasado el susto, me llevaron al comedor y me leyeron la Patente del P. Arrupe por la que me nombraba Superior provincial de Bolivia. Los otros cargos fueron breves, pero éste duró seis años.

Al terminar comencé a trabajar eufóricamente como sacerdote en el campo de la espiritualidad, cuando un buen día se me presenta el Secretario general de la CLAR y me dice que han pensado en mí para el cargo de Presidente. Fue otra irrupción inesperada. Pedí unos días para reflexionar. Oré, consulté y, además de mi incompetencia, no hallé otra razón para oponerme. Por lo demás, «el límite de incompetencia» de Peters hace mucho tiempo que lo he traspasado. Dentro de poco tiempo termino el período en este cargo y de nuevo me queda por delante el futuro desconocido.

A lo largo de todas estas experiencias he podido comprobar cuán bueno es ponerse en manos del Dios que salva. Prescindiendo del acierto o desacierto que hayan podido tener los responsables de todos los cambios inesperados de mi vida, puedo asegurar que a mí esta estrategia divina me obligó a una ascesis de desprendimiento interior y me llevó a colocarme enteramente disponible en manos de la Providencia. Y esto ha sido para mí una fuente de alegría y de paz.

Del deber al amor.—El contacto con América Latina me llevó a la conversión de mi escala de valores cristianos. Desde el noviciado, el nervio de mi espiritualidad lo constituía «el cumplimiento del deber», la sujeción a cuanta norma, regla, precepto hubiera. Era una manera fácil y clara, casi matemática, de «encontrar» la voluntad de Dios sin necesidad de indagar mucho.

Poco a poco fui descubriendo que Dios se encontraba más en las personas que en las normas y fue presentándoseme un

Dios nuevo en el amor de cada persona. El paso decisivo me impulsó a darlo una frase desgraciada que le oí a un Padre europeo, siendo yo estudiante de teología en Buenos Aires. Teníamos entonces los estudiantes la famosa regla de hablar en latín cuando era necesario decir algo en tiempo de silencio. Dicho Padre sorprendió a varios estudiantes hablando en castellano fuera del tiempo de recreo. Se acercó a ellos y les dijo: «Hermanos, durante los cuatro años de teología yo nunca falté a la regla de hablar latín.» Sin embargo, este sacerdote, ya de edad, tenía gran facilidad de palabra cuando se trataba de criticar a los demás.

Este hecho me hizo reflexionar: ¿Cómo es posible que un religioso gaste tantas energías en el cumplimiento de una norma intrascendente y, en cambio, dé tan poca importancia al aprecio y amor a los hermanos, que es el único mandamiento que Cristo nos dio a sus discípulos? El nuevo hallazgo me fue haciendo descubrir el valor de la amistad, de la comprensión, de la hospitalidad, de saber «perder tiempo» para escuchar y, en fin, de apreciar a las personas por encima del orden y la disciplina, de la organización y la eficiencia. Considero que estos valores del pueblo latinoamericano han penetrado muy profundamente en mi vida y han sido desde entonces mi nuevo «deuteronomio». Mis relaciones con Dios y con los hombres han cambiado notablemente desde el momento en que comprendí de un modo existencial que «Dios es Amor».

Del amor a la justicia.—Otro paso importante en mi camino me lo ha hecho dar el contacto que he tenido, a lo largo y ancho de la geografía del Continente, con multitud de personas que están buscando dar una respuesta evangélica a la realidad de pobreza injustamente institucionalizada en que vive la mayoría del pueblo. He hablado con multitud de religiosos de todas las naciones latinoamericanas, con obispos, sacerdotes y laicos, y he descubierto una Iglesia «nueva» que está naciendo entre nosotros. Es la Iglesia de Medellín —donde estuve presente como miembro de la CLAR—, que ha ido creciendo y tomando fuerza como una corriente incontenible e irreversible. No todos siguen hoy esta corriente, pero sí los miembros más clarividentes y di-

námicos que han comprendido que la Iglesia está al servicio del hombre.

Visitando Haití quedé muy impactado al contemplar abundantes escenas de miseria: largas filas de mujeres caminando descalzas por la carretera y vestidas de harapos, con grandes cestas en la cabeza, que iban a vender frutas a la ciudad para sobrevivir. Multitud de desocupados por las calles con miradas de impotencia y resignación. Niños demacrados incapaces de aprender la lección por estar anémicos. Familias enteras muertas de hambre... A continuación tuve que hacer escala en Miami, y al contemplar la fila interminable de hoteles de lujo donde los poderosos van a pasar sus vacaciones de invierno no podía borrar de mi mente los niños demacrados y las filas de mujeres con sus cestas en la cabeza. La realidad de Haití fue para mí como «el sacramento de la pobreza» que expresa de modo concentrado y violento lo que en mayor o menor grado ocurre en toda América Latina.

Al pasar por los diversos países he tenido especial interés en conocer y visitar a los religiosos que trabajan en zonas marginales. He quedado fuertemente impresionado de la situación infrahumana en que viven grandes sectores de la población en el campo y en las periferias de las ciudades: el desempleo, las enfermedades, el analfabetismo, la mortandad infantil, los contrastes entre ricos y pobres. En esta situación en que el 70 por 100 de la población vive en la pobreza y en que 120 millones de habitantes están en auténtica miseria, el amor cristiano en América Latina se ha de traducir en justicia, en lucha por la justicia al lado de los pobres. Como tantos religiosos, yo siento la interpelación desde el mundo de los pobres y ya no puedo entender que la evangelización no se preocupe de la salvación integral del hombre ni que, en esta situación, pueda haber una teología que se mantenga en los principios abstractos y no promueva la liberación total, ni que pueda contemplarse el mundo desde otra perspectiva que no sea la de los pobres. Lamentablemente, por mi trabajo no he podido insertarme entre la gente humilde, pero es un anhelo que espero realizar en el futuro como exigencia para lograr la autenticidad evangégica de mi consagración.

Pasó haciendo el bien.—En último término, la vocación religiosa es un modo concreto del seguimiento de Cristo. Es su amor el que inspira y anima la entrega, el que da sentido a la soledad y al sufrimiento, el que justifica el trabajo por los demás, el Unico que da plenitud a la vida.

Pero la rica personalidad de Jesucristo tiene para cada uno ciertas facetas más atractivas que constituyen como el ideal en su seguimiento. De todo lo que se dice de Jesús, a mí lo que más me gusta es la descripción que San Pedro hace como de paso y que resume toda su vida: «Pasó haciendo el bien» (Hech 10, 38). Es el primer pensamiento que se me ocurre cada día al despertarme y que se convierte en oración: «Señor, que en este día pueda hacer mucho bien a las personas que se crucen en mi camino.» Me gustaría que hubiera mucha gente que se sintiera un poco más feliz a mi paso por su vida, quisiera ser testigo de la Bondad del Padre, como lo fue Jesús, siempre disponible para ayudar a los necesitados, para sanar corazones heridos, para infundir paz y esperanza, para ponerme al lado de los oprimidos, para hacer un mundo más fraterno.

La persona de Jesús ha ido centrando cada vez más las aspiraciones de mi vida y mi deseo es dedicar todo mi tiempo, mis ilusiones y energías a la Causa del Evangelio. En los momentos de cansancio o desánimo, en los golpes inesperados de la vida o frente a las situaciones dramáticas, inexplicables, de tanta gente; en fin, en tantas ocasiones en que los acontecimientos te obligan a tocar fondo y a preguntarte por el sentido de la vida..., emerge la persona de Cristo como la Unica Esperanza: «¿A quién iremos, Señor? Sólo Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68).

Mi trabajo principal es en el campo de la espiritualidad, concretamente con jesuitas, y sobre todo con religiosas. Charlas y cursillos sobre temas de vida religiosa, retiros espirituales, conversación personal, clases de teología espiritual, etc. Y en esto me siento plenamente realizado como religioso y sacerdote. Es para mí un gozo acompañar a otros en su crecimiento personal, en su compromiso con los pobres, en su búsqueda individual o

comunitaria de las exigencias de Dios. Y mi mayor satisfacción es cuando pueden decirme con sinceridad que me sienten a su lado como un verdadero hermano.

Me gustaría que, al morir, pudieran escribir sobre mi tumba con toda verdad: «Pasó haciendo el bien.»

De todo lo dicho se puede fácilmente entender que para mí la Vida Religiosa consiste en un seguimiento de Cristo con radicalidad evangélica, que exige la entrega de toda la persona al Reino de Dios para ponerse al servicio de los hermanos por amor. Esto se realiza en comunidad y de acuerdo con el carisma propio, en comunión y como parte activa de toda la Iglesia.

Para mí, la Vida Religiosa no sólo sigue teniendo sentido, sino que hoy lo tiene de un modo especial, como uno de los momentos más privilegiados de la historia, con tal que se renueve audazmente en su espíritu y en sus estructuras para dar una respuesta nueva al hombre de hoy. La vocación religiosa tiene hoy todo el atractivo y la fascinación de la «novedad evangélica». Es un ir encontrando nuevos sentidos al llamado de Dios, a medida que uno va descubriendo su rostro en cada persona y en cada acontecimiento de la historia. Por eso no pasa, como no pasa el Evangelio.

Vivir hoy la Vida Religiosa es ofrecer una respuesta desde el espíritu de las bienaventuranzas. Es vivir profundamente la experiencia de Dios para hacer que el mundo transparente la presencia salvífica del Padre. Es anunciar con la palabra y con la vida que el Reino de Dios ya está presente en este mundo y que hemos de trabajar para que crezca y se exprese en la fraternidad humana hasta que alcance su plenitud más allá de la historia, en Cristo Resucitado.

Si sigo siendo religioso es, pues, porque considero esta vocación como un don muy grande de Dios que da pleno sentido a mi vida hoy y aquí.

Hacia dónde debe ir la Vida Religiosa

Pasando de lo personal a una visión más amplia y objetiva de la Vida Religiosa, especialmente en América Latina, señalaré los cauces por donde, a mi parecer, debe ir y por donde comienza ya a ir la Vida Religiosa.

La Vida Religiosa se ha distinguido siempre por ser un signo profético en medio de la Iglesia y del mundo. Ella pertenece a la «vida», al aspecto carismático de la Iglesia. Y por eso en los momentos de cambio ha estado siempre en la vanguardia de la renovación. Ha tenido una especial sensibilidad para captar las situaciones y urgencias del momento para acudir con espíritu evangélico a remediar esas necesidades. También en este momento debe estar en el «vértice de la conciencia cristiana» (ET 19), y de hecho en América Latina son un buen número de religiosos los que están abriendo caminos nuevos para ser fieles al Señor.

Hoy la Vida Religiosa exige radicalidad en la opción. En otros tiempos resultaba más fácil ser fiel. Había un régimen de vida rigurosamente estructurado que a la vez nos protegía y nos frenaba. Bastaba sujetarse a ese orden para perseverar. Hoy —a Dios gracias— muchas de estas estructuras han caído y nos hemos encontrado como a la intemperie, sin protecciones externas y teniendo que actuar por convicción personal en ambiente de libertad. Esto nos ha conducido a una experiencia de Dios mucho más realista y encarnada en la vida, a una vida de fe más intensa y existencial, en continua contrastación con los criterios mundanos del poder, el placer y la riqueza y a un continuo optar voluntariamente por el Señor. Sin duda se requiere una fidelidad mucho más consciente y madura.

Es una Vida Religiosa más difícil que excluye las ambigüedades y la mediocridad como un contrasentido. Quien pretende vivir a medias su vocación sufre una escisión interior que puede conducirle a la angustia o al abandono de su camino. Es fácil profetizar que en los próximos años la Vida Religiosa seguirá disminuyendo en número y aumentará en selección y autenticidad.

Los últimos seis años de dedicación completa al trabajo de la CLAR me han dado la ocasión de asistir a muchos encuentros, asambleas, seminarios, de tener muchas conversaciones personales, etc., y he podido compulsar las tendencias y aspiraciones de muchos religiosos. Me han llamado la atención tres fenómenos que se repiten constantemente:

1. Ante todo la pujanza y vitalidad de la Vida Religiosa que brota por todas partes como una vegetación tropical exuberante, buscando retomar la inspiración inicial para adaptarla mejor a las nuevas exigencias del mundo de hoy. Se han ampliado los horizontes, hay creatividad de nuevas formas de oración y apostolado, nuevos ministerios, transformación de obras, presencia en nuevos lugares y participación en nuevas responsabilidades. Donde hay una nueva necesidad, allí están los religiosos intentando dar una nueva respuesta.

2. La maravillosa coincidencia de todas las Conferencias nacionales y de muchos religiosos más concientizados en señalar las mismas líneas o aspectos más significativos de la Vida Religiosa actual que trazan ya el camino para la Vida Religiosa del futuro. Lo que dicen, por ejemplo, los religiosos de Chile es exactamente lo mismo que dicen, y con las mismas palabras, los de Brasil y los de Guatemala y los del Perú. Y esto no se puede atribuir a organización o a consignas, sino que es muestra de la acción del Espíritu que renueva la faz de la tierra.

3. Un tercer aspecto común es que la Vida Religiosa en América Latina mira hacia fuera de sí misma para entender cómo hay que vivir dentro. No se comprende una Vida Religiosa encerrada en sí misma. Nuestra vida no es para nosotros, sino para la Iglesia y para el mundo. Por eso, para saber cómo hay que vivir hoy nuestro carisma específico miramos alrededor, a la situación socio-político-económica de la sociedad, a la realidad de la Iglesia, y nos preguntamos cómo traducir al momento actual la intuición primera de nuestros fundadores.

Descendiendo algo más a lo concreto, voy a señalar las tendencias más significativas de la Vida Religiosa en el Continente.

A esta síntesis se ha llegado gracias a la participación de muchos religiosos, y especialmente de las Conferencias nacionales, mediante sus equipos de reflexión teológica. Se ha intentado hacer no una radiografía sociológica de lo que hacen los religiosos, sino una toma de pulso para descubrir en la Vida Religiosa actual las líneas dinámicas que se proyectan hacia el futuro y que se van consolidando cada día más. No haré sino indicarlas brevemente:

Opción por los pobres

Entre todas las tendencias, la más llamativa es la opción por los pobres. A medida que los religiosos han abierto los ojos a su alrededor han ido comprendiendo que su misión evangelizadora no puede despreocuparse de ningún aspecto esencial de la vida del hombre.

Esta opción se entiende como una *solidaridad,* un ponerse al lado del pobre para mirar el mundo desde su perspectiva, sea cual fuere el lugar geográfico en que uno trabaje. Es también un *compartir* con el pobre la propia cultura y los bienes materiales. Cada vez más la pobreza religiosa deja de concebirse como «no tener» para entenderse como compartir lo que uno es y tiene con los que no tienen. Y significa también *convivir* con el pobre, encarnándose lo más posible en su nivel de vida, sus problemas y anhelos para acompañarle en su lucha por ser más.

Se trata, en síntesis, de vivir mejor la *encarnación,* que exige un compromiso de defensa de la justicia, vivido comunitariamente, en un estilo de vida más sencillo y fraterno, teniendo como motivación última el seguimiento de Cristo pobre.

Dentro del mismo sentido de la encarnación está la adaptación al modo de ser latinoamericano con su escala de valores, con su concepción de la vida consagrada, con la idiosincrasia de las personas que la han de vivir. Se están realizando esfuerzos en este campo, pero se prevé que la inculturación y adaptación de la Vida Religiosa ha de ir mucho más allá.

Asimismo se prevé que la opción por los pobres irá extendiéndose e intensificándose cada vez más en el futuro hasta impregnar y transformar todos los otros aspectos de la Vida Religiosa. Si no fuera por este camino, la Vida Religiosa dejaría de tener mordiente y sentido profético.

Experiencia de Dios

Hoy, como siempre, constituye el corazón de la vida consagrada y está volviendo a tomar el lugar primordial que le corresponde. Pero lo típico de esta experiencia actual es la búsqueda de integración entre oración y vida. No resulta fácil el paso de una espiritualidad individual y de «fuga mundi», que hemos heredado del pasado, a un encuentro con Dios en los hombres y en la historia. Sin olvidar la oración en soledad, se busca convertir el trato con Dios en una actitud de vida que descubre a Dios presente en la realidad y que conduce a un compromiso con la historia de los hombres.

Así va tomando fueza la dimensión comunitaria de la oración, el discernimiento, el contacto con la religiosidad popular, apuntando con todo ello a ser verdaderos «contemplativos en la acción». La Vida Religiosa del futuro, cada vez con menos clausuras y distancias y más mezclada en la vida de los hombres, exigirá una experiencia de Dios más profunda y existencial.

Misión evangelizadora

La Vida Religiosa tiende a estar menos centrada en sí misma para volcarse más a la misión. Esto trae consigo una inserción cada vez mayor en la Pastoral de Conjunto de las Iglesias locales como miembros activos de la comunidad eclesial. De un modo especial se irá intensificando la comunicación intercongregacional en la formación, en el apostolado.

La misión estará cada vez más comprometida con el hombre, más cerca del pueblo, escuchando y respondiendo a sus desafíos.

Viviendo en comunidades pobres y pequeñas, los religiosos tomarán a su cargo los puestos más duros y difíciles. La Pastoral se entenderá como fuente de liberación integral.

Esto supondrá una constante relectura del propio carisma que lleve a una actitud de continua conversión. De ahí que la Espiritualidad propia de cada familia religiosa será más histórica y encarnada. Y desde el compromiso con la realidad se entenderá mejor el sentido de la consagración religiosa.

Vida comunitaria

Hay una tendencia clara que se irá intensificando cada vez más en el futuro, la de formar comunidades basadas en las relaciones personales de amistad en el Señor y fuertemente orientadas a la misión. Se busca formar pequeñas comunidades con estructuras flexibles, en ambiente de mayor sencillez y de apertura hacia los demás. En ellas se quiere compartir no sólo los bienes materiales, sino también la fe y las experiencias espirituales por un auténtico diálogo. Las relaciones personales basadas en el conocimiento mutuo y en la sinceridad y caridad, con una nueva imagen de la autoridad como centro de comunión y servicio.

Comunidades con espíritu contemplativo, capaces de descubrir en la vida los continuos llamados de Dios.

Comunidades presentes solidariamente en el dolor y gozos del pueblo, con mayor sensibilidad en el campo de la justicia y los derechos humanos, abiertas para ser evangelizadas. Preparadas en el aspecto teológico, pastoral y social.

Comunidades en comunión y relación con otras comunidades religiosas y con comunidades de base, ayudando así a la formación de una red eclesial de comunidades.

Formación inicial y permanente

La formación es una de las mayores preocupaciones de los responsables de la marcha de la Vida Religiosa. Los cambios obrados y el nuevo estilo de Vida Religiosa que surge exigen repasar las orientaciones y los métodos de la formación.

Se busca una formación más dinámica y creativa. Se centra el interés en la formación de la libertad para una Vida Religiosa con pocas estructuras y con un sentido comunitario mucho más fortalecido.

Una formación más adecuada a la realidad de cada país. De ahí la tendencia a realizarla en el propio ambiente para salvar algunos valores fundamentales, aun cuando se logre menor altura académica.

Se promueven centros de formación con colaboración interna congregacional no sólo por la escasez de recursos humanos, sino también por un mayor sentido eclesial.

Se tiende a buscar un nuevo tipo de formadores capaces de trabajar en equipo y de animar la comunidad formadora.

La formación permanente es una necesidad sentida, especialmente para quienes estudiaron o recibieron la orientación de otra teología distinta de la actual. Se organizan cursos de renovación tanto a nivel Institutos como de Conferencias nacionales de religiosos, con una tendencia a intensificarse e institucionalizarse.

Conclusión

Mirando al futuro se llena el corazón de esperanza: la Vida Religiosa será más ágil y dinámica, más simple e inspirada directamente en las fuentes del Evangelio y del carisma fundacional, más realista y encarnada en el mundo de los pobres, más contemplativa en la acción, más inserta en la Iglesia local y universal, más fraterna y abierta.

Hay una corriente vital que está transformando grandes sectores de la Vida Religiosa y que procede del Espíritu. Es una vida nueva que lo invade todo y que ya no se puede detener. Era necesario despojar a la vida consagrada de ropajes con olor a naftalina que heredó de los antepasados y que no eran sino adherencias históricas y geográficas ajenas a la inspiración inicial. Ahora se vuelven a respirar aires nuevos que traen el frescor de la primera intuición y colocan a la Vida Religiosa de nuevo en estado naciente, lleno de promesas y esperanzas.

Todo esto no conducirá a la destrucción de los valores especiales ni convertirá a la Vida Religiosa en una Institución diluida y despersonalizada. Todo lo contrario llevará a un estilo de vida rejuvenecido, vigoroso y dinámico, capaz de entusiasmar a muchos jóvenes que deseen entregar su vida por la causa del Evangelio.

Mateo Perdia, cp.

Argentino, nacido en 1927, con orígenes croatas en su familia. Pasionista desde 1946. Sacerdote desde 1952. Licenciado en Sagrada Escritura en Roma. Profesor en el estudiantado pasionista de Chicago y luego en alguna Facultad Teológica argentina. Superior Provincial de la provincia argentina. Vicepresidente de la Clar en el sexenio 1973-1979. Actualmente Presidente de la Clar y Asistente General de la Asistencia Argentino-brasileña en su congregación.

¿Por qué soy religioso?

La pregunta es como una invitación a determinarse en el camino, mirar hacia atrás y descubrir los móviles que, en esa lejanía envuelta ya en una bruma, me determinaron a emprenderlo. Es casi internarse en la propia infancia, transcurrida feliz en el seno de una familia numerosa de inmigrantes campesinos.

¿Por qué un día, a los doce años, me alejo de la familia que quiero y de esos campos llanos y fértiles, que hasta el día de hoy me encantan? ¿Qué sabe a los doce años un muchachito de campo sobre la vida religiosa y el ministerio sacerdotal? Ciertamente, el término «religioso» no me decía nada. Algo más me decía «sacerdote». Cada mes venía un Pasionista, que atendía pastoralmente la zona con sencillo espíritu misionero. Ser «sacerdote misionero» para mí tenía nombre concreto: los úni-

cos que con ritmo mensual veía por mi escuela, mi capilla... Los admiraba, los quería, como los apreciaban mis padres, mi maestra, los vecinos. Simplemente quería «ser como ellos».

Mi primera decisión se formula en términos de «irme con los pasionistas». Ciertamente no tenía ni podía tener otra imagen de religioso y de sacerdote que la transmitida por esos dos o tres pasionistas que se sucedían en la atención mensual de la zona. Este acontecimiento vivencial tuvo toda la fuerza y dinamismo de un ideal. Y un día tomé el tren... lo demás fue «sobre rieles».

La Comunidad religiosa sabía bien qué quería de sus candidatos. En aquel tiempo todo era más sencillo. No había tantos *cuestionamientos* y había que ponerse en serio en la tarea de adquirir las virtudes cristianas... En todas las comunidades se leía a Rodríguez *(Ejercicio de Perfección)*. Esa espiritualidad no llegó a penetrar en nosotros. La cotidiana meditación de la Pasión y el contacto con la espiritualidad de San Pablo de la Cruz ha sido otra vertiente, la más decisiva en la configuración del ser religioso del grupo que integraba. Esta vertiente alimentaba el ideal misionero y la vida de la comunidad. ¡Cómo se deseaba terminar esos serenos años de formación para integrarse a los grupos que salían a misionar!

Mis mayores me formaron con suficiente sentido de comunidad como para no sufrir frustraciones al dedicarme a la enseñanza. Había suficiente sentido de «cuerpo» como para sentirse parte del proyecto, aunque la tarea que ejercía no era la primaria de mis aspiraciones originales.

Por once años enseñé exégesis. Creo que el constante contacto con los jóvenes hizo más llevadero el período de los grandes cambios. Constantes planteos e interrogantes, cuyas respuestas no tenía. Era algo nuevo, desafiante, a veces fastidioso. Descubrir lagunas en la visión de esa realidad que uno ama puede ser frustrante. Pero una de las posibilidades que brinda la vida religiosa es que se emprende el camino con otros..., incluso el camino que lleva a internarse en áreas menos claras, pero con la confianza del que no tiene nada que perder.

Aquellos años, cuando se planteaba qué sentido tiene la vida religiosa, no eran ciertamente buenos para una actitud conformista. Por entonces mis hermanos me eligieron superior provincial. Hacía dos años que había concluido el Concilio y el proceso de renovación de la vida religiosa buscaba su camino sin un rumbo claro y con muchas frustraciones y polarizaciones. Era el año de «Populorum Progressio» y ya se preparaba Medellín. Los religiosos latinoamericanos progresivamente adquiríamos una nueva conciencia eclesial y una nueva comprensión de su emisión.

Dimos un paso adelante cuando salimos de una actitud introspectiva. Disminuyeron los conflictos domésticos y en buen número hemos sentido el reto de una historia particularmente conflictual.

Estos años de crisis intensa para muchos fueron dolorosos. Pero ciertamente no fueron estériles. Los institutos religiosos experimentaron la necesidad de caminar y reflexionar juntos. Las Conferencias de religiosos adquieren mayor vitalidad y la presencia del conjunto de la vida religiosa se inserta con más coherencia en la tarea y misión de la Iglesia. Entenderse como parte del Pueblo de Dios, en medio de los hombres, enriquece y hace más concreto el ideal religioso que se expresa en la consagración a Dios. Ser religioso es simplemente una forma peculiar de ser cristiano. La vivencia de los votos hace desconcertante su presencia en medio de los hombres y en su misma consagración a Dios encuentra la dirección más penetrante de su servicio, cuando sus gestos y palabras, engendrados en la oración, reconocen una única dependencia: el Dios Padre que su Hijo Jesús nos reveló.

Hoy, cuarenta años después de dar los primeros pasos hacia la vida religiosa, miro con más entusiasmo este «proyecto» de vida cristiana. Nuestra gente sencilla y humilde nos ha enseñado, desde su pobreza, un estilo de vida, valores evangélicos y hasta rasgos de espiritualidad que hace más atractiva y «más cercana» la vida religiosa. Ellos esperan de nosotros que seamos simplemente «hombres y mujeres de Dios», que les digan qué

es lo que Dios quiere en las situaciones concretas de su existencia y que les ayuden a ser fieles. Esperan de nosotros los «juicios de Dios», porque nos entienden y nos quieren como anclados en la intimidad de Dios.

Esto no es nada fácil. Pero ¿quién puede negar que es una vocación apasionante?

Zoila Prado

Nacida en la ciudad de Guatemala en 1928, ingresó en la congregación de las Carmelitas Misioneras de Santa Teresa, donde adoptó el nombre de hermana Marina Elisa de la Sagrada Familia. Con su tesón e iniciativa se ha llevado adelante «Karmelpabey», experiencia de formación de vocaciones indígenas sin desplazarlas de su propio ambiente (experiencia que ha sido recogida en la revista «Vida Religiosa», 15 diciembre 1979, páginas 444-448). «Te aseguro que es la primera vez que escribo sobre mí misma y no sé cómo va a salir, pues no sé escribir. Pero nunca me ha gustado negarme...»

¿Por qué soy religiosa?

Mi nombre completo es Zoila Marina Prado Alfaro y al ingresar en la congregación me cambiaron por hermana Marina Elisa de la Sagrada Familia. Nací en la ciudad de Guatemala, el 8 de mayo de mayo de 1928.

Desde muy pequeña fui probada en el crisol del sufrimiento, pues después de cumplir tres años fui separada de mi madre por haber enfermado ella y no regresé a su poder hasta los seis y medio. Luego, como ella trabajaba, estuve internada toda mi primaria y otros años más con las Hermanas de la Caridad. A los dieciséis años salí del internado y empecé a trabajar en hospitales, en oficina administrativa, como ayudante de mi madre; luego me trasladaron a otro hospital, siempre de las Hermanas

de la Caridad; estudié laboratorio clínico, banco de sangre y un poco de enfermería. A los veinte años salí a trabajar sola en algunos pueblos y preferí seguir así, pues había más oportunidad de servir mejor en toda forma a los pobres, principalmente en poblaciones indígenas. Como pertenecía a la Asociación de Hijas de María, llevaba una vida bastante cristiana y así también ejercía mi apostolado en los hospitales y en barrios marginados.

No obstante, llevaba una vida común como todas las muchachas, asistiendo a reuniones, fiestas, cines, paseos, etc., pero el matrimonio no me llamó la atención, ya que deseaba servir a todos con libertad y, por lo tanto, no podía sujetarme a una sola persona.

Desde pequeña, más o menos de doce años, sentí mucho amor por Jesús, aunque no con deseos de ser religiosa, pero sí me atraía todo lo que se relacionaba con su culto, y aun más pequeña gozaba con cantar en la iglesia, llevar en el rezo mariano del mes de mayo, pues también amaba mucho a la Santísima Virgen. A los ocho años pertenecí a la Asociación de los Angeles, que cultivaban las Hermanas de la Caridad con las niñas, pues yo con ellas estudié en una escuelita bastante pobre, y en todo trataba de cumplir lo mejor posible, no porque me lo mandaran, sino porque me gustaba mucho y, por lo tanto, no me costaba.

Como siempre estuve interna, iba a misa a diario, aunque no era obligatoria, y así seguí durante mi adolescencia y juventud. A los veinte años me consagré como Hija de María, también en la Asociación que tienen las Hermanas de la Caridad, y, aunque con muchos sacrificios por el trabajo, trataba de cumplir lo mejor posible. Así siento que fui creciendo en el amor al Señor y siempre que podía iba a misionar con un Padre misionero a los pueblitos cercanos cuando tenía mis días libres. Era tanto lo que me gustaba que planeamos con ese Misionero fundar una congregación para trabajar en Guatemala, velando por los niños huérfanos y desamparados, por los ancianitos, que también sufren tanto desamparo, y por las pobres mujeres de mala vida, que muchas veces están en esa situación, ya sea por

necesidad o ignorancia, y que ellas trabajaran para sostener esas dos fuentes necesitadas y las Religiosas al frente, pero lamentablemente no contábamos con medios; yo me fui a trabajar lejos y todo quedó en el sueño.

En mi afán de servir a todos con más amor y de entregarme del todo al Señor, solicité ingresar en la Congregación de las Hermanas de la Caridad, pues eran las únicas conocidas en Guatemala en aquella época, pero por no ser legítima no me admitieron. Después, por el Año Santo, me comunicaron que había una dispensa especial y que solicitara de nuevo, pero ya no quise; no cabe duda que no me quería allí el Señor. En el año de 1956, trabajando en un sanatorio de niños tuberculosos, a quienes amé muchísimo, una amiga me llevó un libro de Santa Teresita, «Historia de un alma», y allí encontré retratados mis anhelos de querer ayudar a todo el mundo, pues siempre he sentido ese amor por los más pobres y necesitados, y claro que lo hacía en cualquier medio que me encontrara, pero no estaba satisfecha y quería abarcar más, y al leer su lema de «*En el corazón de mi Madre la Iglesia yo seré el amor*», me llenó de tal manera que me sentí atraída hacia el Carmelo. Esa amiga me comunicó con un sacerdote amigo, y por más congregaciones que me insinuó ya no me llamaron la atención, y hasta la fecha no cambiaría por todo el oro del mundo mi vocación de Carmelita Misionera. En San Salvador hice mi postulantado y noviciado, ingresando el 7 de diciembre de 1957; luego profesé el 10 de julio de 1960 y fui enviada a una casa de salud en Tegucigalpa, en donde trabajé doce años en la enfermería. También tuve la oportunidad de trabajar en misiones en barrios marginados. Después fui trasladada a un hospitalito en la Misión de Sololá-Guatemala con indígenas, y fui allí donde dio principio la experiencia de vocaciones indígenas.

Además, deseaba amar tanto al Señor y estar más unida a El que quise entrar en la clausura, pero por mi escasa salud no fui aceptada, pues el Señor me ha tenido siempre presente en el dolor, pero lo he tomado como un acercamiento más a El, pues debo confesar que no soy amiga de las penitencias, y entonces El se encarga de purificarme para poderme unir más a El. Bendito

sea. Así que, en conclusión, creo haberme hecho religiosa para «*amar más al Señor, en El y en mis hermanos, especialmente en los más pobres y humildes*».

Puedo agregar que mi vida ha sido sencilla, común, de sacrificio, pues, además de la cruz de la enfermedad, he llevado la cruz de la soledad, pues crecí sola, pero creo que me ha servido para comprender más y mejor a los que también la sufren. También me ha unido más a Dios, pues desde que me sentí sola a los dieciocho años, cuando se casó mi madre, me acogí a la Sagrada Familia y ha sido mi devoción especial; para todo acudo a Ellos y nunca me han defraudado. Tampoco he escatimado sacrificios por servir a mis hermanos, especialmente a los enfermos. Mi vida ha sido de servicio, con amor.

Para mí la vida religiosa es una vida de amor, en sencillez y alegría, ya que si poseemos a Cristo debemos manifestar alegría; en una palabra, llevar una vida evangélica, en una entrega total al amor y servicio a Dios y a los hermanos. Sólo haciendo vida el Evangelio podemos ser verdaderos testigos de Cristo, pues ya la gente no quiere tanto las palabras, sino ver la vida que llevamos.

Sigo siendo religiosa porque soy plenamente feliz en este estado de vida. Me siento realizada en mi vocación de Carmelita Misionera de Santa Teresa; cada día me enamoro más de mi vocación, ya que va muy de acuerdo con el ritmo que lleva la Iglesia en su renovación, después del bendito Concilio Ecuménico Vaticano II.

¿Hacia dónde debe caminar la Vida Religiosa?

Para mí, la misión de la Religiosa es llevar a todos con la palabra, y más aún con la vida, el mensaje de salvación para que todos conozcan a Cristo y puedan gozar de su amor. Pues aunque El nos ame a todos, no lo pueden gozar de la misma manera en la ignorancia que sabiendo y conociendo lo que Cristo hace y vino a hacer por todos y cada uno de sus hijos; asimis-

mo, el amor del Padre y la función de su Espíritu. En una palabra, la Religiosa debe trabajar por la extensión del reino de Dios y el bienestar físico, moral y espiritual de todos los hombres.

En mi parecer, la principal exigencia que el futuro plantea a la vida religiosa es una entrega *total* en un desprendimiento de sí mismo y *auténtico* para servir a los pobres, con los pobres y desde los pobres. Pienso, y por lo que veo, que si estamos atadas con mucha comodidad e intereses, esto nos obstaculiza para la entrega; se debe desprender uno hasta de lo necesario muchas veces y de sí mismo para poder darse de lleno, pues si sólo damos pero no nos damos no logramos mucho. Hoy más que nunca el mundo exige *autenticidad,* y muchas veces por no querer romper con estructuras no podemos llevarla a cabo. También debemos ser *sinceros* principiando con nosotros mismos o revisar si realmente es el Evangelio lo que estamos viviendo, pues adornamos mucho las Constituciones y la esencia del Evangelio queda muy envuelta y escondida y, so pretexto de cumplir leyes, por temor al sacrificio, no nos enfrentamos a la realidad que nos exige el mundo actual.

Creo que ya es hora de bajarnos de los pedestales que nos hemos formado muchas veces en la vida religiosa y que no nos dejan ver de cerca las necesidades de nuestros hermanos; sólo viviendo con ellos de cerca podemos comprenderlos, animarlos y ayudarlos para llevarlos a Dios. Pero debemos ser prudentes y no hacernos a ellos para quedarnos con y como ellos, sino para ayudarlos a superarse y, repito, para llevarlos a Dios.

No me opongo a que este camino es duro y expuesto; para unos será más y para otros menos, según el amor, pues es el motor que lo mueve todo, pero con la fuerza de la oración (desde luego que es indispensable a todo apóstol) se vencen todas las dificultades, pues, como dice San Pablo, y a mí me ha ayudado mucho esta frase: «*Todo lo puedo en Aquel que me conforta*», y también nos debe animar que «*todo es posible al que ama*».

Margarita Riber, mr.

Nació en Segovia en 1923. Estudios universitarios en Madrid. Doctorado en teología en Roma. Profesor en diversos Institutos Teológicos y en Escuelas de Catequistas de Madrid, San Sebastián y Valencia. Colabora en diversos periódicos y revistas. Ha publicado varios libros. Actualmente trabaja como notario eclesiástico de la Vicaría General del Arzobispado de Madrid y en la redacción del semanario diocesano «Iglesia en Madrid». «Soy religiosa del Instituto de María Reparadora desde 1944 y espero serlo hasta la muerte.»

Francamente desde siempre me he sentido llamada y siempre me he imaginado como «monja». Tendría yo unos seis años y mi abuelo, hombre religioso y de gran valer, decía repetidas veces a mi madre —por ejemplo, a la vuelta de las caminatas que él y yo hacíamos por los montes—: «Esta chica se te va monja.» Y mi madre siempre respondía con un gesto indefinido. Por ese tiempo ya iba a un colegio de religiosas de la ciudad de Segovia; me encantaba estar entre ellas. Las miraba con una admiración silenciosa, me atraía mucho lo misterioso y fascinante que adivinaba en ellas. Luego, a los ocho años, pasé como interna a un pensionado de las afueras de Madrid, concretamente en Chamartín de la Rosa, donde las religiosas del Sagrado Corazón dirigían un centro.

Me producen alegría los siete años pasados allí. Allí me fui abriendo a todo: a las bellezas del mundo, a los valores cristia-

nos, al gozo de vivir y a la amistad. Recuerdo con singular emoción que allí sentí las primeras vibraciones por el mensaje religioso, por lo sagrado. También tengo que añadir que los años de educación en Chamartín también supusieron para mí una conciencia clara de futuro en la vida religiosa, aunque por aquel entonces sólo lo imaginaba y deseaba entre las hijas de Santa Magdalena Sofía Barat.

Poco después de salir del colegio pasé a la Universidad de Madrid, entonces llamada Central, que tenía su sede en la calle de San Bernardo, junto al Metro de Noviciado, donde estudié tres cursos de Derecho. Las amistades con chicos y un fugaz noviazgo me abrieron a alegrías y sensaciones inesperadas. Sin embargo, cuando hacía un alto en el camino siempre llegaba a la conclusión de que lo mío era «otra cosa».

Poco antes de abandonar el colegio conocí en Segovia y en Madrid (calle Torija) a las Reparadoras. Inmediatamente sentí un flechazo y una atracción irresistible hacia ellas. ¿Qué veía yo en esas hermanas para desear vivir siempre con ellas y llevar su género de vida? Hoy, casi cuarenta años después, me es muy difícil decir esto de manera neta, sin que se filtren vivencias posteriores. Tal vez fuera un conjunto indescifrable de cosas que veía en ellas, espíritu eucarístico, alegría, sentido de adoración, su... ¿qué más cosas decir? Sólo sé que a los dieciséis años les pedí me dejaran entrar con ellas. La respuesta que me dieron no fue muy alentadora. No me dijeron si me aceptaban, ni si yo les parecía bien; solamente, con evasivas y de forma vaga, me dieron a entender que eso se vería más tarde.

¿Qué hacer mientras? El estudio en la Facultad de Derecho me entretenía simplemente; las nuevas relaciones de camaradería enriquecieron ciertamente mi personalidad y me ayudaron a sentirme más mujer. Mis padres observaban contentos esta metamorfosis con la secreta esperanza de que se esfumaran mis sueños de monja. Pero, ¡qué va!, imposible. Ahí estaban esperándome cada vez que reflexionaba sobre mi destino y la espera se me hacía más larga.

Tenía poco más de veinte años cuando por fin, una mañana de septiembre (el día 7), se me abrían las puertas del noviciado.

Estaba éste en un caserón viejo y destartalado de Segovia y tenía aneja una preciosa iglesia románica del siglo XIII con el título de San Clemente; en él viví cerca de tres años. Era el tiempo heroico de nuestra posguerra, coincidiendo con la tragedia de la guerra mundial. El hambre, el frío, las penalidades que pasamos (incluida la falta de agua) fueron acicate para mi juventud buscadora de ideal. Qué feliz me sentía después de haber esperado tanto a entrar en la vida religiosa. Sentía en mí como una explosión de alegría. Las casi noventa novicias que me rodeaban me parecían todas guapas, listas y, por supuesto, santas. Me veo subiendo y bajando los escalones (porque ambas cosas había que hacer) al ir al coro, dando gracias a Dios por estar rodeada de gente fantástica que yo no merecía. Así lo viví entonces y no me da vergüenza decirlo hoy. Tampoco me da vergüenza decir que concebía mi consagración religiosa de manera bastante pobre y algo individualista: algo así como que era preciso que yo me santificara para atraer gracias a los demás. Dios nos va iluminando paulatinamente y me llena de gozo el pensar que todavía tengo que recibir luces estupendas. De todas maneras lo pasado no es baldío, ni mucho menos; no son las ideas y las pretensiones las que nos salvan, sino las actitudes y las aceptaciones. Por eso siento muy fecunda mi primera etapa en la vida religiosa y con toda facilidad la identifico con mi presente.

De todas formas el sufrimiento tendría que llegar y llegó. Hacia los veintisiete años comencé a percibir adversidades y pruebas. Les doy este nombre cursi, pero en ellas quiero significar circunstancias objetivas que yo no sabía comprender y mucho menos integrar en mí. Tampoco sé si esas circunstancias emanaban de mi limitación o de las que me rodeaban. Más probablemente, de ambas causas conjugadas. Lo cierto es que mi discurrir, antes suave y risueño, cambió por otro ritmo pesado y penoso. Yo era percibida por mis hermanas como alguien poco humilde, sabihondilla, que aprovechaba toda ocasión para dar lecciones y para no aceptar trabajos modestos. Con tal etiqueta era designada y luego fichada en los altos archivos. Los conocedores de los mecanismos automáticos de las llamadas ascéticas de entonces («contrapesar») se imaginan el destino que me cupo

por un tiempo. No pretendo culpar a otros (probablemente yo hubiera obrado igual ante los supuestos casos); solamente quiero describir lo que yo vivía entonces. Lógicamente, esta prueba producía distintos y alternativos efectos en mí: unas veces desánimo y tristeza, otras ansias de huida, otras intentaba racionalizar todo para superarlo. Voy a dejarme de palabrejas y voy a intentar describir lo que era en mí el sentimiento dominante, solamente conseguido desde otra dimensión que no era precisamente la psicológica. Sentí que se fraguó la hondura de mi fe, sentí poco a poco que se hacía en mí una capacidad para orar, para percibir a un Dios cercano y operante. Curiosamente, esta temporada de casi total aislamiento con el exterior ha sido la que ha abierto en mí una solidaridad y una antena especial para los hombres, sus sueños y sus problemas. Mi vida espiritual dio un giro de 180 grados hacia la libertad, hacia la comunión y al sentido de la historia. De este tiempo data también mi familiaridad y conocimiento de la Biblia, la cual leía un promedio de dos horas diarias. No puedo decir más que este tiempo de cruz ha sido para mí el comienzo de mi conversión y de abrazar la fe.

Todo pasa, y pasaron los años difíciles. Pasado aquello, me han venido después ocasiones de «afirmarme y realizarme»; me alegra decir esto, pero no lo sobrevaloro. No absoluticé la carencia de ello, menos aún quiero hacerlo con la posibilidad de desarrollarme, sobre todo viendo a tantos de mis hermanos hambrientos de la cultura más elemental. Tampoco ignoro que los humanos necesitamos aceptación y afirmación a lo largo de nuestra vida, pero quiero situar todo esto en un amplio marco de valoración: el de la buena nueva anunciada a los pobres. He trabajado muchos años en Sagrada Escritura y en Catequesis, enseñándolos en diversos sectores; he escrito en revistas y algún librillo; sin embargo, la orientación de mi vida está en dos cosas. Voy a referirlas; están tan pegadas a mí, que las tengo que referir como anécdotas o experiencias, no sé de otra forma.

Una es la experiencia sencilla, cuotidiana, vivida con cinco hermanas más de mi congregación. Oramos, trabajamos, nos amamos, nos soportamos, soñamos juntas y seguimos siempre adelante, aunque alguna vez reñimos, pero nunca va la sangre al

río. Junto a ellas he descubierto rincones inesperados de mi vocación religiosa como familia de fe inserta en el afán de nuestro mundo.

La otra experiencia o anécdota me sucedió hace unos siete años en la capital del Turia, en el seminario diocesano de Moncada. Era yo la profesora de un curso de teología concebido para profesores de religión de EGB. Nuestro curso era un grupo muy compacto, que ha buscado comunicarse después de los años. Dentro del grupo había una directora de colegio que yo admiraba mucho —para mayor abundamiento, era viuda y madre de tres adolescentes—, que me dijo unos días antes de acabar el curso: «¿Me escribirás, Margarita? Lo deseo, porque me has dejado impacto.» No di mayor importancia a la frase, que me pareció un cumplimiento de despedida. Pero en el momento del adiós volvió a repetir algo parecido. Desconcertada, le pregunté: «Irene, ¿en qué?» «Como mujer de fe. Siempre te recordaré así.» Aquellas sencillas palabras partieron mi vida en dos. Era lo que yo siempre había buscado, sin saber darle nombre. Antes había caminado buscando un sentido y un porqué. En ese momento lo había encontrado y se me mostraba como una invitación a seguir, intentando además el comunicar a los demás algo de esta alegría y de este porqué. Ese día ha quedado en mí como el momento en que he recibido un mayor don de Dios.

Ya no sé qué decir más. Mi vida ahora es sencilla, no tiene complicaciones, aunque advierto que la vida religiosa como tal se presenta a los demás muy cuestionada y poco aceptada. Estamos en las vísperas de un alumbramiento, mientras todavía nos quedan por derrumbar algunos andamios y montajes inútiles. Eso va viniendo y no me preocupa aunque purifique mi «seguridad». La vida religiosa en sí la veo espléndida para el futuro, no por el número de más o de menos, sino por su comprensión evangélica. Ahora, a mis cincuenta y cinco años, contemplo la vida religiosa con un sentido y un porqué en el mundo que se acerca poco a poco, un mundo tal vez sin petróleo, con energía solar y nuclear, pero espero que con arroyos, con árboles, con peces, con golondrinas. ¿Dónde están ahora las golondrinas, que no vienen las primaveras?

Basilio Rueda, fms.

Superior general de los Hermanos Maristas. Bien conocido por su labor de gobierno, fundamentalmente de animación. Ha publicado varias obras sobre vida religiosa.

Origen de mi vocación

Toda vocación tiene unos orígenes lejanos. Si yo quisiera referir la historia completa de la mía, tendría que hablar ante todo de mi familia. En efecto, esa pequeña célula social en la que me encontré inserto vino a constituir un excelente caldo de cultivo vocacional. Y no es que ese medio favorable condicionara mi vocación en sentido de una orientación casi impuesta o privilegiada; debo, sin embargo, afirmar que el clima humano y espiritual que en él reinaba la facilitó enormemente.

Pero no quiero detenerme aquí en consideraciones que pudieran resultar un poco al margen del tema. Baste decir que, a la edad en que uno es ya en cierto modo una persona mayor, yo era un muchacho que vivía mi juventud con plena euforia vital,

con un dinamismo desbordante, sin predilección particular ni por la piedad ni por el estudio o el trabajo. Me sentía simplemente atraído por todo aquel mundo de ideales, sueños, aspiraciones y actividades que eran capaces de cautivar a un joven en la primera mitad del siglo XX.

Puedo asegurar que se trataba de elementos sanos, aunque casi totalmente limitados a lo humano, con ciertos matices de otro orden que debo considerar como un don directo del Señor y como fruto de una educación cristiana familiar y escolar.

Este «más allá de lo puramente humano» lo podría hacer girar en torno a dos puntos que polarizaban mi orientación: por un lado, se daba en mí una gran sensibilidad de corazón por todo lo que fuera noble y altruista, y me sentía inclinado a ocuparme de las personas en dificultad. Esta manera de ser me hacía en ocasiones hasta intolerante o provocaba mi indignación cuando veía a la gente insensible o poco generosa para ayudar a los demás con su dinero, tiempo, servicios, etc.

Por otra parte, yo soñaba con un gran ideal. Era algo muy vago. A pesar de mi vida ordinaria, que discurría entre el dejarme llevar y los entrenamientos, sin una dedicación a un trabajo concreto, no me resignaba, sin embargo, a un porvenir mediocre. Mi ilusión era llegar a ser un gran intelectual o consagrarme a una grande causa.

En mi ideal había un poco de todo, excepto el elemento religioso, por el cual no sentía mayor interés. Me atraía, sin embargo, la devoción a María, y, a pesar de mi repugnancia natural por las largas oraciones en familia, rezaba espontáneamente el rosario cuando me encontraba solo, por ejemplo al ir o regresar del colegio.

En la construcción de un porvenir más o menos quimérico, tal como lo puedo comprender ahora, lo que privaba no era tanto una motivación de autopromoción cuanto el simple crecimiento natural de un ser en pleno desarrollo, que se sentía a disgusto frente a la mediocridad y pronto a la defensa de las grandes causas.

Esto es, pues, lo que bullía en mí, inmerso en un medio de educadores cristianos a los que estimaba profundamente. Nunca, sin embargo, pasó por mi mente la idea de imitarlos o de unirme a ellos para compartir sus vidas, aunque existían entre ambos unos lazos de solidaridad muy fuertes. Esto prueba elocuentemente la influencia que puede ejercer en la evolución de una vocación el testimonio —incluso no intencionado— de una comunidad religiosa.

¿Por qué estimaba yo a mis maestros? He aquí algunas razones:

> a) Eran unos auténticos educadores: habían hecho de nosotros, los jóvenes, su mundo y su razón de vivir. Se sentían a gusto con nosotros, buscaban nuestro bien, sabían armonizar en sus relaciones con nosotros la firmeza y el afecto...
>
> b) La comunidad constituía una gran familia: el espíritu de familia entre los Hermanos no solamente era el que animaba a este grupo social en sus relaciones más hondas, sino que saltaba a la vista de todos como algo permanente que producía un gran impacto. Les veíamos contentos: irradiaban gozo existencial y entusiasmo en su dedicación total a la tarea de educadores. Este espíritu de familia pasaba de la comunidad a la escuela, una escuela caracterizada por su talla todavía muy humana, donde la camaradería, los juegos y los estudios bastaban para crear una vida en común y donde las organizaciones y los movimientos especializados apenas si se sentían necesarios. Llegábamos a la escuela con mucha antelación y permanecíamos en ella gustosos una vez concluido el horario de las clases.
>
> c) Los Hermanos tenían una gran devoción a María y daban pruebas de verdadero celo por la educación religiosa; todo ello, naturalmente, al estilo de aquellos tiempos.

Terminados mis estudios secundarios, dejé ese medio. Mis visitas a los antiguos educadores fueron, no obstante, frecuentes, aunque ciertamente no movido por el deseo de unirme a ellos, ya que por aquel entonces mis proyectos se orientaban hacia horizontes que cada vez tenían menos que ver con la religión y no digamos con la vida religiosa. Cuando pienso detenidamente en

esta parte de mi vida, saco la conclusión de que la semilla vocacional había sido ya depositada en tierra y que, en el fondo de mi corazón, tan sólo esperaba la hora propicia para germinar. A veces hay cosas que amamos sin darnos cuenta e incluso sin haberlas visto. Por eso yo creo que, sobre todo en nuestros días, una invitación amistosa puede ser positiva en orden a orientar a los llamados hacia las posibilidades de una vida evangélica. A la invitación deberá seguir, por supuesto, el discernimiento y, eventualmente, la profesión, pero al menos se habrá ofrecido al sujeto la posibilidad de escuchar una llamada.

¿Qué pasó conmigo en este sentido? Debo decirlo sin rodeos: nadie me hizo invitación alguna, al menos directamente. Mi conducta como alumno, no obstante las amistosas relaciones con mis maestros, no les debió inducir a pensar en mí como un posible candidato. En efecto, algunos años atrás, habiéndoseme ocurrido el capricho de querer acompañar en su viaje a un compañero que partía para el noviciado y habiendo dado a entender que también yo podría, tal vez, hacer lo mismo, alguien me respondió amablemente: «No, creo que es mejor que tú te quedes con tus padres.» La respuesta no me molestó, ciertamente, ya que fue pronunciada sin asomo de desprecio; además, la realidad era que en aquellos momentos no tenía yo el más mínimo deseo de partir.

Por esas fechas leía con verdadera pasión; aunque no libros malos, sino obras de Dumas, de Julio Verne... y también muchas novelas de tema amoroso, policíaco, etc. Un poco de todo y sin orden. En último caso, nada que favoreciera mi elección de vida religiosa.

Pero Dios sabe llegar al corazón cuando le place. Y eso es lo que ocurrió conmigo: de improviso, tuve una iluminación interior inexplicable. No se trataba de miedo de ningún género. Tampoco ese proyector luminoso venía a enfocar una vida moral deficiente. No. Fue, más bien, el sentimiento de que me era posible vivir una vida orientada hacia un ideal que compartiría con aquel grupo humano al que estimaba tanto y al que encontraba tan firme y coherente.

Dos o tres minutos de reflexión me bastaron, y la decisión fue irrevocable. Debo decir que el empuje interior fue intenso, la fuerza de atracción muy poderosa, sin que por ello perdiera la serenidad ni el equilibrio más perfecto. La emoción no disminuyó en lo más mínimo la clarividencia de mi espíritu crítico. La fuerza de Dios no me alienó en absoluto, sino que vino en mi apoyo para ayudarme a ser aquello que Dios había planeado para mí en sus insondables designios.

Había en el colegio un educador al que apreciaba aún más que a los demás. Fue él quien respondió sí a mi interrogante y quien me ayudó con algunos libros a cultivar la incipiente vocación.

Maduración vocacional

No cabe duda que el papel más importante corría por cuenta de Dios. Las lecturas que hice en lo sucesivo, poco numerosas, pero escogidas, me fueron revelando cada vez más claramente el sentido último de mi nueva orientación. No se trataba ya simplemente de vivir un estupendo ideal en el seno de un gran grupo humano, sino de seguir a Jesús y de vivir una vida de amistad con El, lo más ajustadamente posible al Evangelio.

Hubo un cambio completo en mi vida exterior: las actividades y el entusiasmo por todo lo que me había hecho vibrar hasta entonces cambiaron de rumbo. Mi centro quedó desplazado hacia la vida de piedad, y no me fue difícil consagrar horas enteras a la oración personal; la Eucaristía diaria se convirtió en una necesidad.

No tuve por entonces que librar grandes batallas conmigo mismo, sino más bien con lo que me rodeaba. Mi padre no estaba dispuesto en absoluto a dejarme partir. La víspera misma de la despedida volvió a plantearme el problema de si mantener o no el permiso para ingresar, otorgado de mala gana en su día al representante de la congregación. Para disuadirme de mi intento, me había hecho propuestas muy interesantes (viajes al

extranjero y algunas otras) que meses atrás me hubieran entusiasmado.

Sinceras o no, lo cierto es que esas proposiciones me fueron formuladas; otras vendrían de gentes bien intencionadas; no faltaron tampoco algunas hechas por personas de Iglesia, que implicaban gran dignidad... Pero todo ello resbalaba en mi interior ante la luz esplendente que me iluminaba. Desde entonces, nunca ha permitido el Señor a lo largo de mi vida la menor sombra de duda que venga a oscurecer el itinerario trazado. Las dificultades no me han faltado —cosa normal y necesaria en toda vida—, pero la gracia ha superabundado.

Una vez iniciada la andadura por el camino que Dios me mostró, la Congregación y la Iglesia fueron poniendo a mi disposición una serie de formadores que puedo calificar de excepcionales: el maestro de novicios, un director espiritual, y, poco más tarde, algunos profesores universitarios excelentes, de modo que unos y otros vinieron a ser la mano de Dios que orientó en todo momento mi marcha hacia el lugar donde debía ir.

Hoy, al dirigir una mirada retrospectiva, puedo decir que ni la Iglesia ni la Congregación me han decepcionado nunca. La evolución de mi formación ha sido tan armoniosa que ha sabido unir sabiamente lo mejor del pasado de la vida cristiana y de la vida religiosa con lo mejor del presente y con una abundante sementera que prepara el porvenir.

No puedo por menos de recordar mis años universitarios. Me tocó estudiar en una Universidad fuertemente caracterizada por su irregularidad, en la que muchos de los profesores y autores objeto de estudio eran muy críticos respecto a toda verdad religiosa y a todo lo que guardara relación con Dios, con Cristo o con la Iglesia. Pues bien, todo ello no pasó en mí más allá del nivel puramente intelectual.

Por otro lado, las mutaciones eclesiales y los nuevos problemas suscitados en la Iglesia antes y después del Vaticano II, que tanto desasosiego han provocado en muchos, a mí jamás me han

causado gran quebranto. Siempre he estado en posesión de un equilibrio interior que me ha facilitado la armonización de lo antiguo con lo nuevo y que me ha permitido al mismo tiempo ser un hijo legítimo del pasado, perfectamente encajado con mi siglo, y muy abierto al porvenir.

En estas condiciones y sin que yo lo buscara, la obediencia me envió a ejercer un apostolado en lugares fuera de lo normal en mi Congregación. Tuve que recorrer muchos países y entrar en contacto con personas de todo tipo, desde élites eclesiásticas (sacerdotes, religiosos, etc.) hasta los elementos más diversos del mundo laical: obreros, universitarios, políticos, personas independientes..., sectores estos últimos que alimentaban con frecuencia viejas hostilidades contra la religión y sobre todo contra el clero.

En ese trabajo pude comprobar que Dios está presente por doquier, mucho más de lo que hubiera imaginado. Me bastó para ello presentar el Evangelio tal cual es, sin camuflarlo, con todas las exigencias y el poder de heroísmo que nos es dado en Jesucristo. Se impuso reemplazar el tono moralizador por la presentación de los valores cristianos. Más que buscar una justificación a las debilidades y errores de la Iglesia —que son por otra parte cosa nuestra—, me di cuenta que lo importante era aceptar con franqueza dichos errores y debilidades, presentando al mismo tiempo todo lo que de positivo hay en ella, y sobre todo la imagen espléndida de Jesús y de su Evangelio.

Rara vez encontré personas o grupos que se cerraran a la acción de la gracia.

A este respecto, quiero insistir de nuevo en esa gracia que me ha permitido vivir el Concilio sin rupturas, sino más bien como una transición normal. Los grandes ejes del mensaje conciliar me eran connaturales. Con ello no quiero decir que mis respuestas a los interlocutores que presentaban objeciones contra el magisterio de la Iglesia tuvieran la densidad o la riqueza que hallamos en los documentos conciliares y en la teología que se ha desarrollado posteriormente. Por eso he hecho alusión única-

mente a las grandes líneas de la eclesiología, de la pastoral, de la Escritura, etc. En ella no creo apuntarme ningún mérito.

Mis formadores habían subrayado fuertemente lo esencial y en esa base sólida descansó siempre mi fidelidad a las cosas grandes y pequeñas, si bien colocando unas y otras en niveles bien distintos, sin buscar ponerlas en pie de igualdad. Ellos me hicieron captar el verdadero sentido de la ley desde el punto de vista cristiano, no menos que el de la auténtica y sana libertad aportada por Jesucristo, y gracias a ellos comprendí sobre todo la relación entre ley y libertad.

No quisiera que cuanto precede diera de mí una imagen idílica y artificial. Con toda honestidad creo poder decir delante de Dios que eso no sería lo exacto. En mis primeros años de vida religiosa, uno de mis superiores me dijo: «Il y a beaucoup de bleu dans votre ciel.» Y era verdad; más aún, creo que aún sigue siendo verdad. Pero esta gracia viene del Padre de las Luces y, a decir verdad, nada de cuanto hay en mi naturaleza hubiera podido producir lo que hay en mí, es decir, lo que he recibido de mis formadores, de mis amigos y a través de una Congregación que ha constituido el tejido mismo de mi vida.

Hablaré más adelante de la experiencia cotidiana de mis límites, de mis imperfecciones, de mi pecado, de mi mediocridad y del modo como todo ello se concilia fácilmente con cuanto he afirmado hasta aquí. Pero antes de hacer esa aclaración quisiera decir que la vida religiosa no se concibe sin renuncia y sin cruz: en cuanto a mí, el permiso para entrar en la Congregación me costó largas horas de oración y ayunos rigurosos durante meses. Ello me obligó a vencer la glotonería, a entablar una lucha interior contra mis defectos, a emprender un camino de maduración sociológica indispensable para el buen entendimiento con los otros y para convertirme en piedra de construcción más bien que de tropiezo en el edificio de la vida comunitaria familiar.

A veces es difícil establecer la medida exacta entre las exigencias del don de sí al Señor y del progreso de la libertad interior.

Podría hablar también del ritmo de mi trabajo, algo verdaderamente increíble para el joven religioso de hoy, al cual se le ofrecen años enteros de dedicación plena al estudio. Mi generación conoció algo muy distinto: era preciso compaginar la adquisición ardua de una formación intelectual con un pesado trabajo apostólico y profesional simultáneo. Yo me he visto obligado a pasar más de una noche completamente en blanco o con escasísimas horas de sueño, porque no podía uno dejar que las cosas fueran más o menos en el empleo del que era responsable. Si se quería practicar el deporte, no era fácil encontrar una combinación que respetara por igual el horario de trabajo y la rigurosa fidelidad a las oraciones comunes, de las que nadie se ausentaba aunque apenas hubiese podido dormir...

Muchos han censurado amargamente aquellos reglamentos draconianos, sólo aptos, según ellos, para religiosos que no quisieran saber nada ni con el estudio ni con el trabajo apostólico. Yo debo confesar que me alegro de haber tenido que pasar por aquellas horcas caudinas, porque ello me enseñó a no perder el tiempo, a aprovechar hasta el último minuto, a colaborar siempre, a decir sí a lo imprevisto, aunque estuviera inmerso en un trabajo apasionante, aunque la tarea fuera aplastante y urgente. La vida concreta es la que nos muestra las verdaderas posibilidades y las fuentes de energía insospechables que afloran en el ser humano liberado por la gracia de Dios. Esta gracia, al provocar el amor, produce frutos muy distintos de los que emanan de la coacción y de la ley.

La apertura plena a los Superiores y la amistad fraterna me ayudaron también mucho. En síntesis, esa experiencia vivida me enseñó que hay dos grandes opciones en la vida:

> a) o bien buscar su propia promoción, aun sin dejar de hacer el bien y de santificarse;
>
> b) o bien olvidarse de sí mismo, «perder la propia vida» —como dice Jesús— y vivir apasionadamente por un ideal, por el Señor, por los demás.

Con toda sencillez digo que, de un modo natural y sin mérito especial, yo me decidí por la segunda de estas opciones y encontré formidable ese modo de vivir. Estoy completamente cierto de que la opción primera no me hubiera procurado satisfacciones semejantes.

Jesús mismo lo dijo: «Si el grano no muere, queda solo... El que quiera guardar la propia vida...» Y, en términos más poéticos, alguien lo ha expresado así: «Dormía y soñaba que la vida consistía en gozar. Me desperté y descubrí que la vida consiste en servir. Serví y descubrí que servir es gozar.»

Una idea que conviene desterrar con gran cuidado es la de que la vida religiosa y mi vida religiosa son un lugar de perfección. Es una idea que ha debido hacer mucho mal; de todos modos, es falsa. En cuanto a la mía, debo confesar que ha habido pecado, muchos límites a la generosidad, rémoras en pronunciar el sí cuando tales o cuales opciones merecían una fidelidad más plena, una autenticidad más manifiesta, una respuesta más rápida.

¿Lugar de perfección? En la Iglesia y en mi congregación he descubierto mucha mediocridad, pecado, debilidades. Y lo que es más, en algunos he comprobado una rigidez nada evangélica, en otros un liberalismo que desdeñaba la cruz de Cristo. He descubierto a veces también la mentira y la hipocresía. He visto a un buen número de religiosos deslizarse por la pendiente del desaliento y de la deserción. Unos aseguraban obrar rectamente; otros intentaron justificarse con argumentos especiosos, cuando en realidad debieran tal vez haber reconocido humildemente su falta de fidelidad, de generosidad, de coherencia; otros, aun confesando su debilidad y desaliento, no tuvieron paciencia para esperar que el bien triunfara en ellos sobre el mal, o les faltó la confianza en el perdón de Dios, o carecieron de humildad para reconocer la gratuidad de los dones divinos, ya que Dios no nos pide que vivamos de nuestra propia justicia, sino de la justicia que viene de él, por la fe.

Contactos con otras vocaciones

Me ha cabido la suerte de reconfortar muchas vocaciones en dificultad y he experimentado inmenso gozo ante ciertas rectificaciones o ante determinados casos de espléndida recuperación después de un tiempo de crisis. Por el contrario, he visto con pena la partida de otros que desoyeron las voces de llamada, o, lo que es peor, que temieron una acción eficaz de la gracia de Dios sobre ellos. Debo afirmar, sin embargo, que a pesar de los veinte años que llevo palpando ese lado sombrío y a veces sucio de la humanidad, tanto en mi congregación como en la Iglesia, experimento de día en día más entusiasmo por la vida que he abrazado y más afecto por mi instituto, al que siento vivo en el fondo de mi ser, lo mismo que a la Iglesia, a la que amo más y más con el correr de los días. Y las razones son las siguientes:

a) Cada vez me voy convenciendo más de que el único santo es Dios. Nosotros proclamamos el Evangelio de Jesucristo y su santa persona, pero todo lo bueno que hay en la Iglesia viene de Dios, no de nosotros. «En otro tiempo... estabais a la sazón lejos de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y extraños a las alianzas de la Promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora, en Cristo Jesús, vosotros, los que en otro tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la Sangre de Cristo» (Ef 2-12).

b) Existe una dialéctica entre el pecado que hay en nosotros, el peso del mundo que introducimos tanto en la Iglesia como en la congregación y el poder de Cristo resucitado. En el interior de esta dialéctica es donde puede manifestarse la gloria de Dios y llevarse a cabo aquella definición que daba Tillard tiempo atrás de la vida religiosa: Sacramento de la presencia de Dios y sacramento de la potencia de Dios. En efecto, ¿no muestra realmente esa potencia el hecho de que un hombre, amasado de egoísmo, pueda abrazar la renuncia evangélica y sea capaz de permanecer fiel a ella toda la vida y de ofrecer el testimonio de una existencia verdaderamente feliz?

c) Puedo afirmar con toda sinceridad que, no obstante las defecciones y las debilidades que hemos conocido en los momentos de crisis, el cúmulo de fidelidad a la vida religiosa y el número de sujetos que la protagonizan es mucho más considerable que el

contingente de cobardías, las cuales, por otra parte, nadie es quién para juzgar.

d) Por lo que a mí se refiere, que no soy mejor que los del término medio, ¿con qué derecho iba a juzgar a esas personas, a las que, por otra parte, estimo y amo de verdad? Sé muy bien que el que permanece de pie ha de estar atento para no caer y echarlo todo a rodar. Pensando en uno mismo, en la Congregación y en la Iglesia, no estaría mal repetir con frecuencia aquella bella invocación que ha desafiado los siglos: «Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.»

La fidelidad

Y ahora me planteo a mí mismo esta pregunta: ¿qué es la vida religiosa para mí?, ¿qué significa el compromiso y sus riesgos?, ¿por qué continúo siendo fiel?

Me parece que, en resumidas cuentas, la vida religiosa no es otra cosa que una toma de conciencia muy profunda y apasionada de lo que constituye en el fondo la esencia misma de la vida cristiana: descubrir que Dios lo es todo y que lo demás es relativo, secundario; sentir profundamente que todo cuanto uno emprende es provisional, incluso cuando acompaña el éxito, y comprender que el corazón humano experimenta una sed tal que nada ni nadie, sino Dios, puede saciar: «Nos hiciste, Señor, para ti, e inquieto está nuestro corazón mientras no descansa en ti», como dice San Agustín.

Pues bien, un día yo descubrí que Dios nos hizo tangible su amor en la persona de su Hijo y que Jesucristo es el ósculo de amor y de ternura que nos da el Padre en el centro de la historia, como prueba de su fidelidad para con los hombres. Ese día sentí que Jesús se dirigía a mí de modo particular para hacerme experimentar las excelencias de su Evangelio. Me pareció estupendo tomar esta Carta Magna de vida como eje y código de mi propia existencia y seguir a Jesús, mi hermano y Salvador, que pedía mi colaboración y mi amistad para vivir y trabajar con él en la creación de un mundo según el Evangelio. Comprendí que el Espíritu Santo me había marcado con un sello especial

entre la muchedumbre innumerable de los miembros de la Iglesia, ya que había depositado en mi corazón un gusto más intenso que el corriente por determinadas realidades evangélicas y por ciertas tareas. Me sentí en sintonía con una herencia histórica (el carisma del Fundador) que me ponía en relación con todos aquellos cristianos que a lo largo de los siglos quedaron cautivados por la persona de Jesús y le dejaron actuar en sus personas... En consecuencia, entré a formar parte de un entramado, de una familia, de una constelación de ese tipo de almas.

Sí, descubrí que el Señor me llamaba a tomar en serio mi vida cristiana y a darme a él sin reservas; intuí que el Espíritu Santo, cual foco luminoso, me indicaba el lugar eclesial donde debía vivir mi respuesta y realizar lo que por entonces era aún sólo una aspiración. Ahí es —me dije a mí mismo— donde te indicarán tu misión y delimitarán tu campo de apostolado. Y ese campo fue tan amplio que supera las previsiones que hubiera podido concebir un espíritu poco realista. Así, pues, me decidí, asumí el compromiso, lo fui llevando adelante y... aquí me tiene el Señor.

La vida religiosa no es una abstracción. Es algo concreto, una realidad vivida. Es una historia, un diálogo de amor entre Dios y yo. Por lo que a El toca, nunca falta la novedad en su fidelidad. Mi vida, en cambio, está llena de imperfecciones y de subterfugios, aunque, gracias a El, continúo caminando y rectificando constantemente.

La vida religiosa es igualmente un lugar de Iglesia donde yo desarrollo esa vida, ya que los consejos evangélicos me exigen vivir en comunidad y en el seno de una institución. Esta última palabra ha adquirido para más de uno un sentido peyorativo. Para mí, no. Institución es un término abstracto, pero la institución en la que yo vivo es mi congregación, que se ha convertido para mí en carne de mi carne y sangre de mi sangre, en una realidad a la que amo en este mundo más que a cualquier otra cosa fuera de Jesús y de su bendita Madre.

¿En qué consiste mi fidelidad? Me voy a referir a la fidelidad sustancial. Entiendo que fidelidad es, esencialmente, perma-

necer en la casa del Padre y en el lugar de Iglesia que El me ha asignado, y ello hasta la muerte, a pesar de todo, a pesar de mi pecado. Fidelidad es también tratar de responder con todo el amor posible y la coherencia más cualificada a esa vocación, a ese amor del Señor, a la solidaridad fraterna y a la herencia que me ha legado el pasado. Bien sé que la perfección es un asunto de gran envergadura, un germen que requiere cultivo paciente y obstinado. Por eso, no se me oculta que será necesario recomenzar la lucha una y otra vez, hasta el final, que habrá que desarticular una germinación siempre a punto para aprovecharse de mis incoherencias, que necesitaré para ello vivir el hoy de Dios y estar atento a las situaciones nuevas, a los SOS que me lance el mundo, deseoso de hacer vibrar el amor sembrado en mi corazón y anhelante de una respuesta a sus gritos de socorro. Y esta respuesta tendrá que apoyarse en una doble fidelidad: fidelidad a la misión de Iglesia, que me viene dada a través del carisma de mi congregación, y fidelidad para mantenerme a la escucha de las situaciones de un mundo en cambio, que exige compromisos nuevos.

No se trata, claro está, de confundir un revisionismo ingenuo, fruto de una inestabilidad sicosomática, con la atención a las voces del Espíritu Santo.

La fidelidad pide también prolongar y actualizar cuanto hay de excelente y de auténtico en el patrimonio heredado del Fundador, el cual fue en su época un «receptor» del Espíritu Santo. De igual modo, será una exigencia enriquecer ese patrimonio con actos de fidelidad actualizada, que prolonguen en el tiempo el tejido de una tradición que viene de muy lejos.

¿Por qué permanezco fiel?

He hablado de fidelidad sustancial porque la llamada de Dios, que fue ayer una realidad, lo sigue siendo hoy y lo será siempre. No soy yo quien me he formulado a mí mismo esa llamada; la he recibido, más bien, como un don, y la misma razón que me estimuló a responder en un principio continuará impulsándome hasta la muerte.

Por otra parte, yo siento dentro de mí esta fidelidad como un deber del corazón, un deber que me proporciona gran gozo y dicha interior. Por tal motivo, considero hermoso y magnífico el mantener esta fidelidad sustancial, a pesar de las cruces, de los sufrimientos y de las caídas.

He visto llegar al atardecer de sus días a muchos religiosos que vivieron tales situaciones. ¡Cuánta riqueza espiritual! ¡Qué gozo más pletórico! La plenitud de Cristo inundaba de luz sus vidas, precisamente a causa de su fidelidad sustancial, por la cual lucharon día tras día y recomenzaron después de cada caída, porque la razón última de su perseverancia había sido el amor.

Una especie de sexto sentido me ha permitido siempre descubrir el sofisma que encierran ciertas argumentaciones. Yo no creo demasiado en los que invocan su derecho a la libertad interpretado como una facultad para obrar siempre a su antojo o para retirar la palabra empeñada... ¿De qué libertad se trata? ¿De una libertad física o axiológica? ¿Entran en juego actos con una carga de verdadero valor moral en el mejor sentido del término? Si uno vive abierto al Evangelio de Jesús y cree en el amor verdadero, el único interrogante que cabe en los momentos difíciles, como respuesta última a los problemas que éstos plantean, es el siguiente: ¿Estoy en mi derecho de reorientar mi vida y de considerarme desligado en relación con Quien entregó la suya por mí, y que no obstante mis infidelidades, permanece fiel, pues sigue llamándome?

Para mí, la única solución válida es conseguir que mi libertad de opción desemboque en una libertad de realización. De lo contrario, sería una libertad incompleta. Ser libre no es solamente elegir, sino también llevar a cumplimiento aquello que se eligió, perfeccionar o restaurar la fidelidad sustancial por medio de la fidelidad cualitativa. La fidelidad no es una cosa, sino una vida, un camino que se prolonga hasta la muerte.

Hay un punto importante y muy real, ante el cual se encuentran los jóvenes de frente al compromiso. Voy a intentar aclararlo:

a) Se dicen ellos a sí mismos: No sé si, a pesar de mi buena voluntad, podré mantenerme firme hasta la muerte.

b) En efecto, es doloroso comprobar que, si uno no resiste después de diez, veinte, treinta años..., ha perdido lo mejor de su vida. Es demasiado tarde para comenzar desde cero.

Todo esto es cierto, y Dios sabe que las cifras que arroja el postconcilio comportan una terrible lección.

Voy a responder al primer punto a), no exponiendo teorías en relación con otras personas, sino planteándome a mí mismo esa problemática. Lo primero que salta a la vista es que Cristo me ha amado y me ha elegido en el momento de llamarme, antes de mi compromiso. Lo que constituye la vocación no es mi compromiso, sino la llamada y la elección de Dios. Por consiguiente, la infidelidad comienza, si debo hablar en términos de amor, no en el momento en que rompo mi compromiso, no en el momento en que se consuma la acción del hombre, sino a partir del momento en que me cierro a la ternura y predilección divina, a la acción de Dios, no aceptando la llamada.

Es curiosa la postura de aquellos que por miedo a una posible infidelidad futura, tardía, incurren en una infidelidad actual. Es curioso dejar de responder hoy al amor por miedo a no responder mañana.

Personalmente, creo en el Dios que ama y que perdona; no en el dios de los griegos, sino en el de San Pedro y San Pablo, en ese Dios que nos ha anunciado Jesucristo y revelado la historia de la Iglesia.

Para ser más concreto, diré que, a pesar de mis límites, a pesar de ser cada vez más consciente de la dolorosa desproporción que existe entre el don de Dios y mi respuesta, entre la generosidad que debiera mostrar y aquella de la que realmente doy pruebas, puedo afirmar categóricamente en este momento

que me siento feliz, completamente satisfecho de haber elegido la vida que elegí, y que ratifico plenamente y a perpetuidad el compromiso asumido.

No puedo en absoluto prever ni predecir mi futuro; no sé si permaneceré fiel hasta la muerte, pero al menos por lo que depende de mi presente yo me auguro un futuro totalmente para Dios. Alimento la plena confianza de que si mañana tuviera la debilidad de abandonar mi vocación, cosa que no quisiera a ningún precio, Dios no me reprocharía el hecho de haberla escogido, aun a pesar de no haber sabido mantener la palabra hastal el fin.

En resumidas cuentas, quisiera hacer mías, con toda la buena fe y voluntad de compromiso que encierran aquellas palabras que pronunció San Pedro, si bien luego las puso muy mediocremente en práctica: «Aunque todos te abandonen yo no te abandonaré jamás» (Mc 14.29).

A decir verdad, tanto la palabra de Jesús como la de Pedro se cumplieron. Pedro falló..., pero más tarde fue fiel; renegó, pero murió por Jesús, porque Jesús había rogado por él. También Jesús ha rogado por mí y por todos los que, deseosos de pertenecerle, responderán a su llamada.

En cuanto a la segunda dificultad (b), ¿qué pensar si después de algún tiempo abandonara la vocación, rompiendo con todo lo que he amado anteriormente, es decir, mi consagración total a Dios, a la Iglesia, a la congregación, a unos cohermanos entrañables... y, dejando atrás los mejores años de mi vida, hiciera una nueva elección? Pues bien, si esto me aconteciera, sentiría muchísimo no poder continuar, pero bendeciría a Dios por los años pasados y me diría a mí mismo: Si no has podido emplear toda tu vida por Jesús o, mejor, si no has podido perderla por El, al menos alégrate de haber sacrificado con entusiasmo toda esa serie de años que has conseguido mantenerte fiel. ¡Y tanto mejor si son muchos y, como dije antes, los mejores de la vida!

Así es como yo interpreto mi fidelidad, que no es ni nebulosa ni teórica, sino en plena vida, con todos los riesgos de un hombre que no es mejor que los demás, pero que desearía hacer suya la frase de San Pablo: «No que lo tenga ya conseguido o que sea ya perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús» (Fililp 3, 13-14).

Antonio Sanchís, op.

Nacido en Vich (Barcelona), cuarenta y siete años, dominico desde 1947, sacerdote desde 1954. Estudios teológicos en Valencia, Roma y París. Es profesor ordinario de la Facultad de Teología de Valencia. Ha publicado varios estudios sobre la vida religiosa: comentario al capítulo VI de la «Lumen Gentium», «La vida religiosa en el ministerio trinitario», «Los religiosos en la nueva frontera de liberación» y numerosos artículos.

Por qué soy religioso

Hay preguntas que constituyen una incitación a la experiencia más radical de uno mismo. Responder a la pregunta «por qué soy religioso» es como recordar la historia de mi fe cristiana, pues la fe tiene mucho de recuerdo, igual que toda la historia de salvación.

El recuerdo de la historia misteriosa de mi vocación me traslada a los primeros brotes de conciencia religiosa. Pasé mi infancia por tierras de Cataluña, donde por razones laborales tuvo que afincarse mi familia; mi padre trabajaba en los ferrocarriles. En el marco de los recuerdos infantiles sobresale, entre muchos otros propios de la edad, la experiencia de encontrarme en un ambiente al margen de lo religioso. Era por

los años de la guerra civil. Yo contaba entonces entre siete y ocho años. La experiencia de poca religiosidad quedó más marcada en mi vida que la de la primera comunión. Diría que es una de las pocas que han quedado archivadas en mi persona. Y si lo menciono es porque en medio de ese contexto tuve la idea o el propósito de hacer algo por ese mundillo humano que no me gustaba, del que guardo un recuerdo amargo, como una especie de rotura prolongada. «Tengo que hacer algo para que no sea así. Seré sacerdote.» Recuerdo que en la escuela alguna vez se nos preguntaba qué seríamos de mayores (sin poder precisar ahora por qué motivos o qué circunstancias; sólo recuerdo el hecho). Yo afirmaba: «seré sacerdote». La palabra «sacerdote» se me hacía entonces como un vocablo largo, que casi no me cabía en la boca. Hubo burlas; alguna que otra acción represora por parte de los maestros.

Terminó la guerra civil. Mi padre fue expulsado de los ferrocarriles. La familia tuvo que volver a Valencia, de donde procedemos. Mi padre pudo encontrar trabajo como peón en la construcción de una carretera cerca de Játiva. Yo seguía con la decisión de ser sacerdote. Al poco tiempo tuve un encuentro ocasional con unos seminaristas dominicos. Me identifiqué con ellos. Y, movido por ese encuentro, opté por ingresar en el Seminario Menor de los Dominicos.

Ya en el Seminario, la idea inicial de «tengo que hacer algo» seguía viva y operante. Sólo paulatinamente, y sin perder viveza, fue ampliándose hacia otras urgencias similares. Fue así configurándose mi vocación. En este proceso hay un momento culminante que explicita el hilo conductor de la motivación de mi vocación: fue la muerte de mi madre. El no comprendió del todo mi vocación. Fue, sin embargo, muy respetuoso conmigo. Nunca me puso objeciones drásticas. Por otra parte, su persona y sus opciones relativas a la religión estuvieron siempre presentes en mi respuesta vocacional, aunque sin éxito. Se le declaró un cáncer de estómago. Por los facultativos, sabía yo que había llegado el momento final de su vida. Ya hacía varios años que había sido ordenado sacerdote. Mi padre, en una cama del Hospital Clínico de Valencia. Yo, sentado

junto a él durante horas a lo largo de un mes. Con unos dolores agudos y sin pronunciar queja alguna, se limitaba a morderse el labio inferior, contraído el rostro. Yo, con inmensas ganas de hablarle de Dios. El y yo, dos personas ansiosas envueltas en un mismo clima de comunión no-comunicada. Un buen día —casi al final del tiempo reglamentario de la visita vespertina— me coge la mano; al estrecha, al tiempo que me dice: «Antonio, tienes razón; Cristo también sufrió mucho (con su mirada señalaba a un crucifijo lejano de la gran sala de enfermos). Deseo confesarme.» El corazón me dio un vuelco. Avisé inmediatamente al capellán. Ya era la hora de salir del Clínico. Muy de mañana recibí el aviso de que mi padre había fallecido. Experimenté sentimientos contradictorios: el normal dolor de hijo y una gran alegría al recordar aquella ilusión de niño y que arropó los inicios de mi vocación: «Tengo que hacer algo; seré sacerdote». Creo que esta experiencia honda de la muerte de mi padre sirve para interpretar el principio germinal de mi opción vocacional, si bien no puedo reducir todo el ámbito de misterio que encierra y que se me escapa.

Tras este arranque situacional, creo poder decir que «me he hecho religioso» repetidas veces. Tantas cuantas he tenido que decir profundamente sí a los nuevos retos planteados a mi existencia concreta. ¡Cómo puede uno no recordar aquel momento en que el amor por una mujer se cruza en el camino, despertando vacíos hondos que se hacen dolientes, que reclaman satisfacción! ¡Cómo se recuerdan aquellos otros momentos en que nubes oscuras parecían quitarle brillo al marco institucional donde uno se encuentra! ¡Cómo no recordar este o aquel coletazo de la crítica contra los esfuerzos en favor del crecimiento maduro de la Iglesia y de la Vida Religiosa! Momentos decisivos, álgidos. Entonces he tenido la experiencia y la convicción de que decir «sí» significaba una opción nueva, de mayor hondura; ahora el «sí» ya no es igual a aquella ilusión de antaño; ahora es un «sí» de preferencia, que arrancaba de lo más vivo de uno mismo. Ciertamente, cuando he sentido todo el peso de mi humanidad y he experimentado su lado amargo, he experimentado al mismo tiempo la cercanía de Dios de una forma mucho más viva.

Situado ahora en la perspectiva del tiempo vivido, observo que todo él ha ejercido una poderosa influencia en la configuración de cómo soy religioso coherentemente con la experiencia vivida a lo largo de los años. En mis primeros años viví la Vida Religiosa en un contexto marcado por el individualismo o, en otros términos, por la privatización. Comprendía la vocación en las coordenadas del «estado de perfección», como la mejor manera de realizar la vida cristiana. Ni que decir tiene cómo influyó esta óptica en la visión de la evangelización y cómo me enfrenté con las tareas pastorales. Un segundo paso me vino brindado por la reflexión teológica: ¿la Vida Religiosa era efectivamente «el estado de perfección», o más bien una forma de vida cristiana igual que otras? Corrían los años del Concilio. A la sazón, una polémica —respetuosa y enjundiosa— sostenida con otro teólogo me forzó a madurar y perfilar lo que hasta entonces no era sino una intuición. La aparición de la *Lumen gentium* del Vaticano II me confirmó más en la misma comprensión de la Vida Religiosa. Conferencié; publiqué, urgido fundamentalmente a darme una respuesta a mí mismo. La sana crítica de oyentes y lectores me sirvió siempre de contraste enriquecedor. Pero la intuición cobró cuerpo en mi existencia gracias a una insinuación ocasional y muy crítica de un religioso:

> «Defiendes con acierto que la Vida Religiosa es una forma de vida cristiana que posibilita estar cerca de los necesitados de salvación, cerca de los marginados, de los pobres. Sin embargo, no *dejas de ser intelectual burgués que, de hecho, vive lejos de los* pobres, marginados y necesitados.»

Es fácil imaginarse que la observación crítica fue más gráfica y amplia. Confieso que, pese al talante ocasional de la insinuación, me obligó a repensar mi vida y el valor de mis palabras que arraigaban en mi vida. Como consecuencia traté de entrar en contacto con un grupo de religiosos francamente vinculados al mundo obrero, al mundo marginado y de los sin voz. En reuniones y convivencias aprendí lo que no cabe en el papel escrito: el hondo significado del *compartir.* Palabra corriente la de «compartir»; con todo, encerraba un mundo nuevo, una metodología evangélica nueva, una lectura apasionada de la huma-

nidad de Jesús. Experimenté cómo dos mundos entraban en colisión: la visión privatizada de la fe y de la vinculación al Evangelio y la visión francamente comunitaria tanto de la fe como del Evangelio. Ya me resultaban antípodas; no cabían enjuagues. Y a la vez, ello me situaba en otra área de comportamientos que informarían no sólo mis actuaciones públicas, sino radicalmente mi propia actividad de oración y de estudio. Un momento decisivo. Y tanto más decisivo cuanto más tiene uno que pagar precio por esta opción; precio sutil e invisible, pues algo estaba muriendo: aquel esquema vital que penetraba todo el existir y el hacer marcado por la privatización. Estaba naciendo, en contrapartida, otra forma de pensar y vivir de acuerdo con el hondo sentido de «compartir». Compartir era tomar mi parte en la suerte de las personas desposeídas, marginadas, pobres. Compartir era tomar mi parte en la forma de vida de esas personas y asumir su estilo de existencia, que entendía era de sencillez, de austeridad y lejos de cualquier esquema de poder, y adoptar, por el contrario, otras formas de comunión internacional. Compartir fue... un cambio de miras arduo y de difícil andadura. Pero me sentí mucho más cerca de las entretelas del Evangelio.

Mi comprensión de la Vida Religiosa arranca de esta experiencia de «compartir». En las coordenadas del «compartir» he podido acercarme a la experiencia del Pueblo de Dios, la cual me ha brindado una estupenda oportunidad para repensar qué es ser religioso dentro de la Iglesia y para la Iglesia. La experiencia de la Iglesia me ha llevado a una relectura en profundidad del acontecimiento de la Humanidad de Jesús como punto de arranque de mi compromiso religioso. Y me ayudó especialmente a rebasar el peligro de «ideologizar» la Vida Religiosa. La idea-fuerza ha consistido en interpretar el comportamiento de Jesús como un estilo de vida orientado a poder compartir la existencia humana y, compartiéndola, encontrar el lenguaje mediador para evangelizar que arraiga en la misma existencia de las gentes, y poder así transmitirles los contenidos de la salvación. El estar dispuesto a compartir me ha abierto a otra comprensión de la Vida Religiosa y de la vida comunitaria: sería como un vivir vaciado de cualquier otro interés primordial que no sea el

de la evangelización y el ponerse del lado de los humanos. Un vaciamiento que permite —al menos como ideal— arriesgarlo todo. Vaciamiento que no puedo —ni quiero— entenderlo como empobrecimiento espiritual, sino como liberación radical, como limpieza y como disponibilidad amplia para amoldarme a las personas que puedo ayudar.

El cambio de comprensión operado en mi vivencia de la Vida Religiosa no tiene por qué coincidir con un cambio de las estructuras religiosas en las que me encuentro. Son dos marcos vivenciales diferentes. Es claro que no puedo exigir a nadie el mismo ritmo vital, ni puedo imponerlo a otros. Se trata de una de tantas manifestaciones del legítimo pluralismo que experimenta la Iglesia en este momento histórico. Entonces tendría sentido la pregunta que en no pocas ocasiones se me ha formulado: «¿Y por qué sigues?» Salta ahora otra cuestión que constituye un capítulo más de mi experiencia de la Vida Religiosa: es la fidelidad. Tema difícil el de la fidelidad. Difícil de formular; difícil, también, de explicar guardando una elemental coherencia con el proceso evolutivo que he descrito.

Con el fin de encuadrar el tema de fidelidad tendría que explicar la dinámica de mi replanteamiento acerca de la Vida Religiosa. Pienso en ella según las coordenadas que emanan de la tensión entre «insatisfacción-satisfacción», entre «vacío-plenitud». Ocurre, en efecto, que las insatisfacciones suelen producir dos efectos: o se derrumba uno o averigua aquello que es más real y auténtico. La Vida Religiosa tal como se viene presentando por herencia tradicional me deja insatisfecho. Como a muchos, se me plantea el dilema: o cambiar de vida o averiguar lo más propio de la Vida Religiosa. Opté por lo segundo. Y ello, porque sabía que entrañaba valores permanentes; tenía fundadas esperanzas en su vitalidad, intuida por la experiencia del Pueblo de Dios, el cual me ha propiciado una lectura más limpia — a mi entender— del Evangelio, de la Humanidad de Jesús. Creo, pues, en la Vida Religiosa. Me baso en una pregunta sencilla: «Las buenas gentes de nuestro mundo que hoy no nos entienden casi, ¿no es razonable esperar que en un futuro lejano nos entiendan?» Esta exigencia eclesial puede convertirse en realidad

Digo «puede convertirse en realidad», en base a pasos que ya se están dando. Tengo fundamento para pensar que la Vida Religiosa que deseo vivir llegará, empujada por la misma vitalidad del Pueblo de Dios. Que las buenas gentes nos entiendan o no, ello afecta por entero a nuestra opción religiosa. Esto, que parece lógico, constituye una base razonable para mi fidelidad. En ello he empeñado mi palabra. No espero, por supuesto, que mis contemporáneos me acepten sin más. Prefiero —y lo doy por factible— que me rechacen porque han comprendido mi existencia profética, antes que andar por la vida sin ofrecer significado alguno. ¡Que la Vida Religiosa se haga inteligible, aunque le cueste sacrificios incómodos! Con esta creencia y esta esperanza fundamentales, mi fidelidad a la opción evangélica se alimenta en la convicción de que he dado mi palabra a la manera de Cristo, como una donación de mí mismo incondicional, radical; a modo de apuesta total como la de Jesús, que alcanza su vida entera.

¿Hacia dónde debe caminar la Vida Religiosa?

En mis últimas reflexiones he dejado apuntadas unas pistas de futuro. Y por cierto no las considero utopía angelical, pues comienzan a ser realidad. A mi juicio, el futuro de la Vida Religiosa lo pienso arraigado en una realidad de presente, experimentado, eso sí, como insatisfacción, como posibilidad y como urgencia. Y respondería a una pregunta de amplio contenido y formulada con insistencia: «¿Cómo se hará la Vida Religiosa inteligible a las buenas gentes y a los mismos religiosos que han empeñado su existencia en ella?» Cierto que la pregunta se abre a un rico pluralismo de respuestas. A mi parecer, el lenguaje creíble de la Vida Religiosa en estrecha comunión con nuestros contemporáneos no puede menos de extraerlo del Modelo, Jesús. Y lo formularía, como dije, en un estilo de vida capaz de ofrecer diáfanamente contenidos de la salvación evangélica: una Vida Religiosa dispuesta a compartir para salvar; compartir la existencia humana tal cual es, para ofrecerle los contenidos de la salvación que urgen aquí y ahora, y con el lenguaje propio de tales contemporáneos nuestros. Pero, además, una Vida Religio-

sa con una dimensión comunitaria que sea un auténtico espacio donde pueda experimentarse la opción de compartir para poder salvar, esto es, una vida comunitaria más sencilla, menos numerosa, a nivel humano, con estructuras ágiles; que el esquema institucional no ahogue la vida. Si es necesaria una cierta institucionalización, que sea la imprescindible; y siempre provisional, adaptable a la vida del grupo religioso.

A mi entender, las exigencias del futuro de la Vida Religiosa podrían configurarse de acuerdo con unos mínimos imprescindibles: primero, que el carisma y la misión estén íntimamente ensamblados; segundo, que la Vida Religiosa sea en sí misma un testimonio claro y creíble de la salvación de Jesús; y tercero, que la propia experiencia comunitaria sea para los propios religiosos germen de identidad humana, cristiana y religiosa. Voy a tratar de explicarme.

Primeramente, que la Vida Religiosa sea un todo unitario, sin dualismos: carisma y misión perfectamente ensamblados. Quiero decir con ello que el carisma de seguir a Jesús conforme al molde de su existir entre los hombres —intuición que leo en el Vaticano II— constituya un todo indivisible con la misión apostólica. La fe cristiana, experimentada individual y comunitariamente es la única fuente de la acción misionera. ¡Ojalá se desterrara el profesionalismo religioso, tan nefasto!

En segundo término, la Vida Religiosa tendría que ser por sí misma un testimonio claro y creíble de la salvación de Jesús. Los religiosos deberán tomar conciencia de que, con el correr de los tiempos, no pocos valores humanos y cristianos van a encontrarse en grave riesgo de desaparecer. En tal caso, no pueden testimoniar la vigencia de aquellos valores si no se experimentan previamente en el interior de la comunidad religiosa de una forma depurada y crítica, a desemejanza de cuanto sucede en la sociedad secular. Esta experiencia comunitaria constituye un terreno abonado para que la especial experiencia de Dios eche raíces en aquella experiencia humana, repitiendo las coordenadas de la Encarnación. Ahí surge la importancia que reviste la forma de vivir la comunidad religiosa en lo tocante a las diferencias ideo-

lógicas, las normales discrepancias, el sentido de la amistad y de la unidad contrastadas con la reglamentación establecida, la austeridad «acostumbrada» frente a la austeridad real, las desigualdades sociológicas frente al sentido evangélico de la igualdad, los intereses dominantes corregidos por los de la evangelización.

En tercer lugar, y como consecuencia lógica, las comunidades religiosas tendrán que ser gérmenes de identidad. Consecuencia lógica, digo, porque ¿cómo podía la Vida Religiosa constituir un testimonio claro y creíble de la salvación de Jesús si no es generadora de la misma salvación para los propios religiosos? Es y será urgente que los religiosos encuentren en el interior de sus comunidades verdaderos espacios de autorrealización, de libertad; espacios que, en buena parte, son posibilitados por los copartícipes de la misma existencia comunitaria, ya que, si uno no quiere, el otro no puede experimentar libertad; espacios, pues, de tolerancia pluralista, de acogida profunda. Y más aún, las comunidades religiosas deben y deberán ser lugares donde se celebre la fe en Jesús, con una oración ágil y comunicadora, con una experiencia significativa de ser con autenticidad lo que se proclama con palabras quizá demasiado hechas: como fraternidad, amor, liberación... ¡Qué menos se puede esperar de la vida comunitaria donde los religiosos empeñan toda su existencia con sus ilusiones! La Vida Religiosa de mañana —y lógicamente también la de hoy— deberá ser germen de identidad personal en el sentido más globalizante. Y sólo así, garantizar el difícil equilibrio de oración y acción apostólica, de intimidad retirada y proyección evangelizadora.

Ana María Schlüter, betania

Nacida en 1935 en Barcelona, de madre española y padre alemán. A partir de los dos años vive en Berlín; luego, en la Baja Sajonia, y, de nuevo, en Barcelona. Allí estudia Filosofía y Letras, con una tesis doctoral sobre «Actitudes humanas en su relación con la actitud de la fe». Ingresa en la congregación holandesa de Betania y pasa siete años en Holanda. Estudia Teología en Nimega (Holanda). Ha dado clases en diversos centros superiores de Madrid y Granada. Durante cuatro años anima una comunidad de barrio. Desde 1977 da cursos de introducción a la meditación, con ayuda del za-zen, después de haber estado en centros de meditación de Alemania y Japón.

Hay dos momentos que recuerdo como los primeros en que tuve conciencia de querer ser «religiosa», aunque desde luego no le daba este nombre. El primero fue a los trece años, cuando nació mi hermano más pequeño, lo cual me pareció un verdadero regalo, puesto que sabía que no iba a tener hijos por este camino, siendo así que por otra parte me gustaban mucho.

El segundo momento, a esta misma edad más o menos, fue cuando una tía mía, evangélico-luterana, con la que siempre sentí una gran sintonía a nivel de fe, me llevó a ver «La canción de Bernadette», una de las primeras películas que vi, quizá la primera, cuando esto volvió a ser posible después de la guerra mundial. Entre mis compañeras de clase hubo comentarios acerca de ella. En mi curso éramos tres católicas sólo, y recuerdo que

un día subiendo del recreo, por la escalera, a todas les parecía absurda la postura de Bernadette, mientras que yo me sentía muy cercana a esto de entrar en un convento.

¿De dónde había venido esta inclinación? Por una parte, creo ahora que es algo originado por la experiencia del bosque. Vivimos durante la segunda mitad de la última guerra mundial y durante la posguerra en un pequeño pueblecito alemán rodeado de extensos bosques de hayas. En cada estación tenían su secreto. Especialmente bonita era la primavera, en que la luz del sol, atravesando el incipiente follaje, alcanzaba hasta el suelo húmedo, donde hacía brotar las primeras flores silvestres, delicadas y fuertes a la vez, asomando algunas de entre la nieve, las que les seguían de entre las hojas caídas el otoño último. El bosque estaba lleno de vida siempre; en otoño pasábamos largas horas a gatas desenterrando de debajo de las hojas caídas los hayucos, para venderlos a cambio de grasas para la comida. Estabas casi pegada con la nariz en la tierra, oliendo y removiendo.

Hasta los casi cuarenta años no me di cuenta reflexivamente de la importancia de estas vivencias profundas. Fue cuando leí algo sobre los monjes hindúes y budistas primeros, sobre su vida errante en el bosque, viviendo en esta soledad, cuando me sentí reflejada en algo que nunca había visto expresado por ninguna parte de una forma tan acertada. Algo más tarde descubrí un pasaje parecido en el Quijote, hablando de la pastora Marcela, cuya «intención era vivir en perpetua soledad», que «para poder vivir libre escogió la soledad de los campos», cuyos «deseos tenían por término aquellas montañas, y si de allí salían era a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera» (I, 14).

Por otra parte, la fe cristiana, explícita, nos llegaba a mi hermano y a mí —nos llevábamos sólo dos años— poco a poco y en pequeñas dosis. Vivíamos en plena diáspora. Nunca vi entonces a religiosas ni sabía cómo vivían ni cómo eran. Sin embargo, se me grabaron algunas cosas profundamente, como, por ejemplo, una visita de una catequista a casa a los seis años, cuando aún no habíamos salido de Berlín. Veo y oigo aún ahora lo que

le dijo a mi madre: «¿No es hora ya de que esta niña conozca a su Heiland (Salvador)?» Luego vino la evacuación a causa de los bombardeos continuos y el irnos a aquel pueblecito, con lo cual terminaron las primeras clases de religión, de las que no me acuerdo mucho; sí de la catequista.

Ya en el pueblo, entre los cuatro libros que cabían en la repisa de una de las ventanas se encontraban una Biblia, algo resumida, para niños, y un catecismo también para niños. No sé cuántas veces habré leído estos libros; muchas. Se convirtieron en algo central. De la Biblia me quedó una impresión fuerte de que Dios nos guía, nos ama, nos sostiene, nos lleva hacia El. En el catecismo había varias oraciones que me gustaban y también me enseñó mucho. Lo uno y lo otro lo recuerdo como algo lleno de luz, sencillo, transparente, bueno. Para mí, la fe siempre ha sido y es esto. No hubo nunca miedos ni imposiciones ni conocimiento de rincones oscuros de sectores eclesiales degenerados, sino una libertad grande, un ir descubriendo poco a poco y con ganas y un deseo creciente de seguir esta pista tan atrayente. En el trasfondo, la actitud de unos padres sencillamente honestos y respetuosos, española mi madre, alemán mi padre. La primera comunión fue a los trece años. Un camión que solía recoger la leche de los pueblos, este domingo fue recogiendo niños de los distintos pueblos de la zona y nos llevó a la ciudad, que estaba a diez kilómetros. Ibamos todos con vestidos sacados algunas veces de quién sabe dónde, zapatos regalados; unos eran de una señora inglesa. Pobreza y gestos de reconciliación de la posguerra.

Empecé a apuntar cosas de momentos de intuición clara en la fe, pensaba en la posibilidad de ir a parar a Siberia. Ahora, desde luego, pienso que la posibilidad para mí no era tan real, aunque la frontera estaba cerca y había muchos prisioneros de familias cercanas allí. Pero el hecho de apuntar esto para no olvidarlo nunca, ni en los momentos más difíciles de la vida, sí ha sido importante. Siberia era en este caso un símbolo de otras cosas que sí ocurrieron, y aquellos apuntes son como una pequeña «regla» acerca de cosas esenciales, un intento de mantenerlas vivas.

A los siete años había visitado una vez mi ciudad natal, Barcelona, y el Montserrat. Un Montserrat nublado por completo; fuera no se veía nada, pero el interior de la basílica me debió de impresionar hondamente. Veo aún aquel espacio misterioso y sobrecogedor. Siempre pensé luego, más adelante: allí quiero vivir así, totalmente entregada, sin casarme. No tenía conciencia de si eran monjes o monjas. Creo que fue, hasta los catorce años, la única referencia concreta a una vida religiosa. Y ¡qué vaga!

La búsqueda de una comunidad concreta empezó mucho más tarde, terminados ya los estudios universitarios, y me topé con la que luego elegí a través de toda una serie de búsquedas activas y «casualidades», coincidiendo en Freiburg/Br. con un momento muy difícil o imposible de reflejar, de encuentro en Luz y Amor: Cristo-Amigo. De esta manera fui a parar a una comunidad bastante joven todavía, de mentalidad y misión ecuménica y con una misión de evangelización en ambientes descristianizados, «postcristianos» del mundo moderno. Por estas características, realmente me resultaba emparentada con el mundo y ambiente del que yo provenía (si bien a partir de los catorce ya había vivido en un contexto católico, en Barcelona, que había añorado mucho desde lejos, pero que de cerca me resultó extraño).

En Betania

La primera visita a esta comunidad, Betania, a fin de conocerla, fue en auto-stop, de Alemania (donde conseguí estudiar un año, trabajando, a la búsqueda de una congregación) a Holanda, donde estaba la Casa Madre. Al cabo de un año ingresé en ella. Los siete años pasados a partir de este momento en Holanda fueron como un corte, una verdadera muerte angustiosa, incomprensible. Lo que de todo quizá aún resulte más comprensible es que el vivir en un ambiente de posguerra, de enemistad muy metida, en que alemán era sinónimo de malo, supusiera un corte fuerte para las mismas raíces religiosas tan arraigadas en bosques y familiares y amistades alemanes.

Pero sin esta especie de muerte, que también fue purificación y despojamiento en otros sentidos, no habría habido tampoco aquella especie de resurrección, también muy sorprendente. Fue sentir un buen día cómo surgía una vida nueva, ante la que no podía sino decir: esta ya no es mía, es tuya, es regalo. Durante todo aquel tiempo me sostuvo únicamente la confianza de aquel recuerdo imborrable de Freiburg. No quedó defraudada, ni mucho menos, la confianza, que repetía una y otra vez: Tú que me quieres, me has traído aquí, me seguirás ayudando y me sacarás de ésta.

En conexión con todo lo anterior está algo que puede parecer un tanto extraño. Desde el primer momento entré en la comunidad con la convicción de que había sido guiada hacia allá, que es lo que me sostuvo en el fondo y me hizo quedar; pero a la vez tenía una convicción igualmente fuerte de que esta comunidad a la vez «era y no era» lo que yo buscaba. «Es ist es, und es ist es nicht», palabras que no dejaron nunca de sonar, como un disco rayado, en mi conciencia: en el fondo, sí, pero algo no.

Cuando por varias circunstancias, muerte de una compañera, invitación desde Madrid a trabajar ecuménicamente en esta ciudad, nada más terminar el concilio Vaticano II, vinimos aquí dos, descubrí mejor y tomó forma más concreta el sentido de este «sí, pero no», del «es y no es».

Mi convicción de aquellos primeros años en Madrid se resumía en esto: vivir la realidad tal cual, respondiendo a sus exigencias y a la tarea, sin preocuparse por determinadas formas de vida religiosa, con entera libertad, y esto desde una íntima fidelidad y consonancia constante con lo más profundo que me había hecho elegir este tipo o modo de vida cristiana. Y... a ver qué iba a salir de allí.

Coincidió que en este tiempo, una vez en verano, durante unos días de retiro, la responsable general de entonces me dio a leer unos papeles del archivo: «Por si te interesa conocer un poco más la historia de Betania.» Como no me interesaba demasiado en aquel momento, cogí lo más corto. Y resultaron ser

los primeros estatutos, y cuál no fue mi sorpresa al ver allí escrito (en un lenguaje ciertamente algo «pasado», pero ¿qué más dada esto?) lo que estaba descubriendo poco a poco desde este «vivir con libertad en la realidad diaria, sin más preocupación que la fidelidad a esto y a El, que me había llevado a una vida así».

Fue un afianzamiento fuerte y comprensión más clara de este «lo es» y a la vez ayuda a discernir el «no es». Me parecía descubrir ahora por primera vez con claridad el fondo de Betania, al menos conscientemente; la forma actual concreta del momento no respondía, me parecía, al proyecto inicial. Fue un descubrimiento, una intuición del núcleo de la llamada vida religiosa, algo que viví como un nacimiento surgido de lo más íntimo de una amistad profunda, un gran regalo de aquellos años.

No me callé, lo expuse abiertamente; con latidos que parecía iban a salir por la boca, dije lo que pensaba y lo que esto significaba para mi postura personal en la comunidad. La reacción fue inesperadamente positiva, como si otras se hubieran reconocido en algo vagamente percibido, pero que no se había logrado explicitar. Tuve la suerte de recibir la confianza de las responsables, y especialmente de las que habían sido las pioneras de la comunidad, y que todavía vivían.

Nuevamente a la búsqueda

A partir de este momento la búsqueda de un nuevo camino se va acentuando y a menudo separando del cauce común de la mayoría. Una y otra vez se van dando ocasiones en que, dolorosamente por un lado y feliz por el otro, voy siguiendo unas pistas que tienen mucho de alejamiento, de soledad, y mucho más aún de plenitud, de descubrimiento de compañeros de camino por muchas partes.

En estas circunstancias hago mis compromisos definitivos, de por vida, y no los hago en la Casa Madre, como había sido costumbre hasta entonces siempre. Bastó expresar, casi de pa-

sada, que me parecía más congruente hacerlos allí donde estaba, para que inmediatamente aquella misma responsable cogiera el teléfono y me dijera, desde una distancia de unos cuantos miles de kilómetros, que si lo quería de verdad que no había inconveniente.

En otra ocasión se plantearon unos temas y preguntas a tratar por todas cara al Capítulo General. Dije que en conciencia me parecía que no debía participar, porque era partir de algo, de la forma concreta existente, que yo no podía tomar como punto de partida, sino que lo era aquella libertad-fidelidad de que hablo más arriba; que, sin embargo, me comprometía a comunicar periódicamente lo que me parecía ir entreviendo y descubriendo desde mi postura, cosa que sigo haciendo todavía tres veces al año al cabo de ya una década.

Primero creí que esto podría y hasta debía contribuir a hacer cambiar toda la comunidad. Aunque colaboraba bastante activamente, renuncié a puestos directivos para no quedar cogida por la preocupación de las formas existentes, puesto que me habría parecido infidelidad a lo que sentía debía hacer. Era la exigencia de no mirar atrás una vez cogido el arado, la de dejar que los muertos enterraran a los muertos, sin que esto sea un juicio sobre nadie, sino sobre una llamada al seguimiento de otra manera. He estado siempre dispuesta a aportar sugerencias desde mi sitio. Con el tiempo, sin embargo, fui comprendiendo que no debía esperar ni querer el cambio para el conjunto, según yo lo entendía, puesto que era imposible, porque otras no lo veían así ni lo querían.

Ante esto, me parecía que debía decir claramente: «Me he llegado a dar cuenta de que yo ya no soy esta flor o este estiércol (en el sentido muy positivo que tiene en Oriente) que es Betania actual, sino que soy una semilla salida de la flor o una seta crecida sobre el montón de estiércol.» Ante esto, cabe que el estiércol le diga a la seta: como ya no eres estiércol, te desechamos; o que le diga: te reconocemos como seta y apoyamos este brote distinto. En el primer caso se habría roto la alianza; conmigo ocurre más bien lo segundo. Así se ha expresado. La

alianza se basa en el fondo común que es el origen de Betania. Luego se concretiza de otra forma, en función de una posible forma nueva, significativa para el futuro de la Vida Religiosa.

Si durante unos años creí que era tiempo de crear algo nuevo ya, ahora no pienso del todo así. Considero que estamos viviendo un tiempo en que se trata de preparar el caldo de cultivo del que más adelante, a su debido tiempo, surgirán de nuevo formas más estables. Lo de ahora es todo provisional y pasajero. El umbral cultural que estamos atravesando y las características de la nueva cultura, que por ahora no se asoma sino en sus primeros brotes, lo hacen suponer y lo llevan consigo.

Es como un éxodo. Durante la travesía del desierto lo que hace falta es un lugar de discernimiento, una Nube que guíe como guió a los israelitas. Para mí esto implica buscar contacto con otros «trashumantes» que van apareciendo por distintas partes, para ir discerniendo juntos.

Es una comunidad dispersa, pero real; una brújula común que se forja a base de la brújula de cada uno.

Nuestro momento histórico

Esta situación resalta de un modo especial algunos aspectos, los básicos, de la Vida Religiosa, y así la vivo, como un seguimiento sin casa (habitación alquilada en un barrio obrero), situación un tanto pionera, también un tanto solitaria, pero a la vez Soledad llena de Amor y vivida en comunión con otros en circunstancias parecidas.

Hay un icono que refleja, transparenta esto de una manera única. Es el que preside mi habitación-«ermita en la ciudad» desde su descubrimiento en un largo retiro solitario. Había empezado en grupo con otras de Betania para terminar, la tercera y cuarta semanas, a solas con el icono. Se ve a Cristo en la tumba, pero de pie. Las manos atadas, una cruz negrísima en el fondo con tres clavos espeluznantes que sobresalen. Sin embargo, su cabeza está rodeada de una delicadísima cruz toda tejida,

como con infinita ternura, de perlas blancas atravesadas por unas líneas rojas, el color del amor. Una paz profunda y una luz que le llena enteramente irradian de Cristo. Dos ángeles, uno a cada lado, se inclinan en lo alto hacia él, el uno en gesto compasivo de Padre, el otro con alas llameantes en actitud de adoración del misterio que desvela detrás del dolor: un Amor indescriptible. Y de allí nació la comunidad, la Iglesia cristiana. Creo que es este misterio el que se trata de compartir hoy, de una manera especial.

Por nuestra parte, esto exige: estar dispuestos, libres de todo y con una confianza inquebrantable. «En Dios espera mi alma, de él solo me viene la salvación» (Salmo 62,2). Es lo que hice grabar en el anillo que de niña quise dar al Montserrat y que luego, «conmigo metida», ha expresado mi entrega a este modo de vida cristiana, a través de Betania.

Me considero un poco «ermitaña en la ciudad» y un poco «monje itinerante». Quizá sea ésta una forma nueva, en todo caso es mi forma en este momento de paso, seguramente para tiempo. La siento entroncada e inspirada por el ejemplo y la tradición de vida célibe eremítica-comunitaria, tanto religiosa en general como cristiana en especial. También la reconozco en el proyecto original de Betania.

En los estatutos primeros, los de 1919, se habla de que siempre sean dos o tres amigas las que trabajen y vivan juntas con otras personas no comprometidas de por vida con la comunidad. Pero J. van Ginneken, S. J., el fundador, también había inspirado a varias personas que vivían una especie de vida eremítica en medio de la ciudad, y hoy día una cuarta parte de los miembros de Betania viven solas. Creo que se trata de una vocación que lo es más de ser fermento comunitario que de formar comunidad, en el sentido de convivencia y trabajo en común exclusivamente entre miembros de Betania.

Una vez al año, todas las que pueden se congregan durante una semana para hacer un alto, poner en común el año transcurrido y señalar perspectivas. Así al menos fue concebido el encuentro hace unos años, a partir de que cada una estuviera abriendo camino desde la libertad-fidelidad, re-creando desde las raíces. Pero esto sólo se consigue en la medida en que existe una gran libertad de espíritu y no se está atado por bienes ni tradiciones en minúscula. Esto es posible que sólo en la medida en que la gran Tradición, en la que una se inserta, sea la del éxodo en pos de Cristo, libre de todo, dejándose guiar por una voz, cuya recta interpretación se discierne con el evangelio en la mano y en referencia al propio origen comunitario.

Es lo de atreverse a dejar la armadura del rey Saúl y atreverse con la piedrecita de David; es lo de atreverse a atravesar el lago de Galilea siguiendo una voz, aunque casi seguro va a haber tempestad.

Creo que es ésta la gran exigencia de la vida religiosa actual, si de verdad ha de tener sentido en el futuro: una libertad y una fe radicales para «marchar».

En la medida en que algo de esto se da, la Eucaristía matinal al final de la semana de encuentro expresa y celebra la alianza con y en Cristo de una gente que, como los israelitas, está de pie, «ceñidos los lomos, calzados los pies y el bastón en la mano» (Ex 12,11), a punto de salir, las maletas preparadas, en torno a la mesa del altar en el lugar de las reuniones, dispuesta a coger el tren, coche o avión. Pero falta mucho aún para que lo sea del todo.

Durante el año, otros encuentros, de otra manera, tienen algo de esta puesta en común de lo que se va viviendo y descubriendo para ir discerniendo en común y detectando perspectivas, a un nivel más local. Es el caso, por ejemplo, de nuestras reuniones de religiosas de barrios obreros de Madrid. Empezaron hace unos diez años y han ido cambiando de forma, conte-

nido y participantes. Entonces fue el momento en que muchas nos planteamos la necesidad de «bajar», de «encarnarnos» más de veras en los ambientes marginados, en el mundo obrero, en los barrios, siguiendo el ejemplo de Jesús, que nació y vivió entre los pobres sobre todo, para no ser ya la voz de Yahvé desde el Sinaí, sino Dios hecho hombre, uno de nosotros compartiendo nuestras situaciones, salvando y liberando desde allí, con una clara preferencia por los que más lo necesitan.

El «aterrizaje» en los barrios supuso integrarse en reuniones y asociaciones de todo tipo que absorbían gran parte de la atención del momento, y durante algunos años el contacto entre unas y otras fue sólo personal, hasta que se planteó de nuevo reunirse. Ahora, partiendo de los problemas concretos del momento que se vive en los barrios, la atención en las reuniones se intenta centrar especialmente en el *modo* cómo se está allí presente. Se intenta explicitar qué es y qué significa ser cristianas al modo célibe y la vida comunitaria hoy. Es un momento importante. Se está intentado tomar más profundamente conciencia de la propia vocación, una vez hecho el reajuste del lugar, es decir, después de haber intentado bajar (cosa que nunca está hecha definitivamente, creo), después de haber descubierto un «dónde» más evangélico y haberse dado cuenta del «qué», la participación y colaboración por la justicia y la paz, teniendo en cuenta también los aspectos estructurales, darse cuenta del «cómo»; con lo que se toca muy de cerca la raíz de la vocación, su sentido, tan importante, según creo, para el futuro.

Dimensión contemplativa

La Vida Religiosa me parece una vida ligada íntimamente a la dimensión del sentido de la vida y a la profundidad contemplativa. Creo que es lo que más ha de aportar desde su modo propio de ser cristiano: el sentido último de la vida, la libertad radical, la dimensión de profundidad y contemplación. Pues es precisamente lo que más la caracteriza... si es lo que pretende ser. A un nivel antropológico siempre recuerdo en este contexto a la pastora Marcela y a los bhikkus budistas. Es el carisma que

ella aporta, no en primer lugar por lo que haga, sino por cómo lo haga y por lo que es, ¡si lo es!, contagiándolo, irradiándolo.

Esta dimensión se echa muy en falta hoy en nuestra sociedad y cultura. Según opinión de gente entendida, esta laguna se irá acentuando, porque no estamos sino dando los primerísimos pasos hacia lo que va a ser una era cultural supertecnificada. Su clima se caracterizará por una racionalización extrema y desequilibrada, dejando sin desarrollar el órgano del sentido profundo de la vida. Ya ahora se puede decir que en general vale lo que se toca, mide y pesa, lo que es eficaz y produce, pero esto no aporta sentido a la vida, no llena, deja vacío en el fondo. Hay desarraigo de lo último también por otros motivos, migraciones frecuentes, ansias de lo nuevo, inestabilidad de la familia. La búsqueda de raíces, de horizontes amplios, de profundidad, irá aumentando como reacción. El creciente consumo de drogas, el interés por nuevos métodos de meditación provenientes de Oriente, de distinto modo, lo están manifestando ya, así como otros fenómenos.

El estar con los más necesitados sobre todo, la presencia en el mundo marginado y del trabajo, colaborar en su liberación, para que reine la justicia en el mundo es una exigencia que la vida religiosa, si es cristiana, comparte con todos los cristianos, acaso a veces más acentuadamente por estar libre de responsabilidades familiares. Pero el aire que ella aporta en esta tarea evangélica común, por su ser más íntimo, creo, ha de ser un sentido radical de lo último y una libertad también radical que, por ejemplo, capacita para ver en todo hombre ante todo a un hermano antes que la etiqueta tal o cual que lleve puesta. Su papel, creo, es sobre todo de distintas maneras según las vocaciones, vivir y ayudar a vivir la vida humana de un modo transparente a Dios, abrirla a su Amor, contribuir así a iluminar y transfigurar la vida entera, recogiendo con agradecimiento y libertad de espíritu la ayuda que en este sentido pueden aportar las grandes tradiciones místicas y ascéticas de la humanidad, como, por ejemplo, yoga y zen, y a partir de allí el redescubrimiento de la mística occidental y cristiana.

Relaciono con la «vida religiosa» un sentido muy agudo por las «raíces», por el «fondo» de todo, que lleva hoy, entre otras cosas, a un valoración nueva de la mujer y a la defensa de su libertad verdadera, al descubrimiento del sentido de esta libertad como nueva posibilidad de encuentro y amistad entre varón y mujer, tanto al modo célibe como al casado, «humanización» de la convivencia y de una vida más de acuerdo con el Evangelio (Gál 3,28).

Desde las raíces también despierta un sentido especial de amor por la creación entera en que se refleja el Espíritu de inmensa Bondad y Sencillez que en Cristo se nos ha manifestado de un modo personal y humano; de ahí, por una parte, el deseo de que este mismo Espíritu sea quien esté presente y transfigure también la convivencia humana, las realidades sociales, poniendo de nuestra parte todos los medios posibles, con gran libertad, aprendiendo de todos. Por otro lado, lleva a la defensa de la naturaleza, con la que se siente una comunión y, por tanto, sensibilidad por el problema ecológico desde su raíz última.

Mística y política

Veo muy unidas «mística» y «política», aunque pienso que pueden darse formas de «vida religiosa» que para mí, en el fondo, es vida contemplativa siempre, unas veces más en el «corazón de las masas», en las ciudades y otras veces fuera de ellas, pero también para la ciudad y para los demás.

El origen de verlo así o la posibilidad de darme cuenta de esto creo que tiene, como tantas otras cosas, su origen en mi infancia. Siempre me atrajo la profundidad y la soledad, pero a la vez siempre hubo circunstancias concretas que me obligaban a no vivirla separadamente, a tener en cuenta a los demás. Viví los años decisivos en un ambiente que resultaba una interpelación crítica constante al incipiente descubrimiento de la dimensión de profundidad y de fe y fue convirtiéndose en una especie de segunda naturaleza eso de confrontar lo uno con lo otro. En otro nivel de cosas, resultaba normal intentar compaginar en

lo posible lecturas y estudio, etc., con las exigencias de la vida cotidiana familiar, echando una mano en casa, atendiendo a mi hermano pequeño o lo que fuera.

Como por instinto incluso me parecía que esto era lo más sano, daba sensación de algo sólido, bueno y claro, de estar pisando tierra y de no perderse por las nubes, aunque me tentaba por allí.

La acción ha sido y es una escuela de desprendimiento y de liberación. Mi «regla» más simple llegó a ser: «hacer lo que hay que hacer».

Durante los años en que fui secretaria de una asociación de vecinos, recientemente, esto también contó mucho, y justo en aquel tiempo leí el capítulo sobre el «yoga de la acción» en la Bhagavad Gita, una auténtica joya.

De aquí también el sentido de fermento que debe trabajar la masa al abrirse camino laboriosamente, como pionero en una selva, por tierras inexploradas. Es la impresión que tengo hoy ante la realidad y el mundo que me rodea, estando como en el umbral de una nueva cultura; a partir de una libertad que espero llegue a ser cada vez más profunda y una fidelidad cada vez más verdadera y radical a una Pujanza y Presencia que percibo con amor y gratitud en lo hondo de mi vida.

Ymelda Tijerina

Iniciadora de la Congregación de Hermanas del Servicio Social, ha sido superiora general de la misma durante veinticinco años (1945-1970). Farmacéutica y enfermera, cursó en el seminario de Monterrey (México) sus estudios de teología, filosofía y biblia. Colaboradora en la iniciación de la Unión Internacional de Superioras Generales (UISG), de la Conferencia de Institutos Religiosos de México (CIRM), del Movimiento por un Mundo Mejor en México, de la Escuela de Trabajo Social Cervantes (Monterrey, del Frente Pro Derechos Humanos, Garantías Constitucionales y Libertades Democráticas (Monterrey). Miembro de la Comisión Pastoral Diocesana de Cuernavaca y del Equipo Coordinador de Religiosas de la Diócesis. Maestra de novicias durante cinco años. Jefe de enfermeras y administradora de hospital durante ocho años. Promotora y animadora de grupos populares.

¿POR QUÉ SOY RELIGIOSA?

Por los años 40, frente a un mundo que veía sufrir, en esa masa oprimida por la sociedad y con el cual me relacionaba profesionalmente (por ser farmacéutica y porque buscaba relacionarme), nació el deseo de entregar mi vida a su causa; eso me inspiró optar por la vida religiosa, así como el pensamiento de conservar mi libertad celibataria (que no concebía conservar de otro modo).

Resolví ingresar con las Hermanas de la Caridad del Verbo Encarnado, asegurándome con ellas que me dedicaría a los po-

bres y no en colegios, sino en el área «enfermos», por lo que estudié enfermería.

No había terminado el noviciado cuando tuve oportunidad de relacionarme con una «Obra» que agonizaba antes de nacer: Misiones de la Santa Esperanza, quienes pretendían un servicio social con enfermos leprosos y tuberculosos, y me integré a tres personas que quedaban del grupo, dejando el noviciado de las Hermanas de la Caridad del Verbo Encarnado próxima a profesar.

Sobre la marcha en el incipiente grupo se fue realizando una ación que *descubría* momentos históricos no «roturados», por lo que bajo esa mirada profética adoptamos como patrono a San Juan Bautista, tomando el nombre de Hermanas del Servicio Social y el lema de «Servir, no ser servido», así como con una especial consagración a Cristo Rey, «cuyo reino de verdad y de vida, de santídad y de gracia, de justicia, de amor y de paz (dijimos en las Constituciones), está ya misteriosamente entre nosotros» (cf Act 2, 36; Fil 2, 9-11; Mt 28, 18).

Y como parte de esa consagración, una gran inquietud por la construcción de ese Reino, dijimos en las Constituciones:

> «Nos afanaremos en perfeccionar esta tierra donde ha de desarrollarse en el amor y la justicia y la paz el cuerpo de la nueva familia humana que por el poder del Espíritu anticipa ya los nuevos cielos y la tierra nueva.»

Mi vida es la de una persona inquieta, buscando o tratando de descubrir al Cristo que se va manifestando. Estoy muy de acuerdo con mis Constituciones, que dicen:

> «Nos esforzaremos en colaborar con la Iglesia en el descubrimiento y el estudio de la época a la luz del Evangelio; nos consagraremos a conocer al hombre para conocer a Dios.»

> «Las Hermanas del Servicio Social queremos adoptar como ejemplo para nuestra vida y nuestro apostolado la figura de Juan, Profeta y Precursor del Señor. Aprenderemos, por tanto, la fortaleza y la intrepidez del Profeta.»

«Conscientes de que el desarrollo es fruto del Espíritu de Dios que actúa en el hombre muchas veces oculta y misteriosamente, nuestro apostolado consistirá en poner al servicio de nuestros Hermanos los recursos de la ciencia y la técnica, juntamente con el testimonio de nuestra fe y de nuestra caridad, para que, descubriendo sus propios valores humanos, la libertad, el amor, la justicia y la solidaridad con los demás, puedan valerse de sí mismos y realizar así la altísima vocación a que Dios los ha llamado.»

Y esa inquietud se transmite a los demás; lo palpo en el siguiente artículo:

«Al colaborar con nuestros hermanos, hemos de ser conscientes de que sólo habremos cumplido con la misión que se nos ha encomendado, en la medida en que suscitemos en ellos aquello de: "Esperamos, según nos lo tiene prometido, nuevos cielos y nueva tierra en los que habite la justicia"» (2 Pedro, 3,13).

Los cielos nuevos y la tierra nueva los concibo *ya desde aquí,* en ese ir descubriendo una sociedad más justa, ir vislumbrando una tendencia a la igualdad y solidaridad humanas que nos haga pensar en la creación de un hombre nuevo, y de una mujer nueva, y de una sociedad nueva.

Mi vida creo que está centrada en ese compromiso, el cual intento realizar:

— Integrándome a grupos que apoyen al pueblo oprimido en sus luchas por liberarse, que lo acompañen en sus procesos.

— Sumándome a organismos que se preocupan por cuestionar las estructuras sociales opresoras, las relaciones humanas poco humanas, la vida del hombre poco cristiana.

— Y que se esfuerzan por abrir nuevos caminos, por descubrir pistas de acción renovadora que lleven al cambio a una sociedad más justa.

La vida religiosa, para mí, significa: grupos de personas con una *misión profética* y, por lo mismo, libres y dispuestas a correr los riesgos que trae el *denunciar* situaciones injustas, y el *anunciar* nuevas realidades en un proceso de cambio hacia una nueva sociedad dentro de la utopía cristiana.

Esa misión profética no sólo en relación con áreas sociales o tareas para las cuales han sido inspirados uno u otro grupo, sino también hacia aquellas instituciones que, llegando a institucionalizarse, pierden muchas veces su propia frescura, anquilosándose ahistóricamente, como sucede a la mayoría de las Congregaciones religiosas, otros grupos de Iglesia y aun a la misma Iglesia.

Desde luego, el anunciar y denunciar exige ser consecuente con los riesgos que eso acarrea; por lo tanto, habría que ser consciente de esa «misión profética», por la que los grupos religiosos deben existir.

Continúo siendo religiosa porque le encuentro «sentido»: teológica, sociológica y psicológicamente.

— *Teológicamente*: estos grupos, en su relación Dios-compromiso con los oprimidos, harán una revelación sobre Dios, su amor y su justicia... Hoy como nunca, el mundo y la Iglesia necesitan de voces proféticas que anuncien ese mundo utópico y que denuncien las aberraciones de esta sociedad opresora que reprime y atropella a personas y grupos; necesitan que la voz de Cristo se deje oír a través de sus seguidores.

— *Sociológicamente*: se siente estar inmerso en una sociedad caduca, con una dominación imperialista, con una ideología dominante en las concepciones de la sociedad capitalista; esto lleva urgentemente a la búsqueda de un cambio; por lo mismo se necesitan grupos de personas en constante entrega y en constante esfuerzo por colaborar en la realización del cambio.

— *Psicológicamente*: ante esas realidades, me afirmo y me potencio para vivir cada día con más seguridad, alegría y esperanza mi compromiso cristiano.

En cuanto a la fidelidad, creo que está inmersa en el mismo compromiso.

¿Hacia dónde debe caminar la vida religiosa?

Para mí, la vida religiosa que no cumple con su misión profética está vegetando, porque esa misión, en cualquier campo de acción apostólica, podrá realizarse si se tiene un mirar hacia adelante para «descubrir el Reino que se construye» en el devenir del tiempo.

La existencia de distintos grupos religiosos está precisamente en esa misión, para la cual los fundadores tuvieron una inspiración que realizaron en un momento histórico y que sería riquísima si se actualizara constantemente, y así:

> — Educación: fue histórica construyendo escuelas particulares; y ahora sería, superando el clasismo, el elitismo y el comercializar de las escuelas particulares, ponerla al servicio de todos sin excepción de personas.
>
> — Las actividades contra la prostitución, que un día se llevaron a cabo estableciendo casas de regeneración o preservación, ahora serían de gran valor propiciando la unión hombre-mujer por cariño y luchando por terminar con el comercio de la carne.
>
> — El servicio social, que un día se enfocó a la «asistencia», hoy exige una mirada y una acción hacia «el cambio de la sociedad». Y así en cada área de acción, la mirada profética del religioso descubrirá horizontes que le lleven a procesos de cambio hacia una sociedad siempre nueva.

La vida religiosa no puede ser estática, instalada, aburguesada; lleva en sí la inseguridad, pero también la fe y la esperanza, la soledad y asimismo el amor. Al intentar descubrir momentos siguientes más ricos, tendrá que desinstalarse y dejará las actitudes burguesas; sólo así será un grupo de Iglesia siempre actual y al servicio del mundo.

La primera exigencia del futuro para la vida religiosa será tener una conciencia muy clara de su misión y de su compromiso como grupos proféticos, por lo que tendrán que ser «siempre actuales» y mirando «hacia adelante».

También necesitarán integrar miembros comprometidos en la misión a que esos grupos se comprometen; por lo mismo, habrán de cuidarse de personas que aun inconscientemente quieren ingresar tratando de evadirse o buscando instalarse.

— asumir los riesgos que al *denunciar* y *anunciar* se acarrearán, disponiéndose a desafiar las tempestades que esto les producirá;

— aprender a manejar los conflictos o contradicciones, sabiendo que éstos no son algo que destruye, sino muy al contrario, nos hacen avanzar si los tratamos correctamente;

— adquirir una disciplina que ayude a luchar eficazmente por mantener sus objetivos y por acompañar al pueblo de Dios en sus procesos;

— la inseguridad que el proceso de la historia va marcando exige una fe siempre en búsqueda de luz, una esperanza que confíe firme y audazmente y un amor que se aquilate en la misma inseguridad.

Egidio Viganó, sdb.

Nacido en Sondrio (Italia), el actual Rector mayor de los Salesianos ingresó muy joven en la Congregación. En seguida fue destinado a Chile, donde fue profesor de Filosofía y Teología, formador de seminaristas y después Superior provincial. Colaboró con el cardenal Silva Henríquez en el Vativano II, participó en Medellín y en Puebla. Ha publicado diversos estudios sobre vida religiosa. Es Rector mayor desde 1977.

¿Por qué soy religioso?

Me ha atraído mucho la figura de Dom Bosco y he querido quedarme con él. Pero este atractivo no habría nacido en mí si no hubiera pertenecido a una familia cristiana y no hubiera conocido a un sacerdote salesiano, sencillo y auténtico, que dirigía el oratorio festivo de mi ciudad.

A primera vista, entonces, dos razones:

— Una familia tan cristiana que ha hecho madurar su matrimonio en la virginidad: 10 hijos, cinco muertos muy jóvenes, cuatro religiosos y uno que se quedó a cuidar con generosa alegría a los papás.

— Un sacerdote santo que ha testimoniado con sencillez y con la dedicación cotidiana de su vida un ideal simpático de pastoral juvenil.

Soy religioso con satisfacción global y con conciencia clara de pertenencia a una comunidad concreta, en la que se comparten esperanzas y problemas.

La vida (he estado 32 años en Chile y, después, un poco por todo el mundo) me ha enseñado a ser realista. Además, la formación salesiana que he recibido está muy centrada en la dimensión pedagógica, que ayuda a evitar los desequilibrios idealistas.

He encontrado entre mis hermanos la presencia y la iniciativa del Espíritu Santo, en personas y eventos, y esto me ha dado «pulmones pentecostales».

Conozco también la pesadez de los problemas, pero vivo sin dificultad en la esperanza.

La vertiente primera o la chispa genial de un proyecto de vida religiosa está, para mí, en la intuición directa de Jesús el Señor, que da origen a la «sequela Christi». Considero como gesto más expresivo de mi libertad y como compromiso totalizante de mi existencia el acto de mi profesión religiosa.

Sigo siendo religioso porque mi vida religiosa tiene sentido, exige coraje y satisface las aspiraciones de mi fe.

La fidelidad, a mi juicio, se deriva de una conciencia cultivada de que Cristo sigue siendo el valor absoluto de mi opción fundamental, no obstante la emergencia acelerada de tantos valores nuevos y no obstante los actuales cambios socioculturales traídos por los signos de los tiempos.

¿HACIA DÓNDE DEBE CAMINAR LA VIDA RELIGIOSA?

He podido comprobar, sobre todo en América Latina, que la Vida Religiosa camina hacia una expresión más eclesial de su propio ser, aportando a las Iglesias locales y a la Iglesia universal una reactualización del genuino carisma de los Fundadores. Esto ayudará a armonizar y manifestar siempre mejor las dos grandes misiones trinitarias de salvación, la de Cristo, el Señor de la Historia, y la de su Espíritu, alma de la Iglesia.

Con respecto al mundo, veo que la Vida Religiosa está renovando siempre más concretamente su rol profético en los quehaceres complejos de la liberación y promoción humanas.

En esto he visto desequilibrios lamentables de desviación temporalista, pero la línea de crecimiento de la Vida Religiosa va hacia una presencia activa en el mundo que exprese lo específico de la consagración en beneficio de la dignidad del hombre. La adhesión total a Cristo, para amar al Padre como el valor supremo y absoluto, comporta como consecuencia necesaria un compromiso histórico de servicio salvífico a la humanidad en particulares sectores de destinación, según múltiples carismas.

Yo no soy un futurólogo. Los signos de los tiempos (¡que ya existen!) nos indican una cierta dirección del devenir humano: personalización, socialización, secularización, liberación, promoción de la mujer, etc.

Por otra parte, los acontecimientos renovadores de la Iglesia (Vaticano II, Sínodos Episcopales, Medellín, Puebla, Capítulos Generales Especiales de los Institutos Religiosos, etc.) nos muestran un derrotero nuevo: misterio eclesial, espesor sacramental, renovación de la comunión y del servicio, distinción y compenetración de Iglesia y mundo, dinamismo de la escatología, recuperación de la Tradición viva más allá de las tradiciones formalistas, reinterpretación existencial de la santidad según la primacía de la vida en el Espíritu, etc.

Todo este movimiento de crecimiento humano y eclesial nos hace esperar un futuro muy positivo para la Vida Religiosa: no

vivimos una hora de funerales, sino una aurora de vuelta a la creatividad original.

El futuro parece estar exigiéndole a la Vida Religiosa una mayor conciencia de su naturaleza y una más inteligente connaturalidad con su audacia carismática.

El auténtico religioso del futuro será, a mi modo de ver, un testigo más claro y un servidor más eficaz de un nuevo tipo de convivencia humana.

Asunción Vivas, op.

Nacida en Calella (Barcelona) en 1930. Las Dominicas de la Anunciata saben bien de sus inquietudes, de su coraje y de su fe. Gracias a ello va adelante la Obra Social «Mi Casa», con el apoyo del Instituto, para dar familia a los niños que no la tienen.

Me hice religiosa para ser más útil a los hermanos. Esta es la contestación, lacónica, pero real.

Desglosando un poco esta respuesta, diría que mi vocación nació junto a mi padre, médico, junto a la manera de vivir su vida, ya que lo natural rozaba con lo sobrenatural y lo sublime con lo sencillo. Su oración era como el punto de arranque, como el poner en marcha el motor para seguir todo el día sirviendo al hermano enfermo.

Hoy, mirando su vida a través de la perspectiva de los años, diría que su misa duraba veinticuatro horas. Su especialidad era pediatría. Había hecho prácticas en la Maternidad de Barcelona, y un buen día se me ocurrió pedirle si podía visitarla. Me dio el nombre de una religiosa y ésta me enseñó todo el gran edifi-

cio, del que sólo recuerdo unas grandes salas en las que había muchas camas y muchos niños. Caritas de niño que se me grabaron en mi corazón, y al despedirme dijeron: «¡Mamá, mamá, no te marches!»

Leí un día que lo más pesado que existe en la tierra es la lágrima de un niño que llora de hambre. Yo añadiría que cuando esta lágrima no es por falta de pan amasado de harina, sino por falta de pan amasado de ternura, esta lágrima no puede ser pesada, por superar toda medida. Y es este peso el que llevo en mi corazón. Y mientras haya un niño en el mundo que siga sufriendo, mi corazón seguirá pesando.

Mi vocación está ya decidida. No la congregación, ya que yo buscaba la de horizontes más amplios, no fácil en el 53. Al fin entro religiosa dominica de la Anunciata. Hice el postulantado en San Andrés y el noviciado en Vich (Barcelona). Hubo momentos de incertidumbre y de dolor. Incertidumbre, porque se me presentaba la vida religiosa como una negación, y yo sólo buscaba realización. Las Constituciones eran frenos, y yo sólo soñaba con alas. Dolor, porque me costó enormemente salir del entorno familiar, del que añoré mil veces el amor vivido hasta la médula. Me salvó mi espontaneidad y mi confianza con los superiores. Profesé en Vich el 9 de septiembre del 54. Fue la última vez que nos reunimos todos los hermanos bajo la sombra de mis padres. Día radiante y triste a la vez. Me sentía tan feliz con toda mi familia dentro del convento...; pero ellos tenían que marchar. Cada hermano iba perfilando su vida y mis padres adquiriendo una madurez en la que iban desapareciendo las formas corpóreas para quedar sólo las del espíritu.

Recordaré siempre, y este recuerdo, junto con otros muchos, es la mejor herencia que me hayan podido dejar mis padres, el siguiente diálogo:

> —Joaquín, dame dinero; se me ha terminado.
>
> —No tengo, Carmen. Si bien es verdad que vengo de hacer visitas, en la última, bajo la almohada, dejé cuanto llevaba.
>
> —No te das cuentas que tienes ocho hijos que mantener.
>
> —Sí; pero cuando hay otros niños que están más necesitados, *antes son ellos.*

Yo era hija, y hoy me siento orgullosa de que para mi padre antes fueran *los más necesitados.*

Y al marcharse mis padres y mis hermanos, el día de mi profesión, dentro de mi alma estallaba una voz, una fuerza, que era la herencia de mis padres: *Antes son ellos* (los más necesitados). *Quédate.* Me quedé.

Al principio viví mi vida religiosa estudiando y dando clases. Pero siempre me sobraba tiempo para estar, junto con mis alumnas, al lado del hermano necesitado. Juntas fuimos adquiriendo una visión del mundo que sale de todo catálogo, de toda estadística. Ejemplos que rubrican esta afirmación, a montones; valga uno por todos.

Un día, una señora sencilla, pero de gran corazón, me vino al colegio pidiendo solucionara su problema, y por cierto no pequeño: Un niño, casi bebé, paralítico; el marido, con un jornal pequeño. Carecían casi de todo, pues la enfermedad había minado los pocos ahorros.

Yo no tenía ni cinco; no obstante, consolé a la buena mujer y le dije que muy pronto tendría noticias nuestras.

Al quedarme sola con las niñas, me lanzaron la siguiente pregunta: «¿Por qué Dios permite el dolor en un ser inocente?»

Yo no sabía qué contestar, pero recordé algo leído en un libro de Quoist, *Oraciones para rezar por la calle:* Un tractor por sí solo no puede hacer nada, necesita de un chófer. Yo dije a las niñas: «El pequeño no tiene capacidad para ofrecer, es como el tractor; pero vosotras podéis ser 'su chófer'.» Ellas se quedaron convencidas. Les había pasado la paz, ellas me habían pasado la guerra. Sentía rebelarme por dentro y decía al *Padre:* ¿Por qué permites el dolor de un niño? Muy pronto supe la contestación, dada por las mismas niñas. Bajo mi almohada encontré, dos horas después, un sobre con la siguiente inscripción: «Matemáticas de Dios: quien mas da, más tiene.» Las niñas habían dejado todos sus ahorros.

Bajé las escaleras de cuatro en cuatro, por no decir de seis en seis, gritando: «Vosotras valéis mucho más ahora, gracias al dolor de este niño.» Quizá si no hubiera sufrimiento en el mundo todos seríamos unos perfectos egoístas.

Y vi cómo mis alumnas crecían, y hoy sé que se pueden haber olvidado de algunas lecciones de matemáticas o historia, pero que no se olvidarán jamás de la lección del pequeño paralítico y de tantas otras lecciones que aprendimos juntas al lado del hermano que sufre. Porque, no sé, quizá os parezca herejía, pero muchas veces ante el hermano enfermo, pobre, débil, nos habíamos quedado frente a frente con Jesús, como si desaparecieran los accidentes del Pan en la Sagrada Forma y se quedara sólo la Sustancia: *Jesús.*

Así uno y mil casos. Me destinaron a Zaragoza, siempre dedicando mis horas libres a *ellos.* Cada día tenía menos horas de clase y más horas que los superiores me permitían dedicar a los niños, enseñando no precisamente matemáticas.

Volvió a dejarse sentir la incertidumbre del noviciado, no de dejar mi vocación, sí de consagrarla hasta la médula. Pensaba mucho en el P. Damián. Para mí, su consagración total tuvo lugar cuando, invadido por la lepra, pudo decir: «*Nosotros,* los leprosos.»

Conseguí permiso de los superiores para marchar con la Hermana Villarroel a Tosos, 50 kilómetros de Zaragoza, verano del 67. Formábamos una familia de dieciséis niños. Nunca nos faltó nada, y menos *alegría,* porque nos *amábamos.*

Terminó el mes, tiempo límite de permiso, y empezó el calvario, y empezó por tener que dejar a unos hijos y volver a una vida que ya no era mi vida.

Supe esperar, pero esperar construyendo, dialogando, intentando pasar la luz que *ellos* (mis hermanos necesitados) me habían dado a otros hermanos (más necesitados) que, por no verla, intentaban apagar.

Recordaré siempre momentos duros, pero esclarecedores; momentos en que yo misma debía poner razones muy claras ante mí y ante los superiores para que me dejaran continuar haciendo lo que había empezado, casi sin pretenderlo, instada sólo por una necesidad: el hermano.

Una cosa costó mucho ver: ¿Cómo podía salvarse la vida de comunidad viviendo una sola religiosa con ocho niños en un piso? Se puede vivir las veinticuatro horas del día y los trescientos sesenta y cinco días del año al lado de una cama, silla o armario, con quien no se forma, ni se formará nunca, «comunidad». En cambio, vivimos un grupo de personas que no dormimos bajo el mismo techo, pero como no sólo vivimos, sino que *compartimos,* nos *desvivimos,* formamos comunidad, una comunidad original, que tiene unas cuantas consignas, entre las que están: «Hacerse migas por el hermano», «Amar hasta el fin», «Como la espiga repleta y sana doblaré mi tallo, si hiciera falta, pero sólo así: repleta y sana». Y pienso sinceramente que esto es vivir en comunidad, porque vivimos en comunión.

Así hemos ido formando una pequeña comunidad, en la que están otras religiosas dominicas de la Anunciata. Todas aman a la congregación, a los superiores mayores, y ellos a su vez aman a todos los componentes de «Mi Casa». Así, *unidos,* hemos ido *creciendo, creciendo,* y juntos damos la vida para que los niños puedan *crecer* en todos los aspectos, pero especialmente en el *amor.*

Epílogo

Decíamos al presentar el libro y advertíamos a los que han respondido a nuestro cuestionario que no pretendíamos un libro de «teología» o teórico sobre la vida religiosa. Que lo que nos interesaba era la manifestación de los propios testimonios vocacionales personales, la textura interior de nuestra vivencia como seguidores de Jesús en la vida evangélica. En el curso de la confección del libro rechazamos la respuesta de más de un religioso que se nos situaba estrictamente en el campo de las nociones y conceptos evadiendo la respuesta vivencial. El lector, después de leído cuanto antecede, podrá juzgar del éxito o fracaso de nuestro propósito.

No sería coherente con esta orientación que al concluir el libro lo cerrásemos con un epílogo que, en base a los testimonios aportados, elaborase una teología de la vida religiosa. Sería situarnos en un campo que decididamente hemos negados a los demandados.

Sin embargo, sí que ha parecido útil a cuantos han revisado los originales la posibilidad de añadir un epílogo breve y conciso que, sin hacer teoría, sirviera para resaltar, para acentuar y explicitar las constantes testimoniales que aparecen en el conjunto

de respuestas. Este es el propósito de este epílogo. Siempre, desde luego, sin atribuir a estas constantes el carácter sociológico que pueden tener las constantes extraídas a partir de estadísticas científicamente elaboradas. Sabemos bien que no es éste nuestro caso.

¿Cuáles son las constantes que pueden subrayarse como más presentes y actuantes en una espiritualidad que surge en la vida religiosa, a partir de los testimonios aquí presentados ?

A nuestro parecer, estas constantes son las siguientes:

1. *La experiencia de Dios*

Ante todo se puede observar que la experiencia de Dios es un elemento que está como a la base de la vivencia toda del creyente comprometido en la vida evangélica.

La experiencia de Dios aparece en primer lugar en el mismo punto de partida de la vida evangélica: en la vocación. La vocación a la vida religiosa surge como fruto de una excitada experiencia de Dios. Hubo algo, una profunda experiencia religiosa en la vida joven de estas personas, una experiencia que les impulsó a hipotecar todas las demás posibilidades de su vida, para centrarlo todo en la tarea de conseguir una profundización mayor, un vivir centrados en torno a esta experiencia absorbente. Muchos autores se refieren al período vocacional relatando las vivencias que han resultado ser más originales, más fuertes, más primigenias de toda su vida. Pueden ser, ciertamente, experiencias bien sencillas, aparentemente en nada extraordinarias. Puede ser incluso que descritas hoy, a unos cuantos años de distancia, aparezcan a los ojos de sus mismos protagonistas como algo elemental, ingenuo. Pero a través de tales experiencias hubo una vivencia y experiencia de Dios tan fuerte que hoy permanece imborrable, presente y sentida como el punto de partida de todo lo demás.

La experiencia de Dios se revela también a través del testimonio de estos autores como el cañamazo sobre el que se inserta

toda la volución posterior. La historia de la propia vida aparece como la historia de la propia experiencia de Dios. Lo que ha orientado, lo que ha sostenido la fidelidad día a día, año a año, y lo que ha dado a la fidelidad misma un sentido de novedad y de creatividad ha sido ante todo la experiencia de Dios.

2. *La radicalidad*

La radicalidad es tenida por la mayoría, explícita o implícitamente, como la característica medular de la vida religiosa, lo que le da sentido propio y le otorga una misión específica en el abanico plural de carismas y ministerios del conjunto eclesial.

Los religiosos sienten cada vez más que la claudicación vocacional se disfraza con muchos nombres: morigeración, prudencia, lentitud ante el cambio, acomodación, instalación en lo ya hecho, connivencia con el orden establecido en el mundo o en la Iglesia. Sienten que la fidelidad se llama radicalidad, riesgo, audacia del Espíritu, compromiso total, transparencia evangélica plena. Saben cada vez mejor que o son radicales o no son verdaderamente religiosos.

3. *Seguimiento de Jesús*

Si en otro tiempo la vida religiosa fue concebida como seguimiento de Jesús en un plano más abstracto, hoy, cada día más, los religiosos parecen poner el seguimiento de Jesús en el centro indiscutible de la vida religiosa, pero, además, un seguimiento entendido crecientemente desde unas dimensiones existenciales, históricas, concretas. La experiencia de Dios del religioso —como la de cualquier creyente, pero con más concreción— pasa por Jesús. La vida religiosa se concibe como seguimiento de Jesús en sentido histórico: se trata de adoptar sus mismas posturas ante la vida, ante el mundo, los hombres, la historia; se trata de asumir su misma causa, sus intereses, sus opciones, sus riesgos, su estilo, su compromiso histórico. Y esto es descubierto como el fundamento más esencial y definitivo del proyecto de vida del religioso.

No cabe duda de que poner en el centro de la vida religiosa el seguimiento de Jesús no es ninguna novedad esencial. Siempre se consideró la vida religiosa como una forma de seguimiento. La novedad es accidental, pero significativa, y viene de dos frentes. En primer lugar, de ese carácter histórico y concreto que adquiere hoy día el seguimiento. Y, en segundo lugar, la novedad procede de la percepción nueva (?) que la Iglesia —y los religiosos dentro de ella— está teniendo de Jesús.

Por percepción nueva queremos entender la acentuación de unos rasgos de la persona de Jesús que en otro tiempo quedaron en la penumbra, y el olvido o, mejor, paso a segundo término, de otros aspectos que anteriormente centraron la percepción de Jesús por parte de la Iglesia y, en su caso, del religioso.

Jesús, el Hijo de Dios, el Verbo eterno preexistente a los siglos, es el mismo de siempre. Su misterio, también. No es la misma, sin embargo, la percepción que de Jesús y su misterio hacen los creyentes en los distintos momentos de la historia. No cabe duda de que percibir a Jesús como el dulce huésped de las almas, el divino cautivo del sagrario, el Rey del universo, el redentor del hombre ofendido y dolorido por la ingratitud del pecado del mundo, por ejemplo, deriva una espiritualidad y un tipo de seguimiento de Jesús muy concreto y muy distinto al tipo de espiritualidad y de seguimiento de Jesús que deriva de una percepción de Jesús como el evangelizador del Reino, el Hombre Nuevo, el hombre libre frente a todas las esclavitudes, el liberador de la conciencia humana, el profeta que vivió pobre y optó por los pobres, el predicador arriesgado de una alternativa social para el mundo que inaugura el futuro de Dios en la historia. Por esta segunda línea de ejemplos va la espiritualidad de muchos religiosos en los últimos años, y los autores que aquí nos han presentado su testimonio son buena prueba de ello, con matices muy peculiares en cada caso.

4. *En función del Reino de Dios*

Es una consecuencia directa del seguimiento de Jesús. Porque Jesús fue ante todo el evangelizador del Reino. Esta orientación al Reino, que aparece hoy en el centro de la cristología, repercute en la espiritualidad de los religiosos. Ser religioso es vivir y luchar por la causa de Jesús, seguimiento en sentido profundo. Y la causa de Jesús fue el Reino. Y el Reino es una utopía ofrecida por Dios mismo al mundo, unas promesas escatológicas que no se pueden privatizar legítimamente: paz, justicia, bondad, fraternidad, solidaridad, reconciliación, perdón, amor, libertad, cercanía de Dios, filiación y fraternidad en perfecta conjunción. El Reino no es una realidad trasmundana simplemente, exterior, ajena, heterogénea, estrictamente «espiritual», angélica, referente sólo a las «almas». Así al menos lo mostró Jesús bien claramente.

El religioso, al seguir a Jesús redescubierto como el evangelizador del Reino, adquiere conciencia de su necesaria implicación en los problemas de los hombres, su compromiso en la historia, muchas veces conflictiva. Todo eso se trasluce en los signos que los religiosos dan de una creciente inserción en el mundo (frente a una vetusta tradición de «fuga mundi»), en ese itinerario personal —hecho de búsqueda, riesgo, inquietud y coraje— que va en tantos casos de una vida enclaustrada hasta la participación en los problemas humanos, sociales y políticos más diversos.

Esta es quizá una de las transformaciones más constatables en la evolución de muchos religiosos.

5. *Concentración en torno a la misión*

Todo ello deriva inevitablemente en una mayor concentración en torno a la misión. La espiritualidad, los usos y costumbres, la planificación, el ordenamiento mismo de la vida religiosa y la experiencia espiritual de los religiosos apuntan a una concentración en torno a la misión. Se supera el enclaustramiento, la

cerrazón de la vida religiosa sobre sí misma. Todo lo supervisa la misión apostólica. La apertura y la nueva sensibilidad hacia las grandes urgencias de la evangelización y las necesidades de la Iglesia hace salir más y más a los religiosos de sí mismos para insertarse en un servicio universal al mundo y a la Iglesia a través de las distintas iglesias locales. También surge un movimiento de comunicación intercongregacional, de intercambio de experiencias y vivencias, de colaboración generosa y mutuo enriquecimiento.

6. *Dimensión profética*

Los religiosos se hacen conscientes más que antes de que el seguimiento de Jesús en radicalidad les exige más que a nadie una actitud profética, propia de todos los radicales, todos los que van a las raíces de las cosas sin quedarse en la superficialidad. El anuncio del Reino es siempre profético, porque es un anuncio que denuncia. Cuando ese anuncio se quiere hacer empleando como primera y principal palabra evangelizadora la propia vida, es el mismo religioso el que con su proyecto de vida radical se convierte en una profecía que denuncia el mal y las injusticias, los ídolos de la sociedad ambiente, el egoísmo de todos los explotadores.

Crece la conciencia de que los religiosos, si son coherentes consigo mismos, habrán de ser signos de contradicción con la sociedad en que viven, como consecuencia de la radicalidad evangélica por la que vocacionalmente han optado. La profecía será unas veces un humilde y callado ir contra corriente de los criterios ambientales y otras será una palabra arriesgada de denuncia de la injusticia. Y no faltarán ocasiones en que el religioso, como otros miembros del pueblo de Dios conscientes de su dimensión profética, se verán acosados por la persecución e incluso el martirio, como en los primeros tiempos de la Iglesia, aunque bajo formas más sofisticadas.

7. *Opción por los pobres*

Es ésta otra de las constantes que aparecen entre los testimonios aportados, lo cual no es sino signo y síntoma de un hecho mayor que abarca a grandes sectores de la vida religiosa en la actualidad. Se registra un «éxodo hacia los pobres», que parte fundamentalmente del descubrimiento —bajo una nueva luz— de la opción por los pobres que Jesús hizo.

No se trata de la exclusión de los ricos de la obra evangelizadora. Tampoco se trata de fomentar una lucha de clases no evangélica. Se trata en realidad del seguimiento de Jesús también en este punto. Los religiosos descubren que Jesús hizo una opción por los pobres, por los marginados, vino a buscar lo que estaba perdido. Y, situándose en esta perspectiva y desde esta opción, anunció la salvación a todos.

Es creciente el número de religiosos inmersos en ese proceso de descubrimiento, a veces doloroso y arriesgado, que acaba en muchos casos en un desplazamiento de inserción incluso física entre los pobres. Y no es una moda. Es una opción de eminentes raíces bíblicas, evangélicas y eclesiales. Para muchos religiosos es ciertamente un inevitable signo de fidelidad al carisma fundacional. Y a partir de ahí se desencadena toda una relectura de la misión, la espiritualidad, la evangelización y la vida evangélica misma.

8. *Fidelidad creadora*

Se hace cada vez más evidente que la fidelidad ha perdido ya la posibilidad de la repetición. La mayor parte de los religiosos no pueden describir su fidelidad vocacional sino en términos de historia, de proceso, de descubrimientos y redescubrimientos, de éxodo, de respuestas a nuevos desafíos, de búsqueda permanente.

No es posible hablar de las primeras vivencias de vida religiosa experimentadas en los años de formación sino en un lenguaje crítico. Tenemos conciencia de estar viviendo ya en un mundo muy distinto al que nos acogió en la vida religiosa hace

no tantos años. Pero se trata de una crítica que posibilita y potencia la fidelidad. La mayor parte de los religiosos siente su propia fidelidad como una relectura, como una reformulación, como un seguimiento siempre por caminos nuevos.

Se tiene la convicción de que aún hoy día no ha acabado este éxodo y esta peregrinación. No sabemos a dónde deberemos llegar. El futuro sigue abierto. Caminamos en la vida religiosa en esta hora histórica como Abraham, puestos en camino, confiados en la Palabra de Dios, sin saber hacia dónde nos encaminará el Señor.

9. *Testimonio de fidelidad*

El religioso fiel se siente feliz. Y en un discurso de este género, cuando se pregunta por la vivencia interior más profunda de la propia vocación, llama la atención la confesión reiterada de la felicidad experimentada en la fidelidad a la llamada de Dios. Saberse en el lugar querido por Dios para uno mismo, compartiendo el gozo y el riesgo de esta aventura inefable del seguimiento de Jesús, es, no cabe duda, una fuente de paz y de gozo del que dan testimonio los religiosos, del que deberían dar incluso un testimonio más público y más notorio, porque el pueblo de Dios tiene derecho a ello.

10. *Apertura a la esperanza*

Sea ésta la última característica que queremos señalar. A pesar de los claroscuros, a pesar de la confesión humilde y sencilla de los pesos institucionales y de los pecados corporativos del pasado y aun del presente, queda flotando en el ambiente una apertura a la esperanza, al futuro de la vida religiosa. Ciertamente que se trata de un futuro distinto al imaginado desde mentalidades triunfalistas. Un futuro hecho de experiencia de Dios, de radicalidad, de seguimiento de Jesús, de lucha por el Reino, de misión evangelizadora, de profecía, de opción por los pobres, de fidelidad creadora y de felicidad hecha esperanza. Un futuro que debemos dejar, llenos de confianza, en las manos de Dios.

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO TEOLOGICO DE VIDA RELIGIOSA

SERIE MAJOR

SEMANAS NACIONALES DE VIDA RELIGIOSA:

III.—*Unidad, Pluralismo y Pluriformidad en la vida religiosa*, 484 págs.

VI.—*Experiencia de Dios y compromiso temporal de los religiosos*, 2.ª edic., 1978, 344 págs.

VII.—*Responsabilidades eclesiales y sociales de los religiosos*, 1978, 340 págs.

VIII.—*Religiosos en una sociedad laica*, 1979, 350 págs.

OTRAS OBRAS:

- SEVERINO M.ª ALONSO, CMF., *La vida consagrada. Síntesis teológica*, 5.ª edic., 1978, 460 págs.
- GERARDO PASTOR, CMF., *Análisis de contenido en los casos de abandono de la vida religiosa*, 1974, 368 págs.
- J. M. R. TILLARD, OP., *El proyecto de vida de los religiosos*, 3.ª edic., 1978, 518 págs.
- J. M. R. TILLARD, OP., *Religiosos, un camino de evangelio*, 3.ª edic., 1978, 260 págs.
- **LEONARDO BOFF, OFM.**, *Testigos de Dios en el corazón del mundo*, 2.ª edic., 1978, 336 págs.
- VICENTE AYEL, FSC., *Compromiso y fidelidad para tiempos de incertidumbre*, 1977, 196 págs.
- EQUIPO DE TEÓLOGOS DE LA CLAR., *Religiosos para un pueblo en marcha*, 1978, 284 págs.
- SEVERINO M.ª ALONSO, CMF., *Las bienaventuranzas y la vida consagrada, en la transformación del mundo*, 4.ª edic., 1979, 180 páginas.
- JESÚS ALVAREZ GÓMEZ, CMF., *Por qué y para qué los religiosos en la Iglesia*, 1978. 190 págs.
- JOSÉ MARÍA VIGIL, CMF., *Pastoral vocacional para tiempos nuevos*, 1979, 230 págs.
- LUCAS GUTIÉRREZ-VEGA, CMF., *Teología sistemática de la vida religiosa*, 2.ª ed., totalmente refundida, 1979, 384 págs.
- VIGIL, J. M., *Religiosos de hoy. Experiencia y testimonio*, 1980, 216 págs.

• MATURA, T., *El radicalismo evangélico. Retorno a las fuentes de la vida cristiana*, 1980, 270 págs.

• JOSÉ CRISTO REY GARCÍA PAREDES, *María, la mujer consagrada*, 1979, 200 págs.

SERIE MINOR

• J. M. R. TILLARD, OP., *Religiosos: una presencia entre los hombres*, 1976, 92 págs.

• VARIOS, *De la ambigüedad al compromiso*, 1977, 140 págs.

• JESÚS ALVAREZ GÓMEZ, CMF., *La virginidad consagrada. ¿Realidad evangélica o mito sociocultural?*, 1977, 190 págs.

• J. M. R. TILLARD, OP., *La vida religiosa, vida carismática*, 1978, 144 págs.

• VARIOS, *La disponibilidad de los religiosos*, 1978, 176 págs.

• BASILIO RUEDA GUZMÁN, *Proyecto Comunitario*, 1978, 160 págs.

• J. M. LOZANO, CMF., *El Fundador y su familia religiosa*, 1978, 100 págs.

• VARIOS, *Orar en nuestras Comunidades*, 1979, 220 págs.

• MARIE-ABDON SANTANER, OFM. Cap., *¿Tiene sentido aún existir como Congregación?*, 1979, 158 págs.

• J. M. R. TILLARD, OP., *Llamada de Cristo. Llamadas del mundo*, 1979, 140 págs.

• VARIOS, *Renovación y futuro de la vida religiosa*, 1979, 180 págs.

• DOCUMENTO: *Mutuae Relationes*. Relaciones entre Obispos y religiosos en la Iglesia, 1978, 64 págs.

• GÓMEZ MIER, V., *Modernización socioeconómica de las comunidades religiosas*, 1980, 144 págs.

LA REVISTA «VIDA RELIGIOSA»

El Instituto Teológico de la Vida Religiosa, de Madrid, patrocina VIDA RELIGIOSA, revista quincenal de estudio, orientación e información sobre la vida y apostolado de los religiosos.

Durante el año ofrece:

- SEIS números monográficos de 80 páginas sobre temas de gran interés para todos los religiosos.
- QUINCE Boletines Informativos de 32 páginas con Documentación, Temas de Actualidad, Formación, Puntos de Reflexión, Experiencias, Entrevistas, Retiro del mes, Crónicas, Información...

VIDA RELIGIOSA

Buen Suceso, 22 - Teléfonos 248 21 01 y 248 21 02 - MADRID-8

¿por qué soy religioso?
¿por qué sigo siéndolo?
¿qué futuro debemos preparar?

24 religiosos responden.

Colección Pastoral · 2